

SUSANA FORTES

Esperando a Robert Capa



Lectulandia

París, 1935. Escritores, pintores, poetas, fotógrafos... se mezclan en las calles y en los cafés de la Rive Gauche con miles de refugiados que llegan huyendo del nazismo. Entre ellos, dos jóvenes judíos. Ella, alemana de origen polaco, orgullosa, disciplinada y audaz. Él, húngaro, un superviviente nato que intenta como puede hacerse un hueco en el mundo de la fotografía. En apenas un año, el estallido de la guerra civil española los convertirá en dos de los mejores reporteros de guerra de todos los tiempos: Robert Capa y Gerda Taro.

Lectulandia

Susana Fortes

Esperando a Robert Capa

ePub r1.0

Ablewhite 16.09.15

Título original: *Esperando a Robert Capa*

Susana Fortes, 2009

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Carlota

Si necesitase creer, me sometería hasta tener una religión. Pero soy un reportero y Dios solo existe para quienes escriben los editoriales.

El americano imposible,
GRAHAM GREENE

Una auténtica historia de guerra nunca es moral. No instruye, ni alienta la virtud, ni sugiere modelos de comportamiento humano correcto, ni impide que los hombres hagan las cosas que siempre han hecho. Si una historia parece moral, no la creáis.

Las cosas que llevaban los hombres que lucharon,
TIM O'BRIEN

Un día con buena luz, un cigarrillo, una guerra...

Territorio comanche,
ARTURO PÉREZ REVERTE

A Gerda Taro, que pasó un año en el frente de España y se quedó.

Death in the making,
ROBERT CAPA

I

«Siempre es demasiado tarde para retroceder. De pronto te despiertas un día sabiendo que esto no va a acabar nunca, que va a ser siempre así. Tomar el primer tren, decidir deprisa. O aquí o allá. O blanco o negro. De este me fío, de este no. Anoche soñé que estaba en Leipzig con Georg y los demás en una reunión en la casa del lago alrededor de una mesa con un mantel de lino, un búcaro con tulipanes, el libro de John Reed y una pistola. Estuve toda la noche soñando con esa pistola y me desperté con un sabor a polvo de carbonilla en la garganta».

La muchacha cerró el cuaderno que tenía sobre el regazo y levantó la vista hacia el paisaje que pasaba veloz por la ventanilla, campiñas azules entre el Rin y los Vosgos, aldeas con casas de madera, un rosal, las ruinas de un castillo destruido en alguna de las muchas guerras medievales que asolaron la Alsacia. Así entra la Historia en nosotros, pensó ella, sin saber que el territorio que recorría sería muy pronto, otra vez campo de batalla. Carros de combate, bombarderos Blenheim de medio alcance, cazas biplanos, Heinkel 151 del ejército del aire alemán... El tren pasó ante un cementerio y los otros viajeros del compartimento se santiguaron. Era difícil conciliar el sueño con aquel bamboleo. Se golpeaba la sien a cada rato con el marco de la ventanilla. Estaba cansada. Cerró los ojos y vio a su padre enfundado en un grueso abrigo de *cheviot*, diciéndole adiós desde el andén de la estación de Leipzig. Los músculos de la mandíbula muy apretados, como un estibador bajo las marquesinas de luz gris. Encajar las muelas, apretar los puños dentro de los bolsillos y jurar muy bajito en *yiddish*. Es lo que hacen los hombres que no saben llorar.

Cuestión de carácter o de principios. Los sentimientos no hacen más que empeorar las cosas a la hora de salir corriendo. Su padre siempre había mantenido un curioso litigio con las lágrimas. De niños les tenía prohibido llorar. Si los chicos se enzarzaban a puñetazos en el barrio y perdían en la refriega, no podían regresar a casa quejándose. El labio partido o el ojo morado eran pruebas más que suficientes de la derrota. Pero el llanto estaba prohibido. Con las mujeres no regía el mismo código, claro. Pero ella adoraba a sus hermanos y por nada del mundo hubiera aceptado un trato distinto al que ellos tenían. Se crio en eso. Así que nada de lágrimas. Su padre sabía bien lo que decía.

Era un hombre a la antigua, de la Galitzia oriental, todavía usaba zapatos de campesino con el suelo de goma. Recordaba, cuando era cría, sus huellas junto al gallinero del huerto como las de un búfalo grande. Su voz durante la ceremonia del *sabbath* en la sinagoga era también honda igual que sus pisadas en el jardín. Una hondura de noventa kilos más o menos.

El hebreo es un idioma antiguo que contiene dentro la soledad de las ruinas, como una voz llamándote desde la ladera de una colina o la sirena de un barco que se oye a

lo lejos. La música de los salmos todavía la conmueve. Nota un calambre en la espalda cuando la oye en sueños, como ahora mientras el tren se aleja al otro lado de la frontera, una especie de cosquillas ligeras justo debajo del costado. Será ahí donde está el alma, pensó.

Nunca supo lo que era el alma. De pequeña, cuando vivían en Reutlingen creía que las almas eran los pañales blancos que su madre tendía en el tejadillo de la terraza. El alma de Oskar. La de Karl. Y la suya. Pero ahora ya no cree en esas cosas. Al Dios de Abraham y de las doce tribus de Israel le partiría el cuello si pudiera. No le debía nada. Prefería mil veces la poesía inglesa. Un poema de Eliot puede librarte del mal, pensaba, Dios ni siquiera me ayudó a salir de la prisión de la Wächterstrasse.

Era cierto. Salió sola, por sus medios, con aplomo. Una muchacha rubia, tan joven y tan bien vestida no puede ser comunista, debieron de pensar sus carceleros. También ella lo pensaba. Quién le iba a decir que acabaría interesándose por la política cuando frecuentaba el club de tenis de Waldau. La piel bien bronceada, el suéter blanco, la falda corta plisada... Le gustaba esa sensación que deja en el cuerpo el ejercicio físico, también ir a bailar, usar barra de labios, llevar sombrero, fumar cigarrillos con boquilla, beber champán. Como Greta Garbo en *La saga de Gösta Berling*.

Ahora el tren había entrado en un túnel con un pitido largo. Estaban a oscuras. Aspiró el olor profundamente ferroviario que emanaba del vagón.

No sabe exactamente en qué momento empezó a torcerse todo. Ocurrió sin darse cuenta. Fue por la maldita carbonilla. Un día las calles comenzaron a oler a estación de ferrocarril. Atufaba a humo de incendio, a cuero. Botas altas bien embetunadas, correajes, camisas pardas, cinturones con hebilla, arreos militares... Un martes a la salida del cine con su amiga Ruth, vio a un grupo de muchachos en la colonia Weissenhof entonando el himno nazi. Eran solo cachorros. No le dieron más importancia.

Después vino la prohibición de comprar en las tiendas judías. Recordaba a su madre expulsada por un tendero, inclinándose a recoger la bufanda que se le había caído en la puerta con el empujón. Esa imagen era como un hematoma en su memoria. Una bufanda azul manchada de nieve. Casi al mismo tiempo empezó la quema de libros y partituras. Después la gente empezaría a llenar los estadios. Mujeres hermosas, muchachos sanos, honrados padres de familia. No eran fanáticos, sino gente normal, vendedores de aspirinas, amas de casa, estudiantes, hasta discípulos de Heidegger. Todos escucharon bien los discursos, no iban engañados. Sabían lo que estaba ocurriendo. Había que escoger y escogieron. Escogieron.

El 18 de marzo a las siete de la tarde una patrulla de las SA la detuvo en casa de sus padres. Llovía. Venían a buscar a Oskar y a Karl, pero como no los encontraron se la llevaron a ella.

Cerraduras rotas, armarios abiertos, gavetas volcadas, papeles dispersos... En el registro encontraron la última carta que le había enviado Georg desde Italia. Según

ellos rezumaba basura bolchevique. ¿Qué esperaban de un ruso? Georg nunca fue capaz de hablar de amor sin recurrir a la lucha de clases. Al menos había conseguido huir y estaba a salvo. Les dijo la verdad, que lo había conocido en la universidad. Estudiaba Medicina en Leipzig. Eran medio novios, pero cada uno estaba en su lugar. Él nunca le acompañaba a las fiestas a las que la invitaban sus amigos y ella no le preguntaba por sus reuniones de madrugada. «Nunca me interesó la política», les dijo. Y debió de parecerles convincente. Supongo que su indumentaria ayudó. Llevaba la falda granate que le había regalado la tía Terra por su graduación, zapatos de tacón alto y camisa de escote abierto, como si las SA hubieran ido a detenerla justo en el momento en que salía a bailar. Su madre siempre decía que vestir adecuadamente podía salvarle la vida. Tenía razón. Nadie le puso la mano encima.

Mientras la conducían por el corredor hasta la celda, oía los gritos de los interrogatorios que rebotaban desde el ala oeste. Cuando le tocó el turno representó bien su papel. Una joven ingenua y asustada. Lo estaba en realidad, pero no tanto como para dejar de pensar. A veces estar viva solo depende de mantener la cabeza en su sitio y todos los sentidos alerta. La amenazaron con mantenerla en prisión hasta que Karl y Oskar se entregaran, pero consiguió persuadirlos de que realmente no podía suministrarles ninguna información. La voz entrecortada, los ojos muy abiertos, la sonrisa tierna.

Por la noche se quedaba en el catre, callada, fumando, mirando al techo, un poco lastimada en su orgullo, con ganas de acabar de una vez con todo aquel teatro. Pensaba en sus hermanos, rezaba para que hubieran logrado pasar a la clandestinidad, cruzar a Suiza o a Italia como Georg. Planificaba también su huida cuando lograra salir de allí. Alemania ya no era su país. No pensaba en una escapada temporal, sino en empezar una nueva vida. De algo tendrían que servirle los idiomas aprendidos. Tenía que largarse de allí. Iba a conseguirlo. Estaba segura. Para eso tenía una estrella.

El tren volvió a salir a la luz con un traqueteo de carreta entre montañas. Entraron en otro paisaje. Un río, una granja rodeada de manzanos, pequeñas aldeas con sus chimeneas echando humo. Unos críos desde lo alto de un terraplén levantaron los brazos al filo del atardecer, moviendo sus manos de izquierda a derecha cuando el tren abandonó la última curva.

La primera estrella fugaz la vio en Reutlingen cuando tenía cinco años. Volvían caminando desde el horno de Jakob con un pastel de semillas y leche condensada para la cena. Karl iba delante dando patadas a las piedras; Oskar y ella siempre se quedaban un poco rezagados y entonces Karl señaló el cielo con su dedo de hermano mayor.

—Mira, truchita. Piensa un deseo. —Siempre la llamaban así. La oscuridad de allá arriba tenía el color de las ciruelas. Tres niños enlazados por los hombros mirando el cielo mientras iban cayendo, de dos en dos, de tres en tres, como puñados de sal, las estrellas. Todavía, cuando lo recuerda, puede oler la lana de las mangas de

los jerséis en sus hombros.

—Un cometa es un regalo de la suerte —dijo Oskar.

—¿Como un regalo de cumpleaños? —preguntó ella.

—Mejor. Porque es para siempre.

Hay cosas que los hermanos y las hermanas saben, el tipo de detalles que un espía utiliza para probar su identidad. Recuerdos que se deslizan bajo las altas hierbas de la infancia.

Karl siempre fue el más listo de los tres. La enseñó a comportarse en caso de arresto y a utilizar los códigos secretos de comunicación que empleaban las Juventudes Comunistas, golpeando en los muros las letras del alfabeto. Al menos le sirvió para ganarse el respeto de sus compañeras de celda. Para sobrevivir en la cárcel es necesario reforzar al máximo los mecanismos de ayuda mutua. Tanto sabes, tanto vales. Oskar sin embargo le explicó cómo fortalecerse por dentro para resistir, ocultar sus debilidades, comportarse con aplomo, segura de sí misma. Que las emociones no te traicionen, le decía, el peligro se huele. Hay que verlo venir. Ella miró con recelo a su alrededor. Uno de los viajeros que iba en el vagón no paraba de fumar. Iba vestido de negro. Abrió la ventanilla para que saliera el humo y apoyó los brazos en el marco del cristal. Una llovizna muy tenue le mojó el pelo y le refrescó la piel. Lo huelo, pensó. Está aquí, a mi lado. Tienes que pensar más rápido que ellos, evapórate, escúrrete, desaparece como sea, conviértete en otra, le decía. Así aprendió a inventarse un personaje, a actuar, igual que cuando de adolescente jugaba con su amiga Ruth imitando a las actrices del cine mudo en el desván, con poses provocativas, sujetando entre los dedos un cigarrillo de boquilla larga. Asta Nielsen y Greta Garbo. Sobrevivir es huir hacia adelante.

Al cabo de dos semanas la soltaron. El 4 de abril. Había una dalia roja y un libro abierto en el alféizar de la ventana. Las gestiones familiares a través del cónsul de Polonia resultaron muy efectivas. Pero ella siempre pensó que si salió de allí fue por su estrella.

Sentir la influencia de las constelaciones en el mundo no es ninguna metáfora, como no lo es comprobar la precisión asombrosa de los minerales señalando siempre el polo magnético. Las estrellas han guiado a cartógrafos y a navegantes durante milenios, enviando su mensaje de millones de años luz. Si las ondas sonoras se desplazan por el éter, en algún lugar de la galaxia tienen que estar también los salmos, las letanías y las plegarias de los hombres flotando entre las estrellas.

Yahvéh, Elohim, Siod, Brausen, quienquiera que seas, señor de las plagas y de los océanos, legislador del caos y de las muchedumbres aniquiladas, dueño del azar y de la destrucción, sálvame. El tren hacía su entrada en el andén bajo el arco de hierro de la Gare de L'Est. Al otro lado de la ventanilla se extendía el habitual trasiego de pasajeros en una mañana laboral; la muchacha abrió el cuaderno de notas y escribió.

«Cuando no hay un mundo al que poder regresar, tienes que confiar en tu suerte. Capacidad de improvisación y sangre fría. Esas son mis armas. Las he usado desde

niña. Por eso sigo viva. Me llamo Gerta Pohorylle. He nacido en Stuttgart, pero soy ciudadana judía con pasaporte polaco. Acabo de llegar a París, tengo veinticuatro años y estoy viva».

II

Sonó el timbre de la puerta y se quedó inmóvil ante el hornillo de la cocina con la tetera en la mano, conteniendo el aliento. No esperaba a nadie. Desde la ventana de la buhardilla una nube gris aplastaba los tejados de la rue Lobineau. El cristal estaba roto y pegado con una tira de esparadrapo que Ruth había colocado cuidadosamente. Compartían aquel apartamento desde su llegada a París.

Gerta se mordió el labio hasta hacerse un poco de sangre. Creía que se había acabado el miedo, pero no. Eso es una cosa que aprendió. Que el miedo, el de verdad, una vez que se ha instalado en el cuerpo ya no se va nunca, se queda ahí agazapado en forma de aprensión, aunque ya no haya motivo y una se encuentre a salvo en una ciudad de tejados abuhardillados, sin calabozos donde apalea a alguien hasta matarlo. Era como si al bajar unas escaleras faltara siempre un peldaño. Conozco esta sensación, se dijo recuperando el ritmo de la respiración, como si la subida de adrenalina le hubiera templado el ánimo. El miedo estaba ahora en las baldosas de la cocina sobre las que se había derramado un poco de té. Ella lo reconoció como quien reconoce a un antiguo compañero de viaje. Sabiendo cada uno dónde está. Tú ahí. Yo aquí. Cada cual en su lugar. Tal vez está bien que sea así, pensó. Cuando sonó el segundo timbrado, dejó la tetera sobre la mesa muy despacio y se dispuso a abrir.

Un chico flaco con un apunte de bozo sobre el labio superior se inclinó ante ella con una especie de reverencia antes de entregarle la carta. Era un sobre alargado, sin matasellos oficial, pero con el timbre azul y rojo del Centro de Ayuda al Refugiado. Su nombre y la dirección estaban escritos a máquina con letras mayúsculas. Mientras despegaba la solapa, notaba el latido de la sangre en las sienes, lento, como el que debe de sentir un acusado a la espera del veredicto. Culpable. Inocente. No entendía bien lo que decía la carta, tuvo que leerla varias veces hasta que la rigidez de los músculos desapareció y su expresión fue cambiando igual que cuando el sol sale de detrás de una nube; no es que ahora sonriera, es que la sonrisa pasó a habitarla por dentro, a ocupar todos los rasgos de su cara, no solo la comisura de los labios, sino también sus ojos, su manera de mirar de pronto hacia el techo como si la pluma de un ángel revoloteara por allí. Hay cosas que solo los hermanos saben cómo decir. Y una vez que las dicen, todo vuelve a su lugar, el universo entero se recoloca. El pasaje de una novela de aventuras leída de críos en voz alta en las escaleras del porche antes de la cena, puede contener un código secreto cuyo significado nadie más es capaz de interpretar. Por eso cuando Gerta leyó: *«Ante sus ojos, se perfilaba el curso sinuoso de un río, un recinto fortificado en el cual se elevaban dos catedrales, tres palacios y un arsenal»*, sintió el calor de la lucecita del quinqué subiéndole por las mangas del jersey, iluminando la ilustración de la portada en la que un hombre con las manos atadas caminaba tras un caballo cabalgado por un tártaro en un paisaje nevado... Entonces supo con toda certeza que el río era el Moscova, el recinto amurallado era el Kremlin y la ciudad era Moscú, tal como aparecía descrita en el primer capítulo de

Miguel Strogoff. Y respiró tranquila porque entendió que Oskar y Karl estaban a salvo.

Aquella noticia le hizo sentir una intensa energía interior, una exaltación vital que necesitaba expresar urgentemente. Quería contársela a Ruth, a Willi, a los demás. Se miró en la luna que cubría la puerta del armario. Las manos hundidas en los bolsillos, el pelo rubio y corto alrededor de la cara, las cejas altas. Estuvo estudiándose de un modo reflexivo y cauto, como si de pronto se encontrara frente a una desconocida. Una mujer de apenas metro cincuenta de estatura, el cuerpo pequeño y fibroso como el de un *jockey*. Ni demasiado guapa, ni demasiado lista, una refugiada más de los veinticinco mil que llegaron a París ese año. Las vueltas de la camisa remangada sobre los brazos, los pantalones grises, huesudo el mentón. Se acercó un poco más al espejo y percibió algo en los ojos, una especie de obstinación involuntaria que no quiso o no supo interpretar. Se limitó a sacar la barra de labios de un cajón de la mesita de noche y abriendo ligeramente la boca, perfiló su sonrisa con un rojo furioso, casi impúdico.

A veces una puede encontrarse a cientos de kilómetros de casa, en una buhardilla del barrio latino, con manchas de humedad en el techo y con cañerías que resuenan como la bocina de un barco, sin saber muy bien qué va a ser de su vida, sin permiso de residencia y sin más dinero que el que de vez en cuando consiguen hacerle llegar sus amigos de Stuttgart; una puede descubrir las razones más antiguas del desarraigo, sentir la misma desolación en el alma que todos aquellos que se han visto obligados a recorrer los mil metros más largos de su vida, y mirarse entonces en el espejo y descubrir que, sin embargo, en su cara hay una voluntad decidida de felicidad, una resolución entusiasta, irreductible, sin fisuras. Tal vez, pensó, esta sonrisa sea mi único salvoconducto. Los labios más rojos de todo París en aquellos días.

Cogió al vuelo la gabardina del perchero y salió a la mañana de las calles.

Desde hacía meses la ciudad del Sena era un hervidero de ideas, un lugar propicio para las ocurrencias más audaces. Los cafés de Montparnasse, abiertos a todas horas, se convirtieron en el corazón del mundo para los recién llegados. Se intercambiaban direcciones, se rastreaban posibilidades de empleo, se comentaban las últimas noticias de Alemania, de vez en cuando llegaba también algún periódico berlinés. La costumbre era hacer toda la ruta, yendo de mesa en mesa, para obtener un resumen completo de los acontecimientos de la jornada. Gerta y Ruth solían citarse en la terraza del Dôme, y era ahí precisamente adonde se dirigía Gerta, con su peculiar manera de andar, las manos en los bolsillos de la gabardina, los hombros encogidos por el frío al cruzar la rue de Seine. Le gustaba aquella luz cenicienta, los horarios generosos, las canaletas de plomo de los tejados, las ventanas abiertas y las ideas del mundo.

Pero París no era solo eso. Muchos franceses consideraban la avalancha de refugiados como una carga. «Los parisinos te abrazan y después te dejan tiritando en mitad del patio», solía decir Ruth, y no le faltaba razón. El destino de los judíos

Europeos empezaba a cubrir las paredes de la ciudad como había ocurrido antes en Berlín, en Budapest, en Viena... Al pasar junto a la estación de Austerlitz, donde debía recoger un paquete, Gerta vio a un grupo de jóvenes de la Croix de Feu pegando carteles antisemitas en la pared del metro y se le hizo de noche de golpe. Otra vez un olor acre a polvo de carbonilla le subió a la garganta. Ocurrió de improviso y fue muy distinto al miedo que había sentido en casa al oír el timbre. Se parecía más bien a un estallido incontrolable, una sensación de aturdimiento que la hizo gritar de un modo seco y fuerte, con una voz que no se parecía en nada a la suya.

—*Fascistes!, Fils de pute!* —Se oyó increparlos, alto y claro, en perfecto francés. Eso fue exactamente lo que dijo. Eran cinco. Todos con chaquetas de cuero y botas altas como gallos con sus espolones. ¿Pero dónde demonios estaba su aplomo y su sangre fría?, pensó arrepentida cuando ya era demasiado tarde. Un hombre mayor que salía de la oficina de correos la miró de arriba abajo con reprobación. Los franceses siempre tan comedidos.

El más alto del grupo se volvió envalentonado y empezó a caminar hacia ella a grandes trancos. Pudo haberse refugiado en un comercio o en un café o en el mismo despacho de paquetes postales, pero no lo hizo. No lo pensó. Se limitó a cambiar de dirección, enfilando una calle estrecha con balcones volados. Caminó procurando no acelerar el paso, con el bolso apretado contra el vientre para protegerse instintivamente, atenta a los pasos que oía a su espalda, cautelosa, sin volverse. No había recorrido aún una manzana cuando escuchó perfectamente, palabra por palabra, lo que aquel individuo dijo a su espalda, señalándola. La voz cortante como el borde de un serrucho. Y entonces sí empezó a correr. Con todas sus fuerzas. Sin importarle hacia dónde, como si correr no respondiera a la amenaza precisa que acababa de oír, sino a un tipo de resorte distinto, algo que se hallaba en su interior y la ofuscaba como si estuviera presa dentro de un laberinto. Y lo estaba. Tenía la boca seca y sentía una punzada de vergüenza y humillación subiéndole por el esófago, como cuando de pequeña en el colegio, sus compañeras se reían de sus costumbres. Volvía a ser esa niña de blusa blanca y falda tableada, que tenía prohibido tocar monedas durante el *sabbath* y que en el fondo de su alma odiaba con todas sus fuerzas ser judía, porque la hacía vulnerable. Ser judía era una bufanda azul manchada de nieve en el umbral de una tienda de especias, y su madre agachada, bajando la cabeza. Ahora sorteaba a los transeúntes que se encontraba de frente bruscamente, obligándolos a volverse para mirarla con asombro: una joven con tanta prisa, solo puede huir de sí misma. Dobló por un pasaje con mansardas grises y olor a sopa de coliflor que le revolvió el estómago. Y allí no tuvo más remedio que detenerse. Se agarró a la tubería de plomo de una esquina y vomitó de golpe todo el té del desayuno.

Eran más de las doce cuando al fin llegó a la terraza del Dôme. La piel sudorosa, el pelo húmedo echado hacia atrás.

—¿Pero qué demonios te ha pasado? —le preguntó Ruth.

Gerta hundió las manos en los bolsillos con los hombros encogidos y se arrebujó en uno de los sillones de mimbre, pero no respondió. O al menos no lo hizo de un modo claro.

—Esta noche quiero ir al Chez Capoulade —fue todo lo que acertó a decir—. Si quieres acompañarme, bien. Si no, iré sola.

Su amiga la observó con repentina seriedad. Sus ojos parecían estar opinando, sacando conclusiones por su cuenta. La conocía demasiado bien.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió.

Aquello podía significar muchas cosas, pensó Ruth. Y una de ellas era volver al principio. Caer en el mismo lugar del que pensaban estar escapando. Pero no dijo nada. La entendía. ¿Cómo no iba a entenderla, si ella misma tenía ganas de que se la llevaran todos los demonios cada vez que desde el centro de refugiados de la sección 4, donde colaboraba, se veía obligada a desviar a los recién llegados hacia otros barrios de donde sabía que también serían rechazados porque ya no había manera de proporcionar albergue y comida a todos? El mayor aluvión había llegado en el peor momento, cuando el número de desempleados se había elevado considerablemente. Muchos franceses creían que iban a quitarles el pan de la boca, por eso cada vez se convocaban más manifestaciones antijudías en las calles. Un cerco que desde Alemania se estrechaba peligrosamente por todas partes.

Los refugiados tenían que irse pasando unos a otros el mismo billete de mil francos para presentar ante las autoridades francesas de aduanas, y obtener así el permiso de entrada, justificando ingresos suficientes. Aunque Gerta y Ruth no estaban tan indefensas. Las dos eran guapas y jóvenes, tenían amigos, hablaban idiomas, sabían desenvolverse.

—Lo que te hace falta es un hombre bien templado —dijo Ruth mientras encendía un cigarrillo, de un modo en que resultaba evidente su deseo de cambiar de conversación—. A ver si así se te quitan las ganas de complicarte la vida. No sabes estar sola, Gerta, reconócelo, se te ocurren ideas peregrinas.

—No estoy sola. Tengo a Georg.

—Georg está demasiado lejos. —Ruth volvió a mirarla ahora con un mínimo matiz de reprobación. Siempre acababa haciendo de *nurse* con ella, no porque fuera unos años mayor, sino porque así habían funcionado siempre las cosas entre ellas. Le preocupaba que volviera a meterse en líos, e intentaba evitarlo lo mejor que sabía, sin darse cuenta de que a veces el destino cruza las cartas y huyendo del perro, encontramos al lobo. Lo inesperado llega siempre sin señales que lo anuncien, de un modo casual, del mismo modo que podría no llegar. Como una cita, una carta. Todo acaba por llegar. Hasta la muerte llega, pero a esa hay que saber esperarla—. Hoy he conocido a un húngaro, medio loco —añadió con un guiño cómplice—. Quiere hacerme unas fotos. Dice que necesita a una rubia para una sesión de publicidad. Imagínate, una compañía suiza de seguros de vida... —dijo, y su rostro resplandeció

con una sonrisa que era una mezcla de guasa y ligera vanidad. Lo cierto es que cualquiera hubiera podido imaginársela perfectamente en uno de esos anuncios. Tenía un semblante saludable y sonrosado, enmarcado por una media melena rubia con la raya a la izquierda y una onda de repostería sobre la frente que le daba un aire de actriz de cine. A su lado Gerta con el pelo cortado a lo *garçonne*, los pómulos demasiado huesudos y los ojos un punto maliciosos, jaspeados de motas verdes y amarillas no pasaba de ser una belleza rara.

Ahora las dos reían abiertamente recostadas en las sillas de mimbre de la terraza. Eso es lo que más le gustaba a Gerta de su amiga, su facilidad para encontrarle siempre un lado divertido a las cosas, para sacarla de los callejones más negros de su pensamiento.

—¿Cuánto te va a pagar? —preguntó pragmática, sin olvidar que por mucho que les divirtiera la idea, no dejaban de ser supervivientes. No era la primera vez que prestarse como modelos les solucionaba unos días de alquiler o al menos una cena.

Ruth movió la cabeza hacia los lados, como si sintiera de veras defraudar sus expectativas.

—Es de los nuestros —dijo—. Un judío de Budapest. Está sin un franco.

—¡Lástima! —concedió Gerta chasqueando los labios de un modo deliberadamente teatral—. ¿Por lo menos será guapo? —bromeó. Ahora volvía a ser la muchacha frívola y alegre del club de tenis de Waldau. Pero fue solo un reflejo lejano. O tal vez no. Tal vez había dos mujeres luchando en su interior. La adolescente judía que quería ser Greta Garbo, que adoraba la etiqueta, los vestidos caros y los poemas antiguos que se sabía de memoria y la activista, dura y soñadora que deseaba cambiar el mundo. Greta o Gerta. Esa misma noche esta última iba a ganar dos palmos de territorio.

El Chez Capoulade se hallaba en un sótano sin ventilación situado en el número 63 del boulevard Saint Michel. Allí se reunían desde hacía meses militantes de izquierda de toda Europa, muchos de ellos alemanes, algunos del grupo de Leipzig, como Willi Chardack. A última hora el local se hallaba a media luz, la atmósfera de las catacumbas. Estaban todos: los impacientes, los severos, los duros, los partidarios de la acción directa, los confiados. Las miradas encendidas, el gesto crispado, bajando la voz para decir que André Breton había decidido ingresar en el Partido Comunista o para citar un editorial del *Pravda*, fumando cigarrillo tras cigarrillo, como jóvenes corsarios, citando unos a Marx, otros, a Trotsky, en un dialéctica extraña de conceptos y abjuraciones, teorías y controversias. Gerta no participaba en la discusión ideológica. Se mantenía al margen, concentrada dentro de sí misma. No entendía demasiado de todo aquello. Estaba allí porque era judía y antifascista, y tal vez también por una especie de orgullo que no encajaba muy bien con aquel lenguaje de axiomas, citas, anatemas y dialéctica del materialismo histórico. Su cabeza estaba ocupada por otras palabras distintas escuchadas esa misma mañana junto a la estación de Austerlitz. Unas palabras que a ratos conseguía realmente olvidar, pero en el

momento menos pensado volvían de nuevo a su mente con el sonido rasante de un serrucho.

—*Je te connais, je sais qui tu es.*

III

Caminaba reflexiva detrás de ellos sin dar un paso en falso. Ruth había insistido tanto que no le quedó otro remedio que acompañarla. Los árboles de los jardines de Luxemburgo tamizaban la luz como si pasearan bajo una enorme bóveda de cristal, uno de los paseos más transitados de toda la literatura. De pronto Ruth se paró bajo un castaño de Indias, llevaba puesto un abrigo granate. Apoyó la espalda en el tronco y sonrió. Clic. Tenía un don para posar. Visto de perfil su rostro encerraba reminiscencias clásicas. El cielo se recortaba por encima de su cabeza como la mandíbula de un antílope. Clic. Siguió andando con el cuello del abrigo levantado, dio tres pasos y se volvió, mirando burlona a la cámara, con la cabeza un poco ladeada. Clic. Pasó sin inmutarse ante las estatuas de los grandes maestros: Flaubert, Baudelaire, Verlaine... pero hizo una pequeña genuflexión ante el busto de Chopin. Clic. El sol salpicaba de pintura las ramas más altas. Sus pasos crujían bajo la grava de la senda principal, los franceses siempre empeñados en racionalizar el espacio, en ponerle verjas al campo. Mojó la punta de los dedos en la superficie del estanque y salpicó juguetona al fotógrafo. Clic.

Gerta observaba y callaba, como si aquello no fuera con ella. Al fin y al cabo había ido solo porque su amiga no acababa de fiarse del húngaro. Sin embargo había algo en todo aquel juego que la fascinaba. Nunca se había interesado por la fotografía, pero adivinar el movimiento invisible de la mente que elegía el encuadre de cada foto le pareció un ejercicio de precisión absoluta. Igual que cazar.

La cámara era ligera y compacta, una Leica de alta velocidad con dos lentes y obturador plano.

—Acabo de rescatarla de la casa de empeños. —Se excusó sonriendo el húngaro, el cigarrillo de medio lado. Su nombre, André Friedmann. Ojos negros, negrísimos, de spaniel, una pequeña cicatriz en forma de media luna en la ceja izquierda, jersey de cuello vuelto, postura de actor de cine con un mínimo gesto de desdén en la comisura del labio superior—. Es mi novia —bromeó acariciando la cámara—. No puedo vivir sin ella.

Había llegado a la cita acompañado por un amigo polaco, David Seymour, también fotógrafo y judío. Flaco, tímido con gafas de intelectual a quien llamaba Chim. Parecían amigos de mucho tiempo, de esos que si pintan bastos, ponen un vaso en la mesa y aguantan las que vengan sin rechistar. Una amistad como la de Gerta y Ruth en cierto sentido, aunque distinta. Entre hombres siempre es distinto.

Mientras paseaban de vuelta hacia el barrio latino, la conversación giró en torno a la historia de cada cual, de dónde venían, cómo habían llegado hasta allí, andanzas de refugiados... Por otra parte estaba el decorado: París, septiembre, altos plátanos, el tiempo que pasa deprisa cuando se es joven o se está lejos y más allá, junto a la rue du Cherche-Midi, el sonido de un acordeón subiendo como un pez rojo por encima de las aceras... Para entonces Gerta ya había tenido ocasión de estudiar la situación de

cerca. Caminaba al lado de André como si eso formara parte del orden natural de las cosas. Se acoplaban bien en el paso, sin tropezar ni estorbarse, pero midiendo la distancia. Gerta fumaba despacio y hablaba sin mirarlo directamente, atenta solo al estudio psicológico. Le pareció un poco engreído, guapo, ambicioso, demasiado previsible a veces como todos, seductor desde luego, algo vulgar también, poco refinado, de escasos modales. Pero entonces la mano de él tocó invasora su cintura por debajo del jersey al cruzar hacia el canal de Saint Martin. No llegó ni a una décima de segundo, pero fue suficiente. Fósforo puro. La reacción inmediata de Gerta fue ponerse en guardia. Pero quién demonios se creía que era este húngaro. Se volvió hacia él con brusquedad como para decir algo desagradable, las pupilas muy brillantes con ascuas verdes de enfado. André se limitó a sonreír un poco, de un modo que era a la vez sincero y desarmado, casi tímido, como un crío al que hubieran pillado en falta. Tenía algo en los ojos, una especie de incertidumbre que le infundía cierto encanto. Su afán de agradar resultaba tan evidente que Gerta sintió algo tierno por dentro, igual que cuando de niña la regañaban por algo que no había hecho y se sentaba en las escaleras del porche aguantando las lágrimas. Cuidado, pensó. Cuidado. Cuidado.

La sesión de fotos resultó cuando menos didáctica. André y Chim hablaban de la fotografía como si se tratara de una sociedad secreta, una nueva secta del judaísmo esotérico cuyo espectro de acción podía abarcar desde un mitin de Trotsky en Copenhague hasta una gira europea de los cómicos norteamericanos Laurel y Hardy que André había fotografiado recientemente. A Gerta le pareció un modo interesante de ganarse la vida.

—No creas —la desengañó él—. Hay demasiada competencia. La mitad de los refugiados de París son fotógrafos o aspiran a serlo.

Hablaba de tintas de impresión, de películas de 35 mm, de apertura de diafragma, de secadoras manuales y de secadoras con tambor como si fueran las claves de un universo nuevo. Gerta escuchaba y registraba. Se sentía a gusto aprendiendo cosas nuevas.

El día acabó prolongándose por plazas y cafés. Era el momento perfecto, cuando las palabras todavía no significan gran cosa y todo sucede con ligereza: el gesto de André de proteger la llama con el cuenco de los dedos para encender un cigarrillo. Manos morenas y seguras. La manera de caminar de Gerta, mirando el suelo y girándose un poco a la izquierda como si le diera la oportunidad a él de ocupar ese lugar, sonriendo. También Ruth sonreía, pero de un modo diferente, entre fatalista y un poco resignada por el protagonismo de su amiga, como si pensara, vaya con la mosquita muerta. Pero no lo pensaba en serio. Un simple juego de rivalidad femenina. Caminaba detrás de ellos, dándole conversación al polaco porque ese era el papel que le había tocado aquella tarde y lo hacía lo mejor que podía. Hoy por ti. Mañana por mí. Chim la dejaba hablar entre fascinado y condescendiente, mirándola como desde otra vereda, como miran algunos hombres a las mujeres que les parecen

inalcanzables. Cada uno a su manera sentía el influjo de la luna que había asomado en una esquina del cielo, radiante, luminosa, como una vida llena de posibilidades aún no desveladas, de azares matemáticos, de principios de incertidumbre. Y más allá, en algún redondel de la noche, los farolillos de colores, la música de una gramola... Habían cenado los cuatro en un restaurante que conocía André con mesas pequeñas y manteles de cuadros rojos y blancos. Pidieron el menú barato de pan de centeno, queso y vino blanco. Chim señaló al fondo del local una mesa muy concurrida donde la conversación parecía girar en torno a un tipo alto que llevaba un gorro de lana con una especie de linterna en la cabeza, como un minero.

—Es Man Ray —dijo—. Siempre anda rodeado de escritores. El que está a su lado con corbata y cara de cuchillo se llama James Joyce. Un tipo raro de narices. Irlandés. Cuando está muy borracho, vale la pena escucharlo. —Después Chim se subió el puente de las gafas con el índice y volvió a su silencio. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, inducido o no por el alcohol, decía cosas personales, siempre en un tono bajo, como para el cuello de su camisa. Gerta sintió por él una simpatía inmediata. Le pareció tímido y culto como un erudito talmudista.

Josephine Baker cantaba en la gramola *J'ai deux amours* que hacía pensar en calles estrechas y negras, igual que anguilas. Había un rumor ondulado de conversaciones, humo de cigarrillos, el ambiente propicio para las confidencias.

André era el que llevaba el peso de la conversación. Dejaba caer las palabras como quien quiere acortar distancias. Hablaba con vehemencia, dueño de sí, de vez en cuando hacía pausas para aspirar una calada del cigarrillo antes de volver a hablar de nuevo. Llevaban más de un año en París —dijo— tratando de abrirse camino, sobreviviendo a base de encargos de publicidad, y trabajos esporádicos. Chim trabajaba para la revista *Regard*, del Partido Comunista y él vivía de cometidos puntuales para distintas agencias. Era importante tener amigos. Él los tenía. Conocía a gente en la Agencia Central y en la Anglo Continental... húngaros de la diáspora, como Hug Block, menudo elemento, como para fiarse de los húngaros. Bromeaba, sonreía, decía cualquier cosa. A veces miraba hacia el fondo del local y se volvía de nuevo hacia Gerta, clavándola con la mirada. Estas son mis credenciales, parecía querer decir. Ella lo escuchaba pensativa, haciendo sus propias reflexiones, un poco inclinada la cabeza. Sus ojos no ofrecían promesas fáciles. Tenían algo de punitivo, con ascuas de asentada penetración, como si estuviera comparando o tratando de distinguir lo que le sonaba a ya oído de lo nuevo, tal vez aventurando un juicio no demasiado piadoso. A André le parecieron unos ojos sorprendentemente claros de color aceite, jaspeados con vetas verdes y violetas, aquellas flores de los parterres de su infancia en Budapest. Siguió hablando confiado. También La Association des Écrivains et des Artistes Révolutionnaires les echaba un cable de vez en cuando. La solidaridad de los refugiados. Fue precisamente en las reuniones de la asociación donde conocieron a Henri Cartier-Bresson, un normando alto y aristocrático, medio surrealista, con quien empezaron a revelar fotos en el bidé de su apartamento.

—Si te etiquetan como fotógrafo surrealista estás perdido —dijo André, hablaba un francés pésimo, pero se esforzaba—. Nadie te encarga ningún trabajo. Te conviertes en una flor de invernadero. Sin embargo si dices que eres reportero gráfico, puedes hacer lo que te dé la gana.

No necesitaba preguntas directas para contar su vida. Era extrovertido, charlatán, expansivo. A Gerta le pareció demasiado joven. Le echó a ojo veinticuatro o veinticinco años. En realidad acababa de cumplir veinte y aún tenía esa ingenuidad de los chicos cuando juegan a hacerse los héroes. Exageraba y adornaba demasiado las hazañas propias. Pero tenía carisma, cuando él hablaba, solo cabía escuchar. Como cuando contó el motín de la investidura del gobierno de Daladier. Gerta y Ruth lo recordaban perfectamente. El 6 de febrero, un día de lluvia. Los fascistas habían anunciado una manifestación colosal frente al Palais Bourbon, y la izquierda por su parte contestó organizando varias contra manifestaciones. Resultado, una batalla campal.

—Conseguí llegar hasta Tours-la-Reine en el coche de Hug y luego seguí a pie hacia la Place de la Concorde, con intención de cruzar el puente hacia la Assemblée Nationale. —André se había pasado ahora al alemán, que dominaba mucho mejor. Estaba apoyado en el borde de la mesa, los brazos cruzados—. Había más de doscientos policías a caballo, seis furgones y un cordón policial en columnas de a cinco. Era imposible cruzar. Pero entonces la gente rodeó uno de los autobuses de pasajeros y ahí empezó todo: el fuego, las pedradas, los cristales rotos, el cuerpo a cuerpo entre los fascistas de Action Française y las Jeunesses Patriotes, contra los nuestros. Por la noche todavía fue peor. No quedaba una sola farola viva. La única luz era la de las antorchas y las fogatas improvisadas. —Se llevó el cigarrillo a los labios, miraba directamente a Gerta, hablaba con vehemencia, pero también con algo más, vanidad, costumbre, orgullo masculino, esa cosa que se le pone a los hombres en la cabeza y les hace comportarse como niños en una película del oeste—. Había humo por todas partes en medio de la lluvia. Sabíamos que los bonapartistas habían conseguido llegar muy cerca del Palais Bourbon, así que nos reagrupamos para intentar evitarlo. Pero la policía disparó desde el puente indiscriminadamente. Había varios francotiradores de ellos apostados en los castaños de Indias de Tours-la-Reine. Fue una carnicería: diecisiete muertos y más de mil heridos —dijo expulsando el humo del cigarrillo de golpe—. Y lo peor de todo —añadió— es que no pude sacar ni una maldita foto. No había luz suficiente.

Gerta se lo quedó mirando fijamente, el codo en el borde de la mesa, la barbilla apoyada en la mano. A Boris Thalheim lo habían detenido ese día y lo habían enviado de vuelta a Berlín, como a muchos otros compañeros. Los socialistas y los comunistas seguían tirándose los trastos a la cabeza en su guerra de bandos. Su amigo Willi Chardack había acabado con la cabeza abierta y una clavícula rota. Todos los cafés de la Rive Gauche se habían convertido en enfermerías improvisadas... pero aquel húngaro presuntuoso consideraba que lo peor de todo era que no había podido

sacar su jodida foto. Vale.

Chim la observó con los ojos empequeñecidos a través de los cristales gruesos de sus lentes y ella supo que en aquel preciso momento la estaba viendo pensar y que tal vez no compartía sus pensamientos, como si en el fondo de sus pupilas habitara el convencimiento de que nadie tiene derecho a juzgar a nadie. ¿Qué sabía ella en realidad de André? ¿Acaso estaba dentro de su cabeza? ¿Habían ido juntos a la escuela? ¿Estuvo alguna vez sentada a su lado en la escalera trasera de su casa, acariciando un gato hasta la madrugada para no oír las disputas familiares, cuando su padre se gastaba el jornal del mes en una partida de cartas? No, evidentemente Gerta no sabía nada de su vida ni de la de los barrios obreros de Pest. ¿Cómo lo iba a saber? Cuando André tenía diecisiete años, dos individuos muy corpulentos con bombín fueron a buscarlo a casa después de unos disturbios en el puente de Lánc. En el cuartel general de la policía el comisario jefe, Peter Heim, le rompió cuatro costillas sin dejar de silbar en ningún momento la *Quinta sinfonía* de Beethoven. El primer directo a la mandíbula, André lo encajó con su sonrisa cínica. El comisario respondió con una patada en los huevos. Esta vez no sonrió, pero lo miró con todo el desprecio de que fue capaz. Los golpes continuaron hasta que perdió el conocimiento. Permaneció varios días en coma. A las dos semanas consiguió salir. Su madre, Julia, le compró dos camisas, una chaqueta, unas botas de montaña de doble suela y dos pantalones bombachos, su uniforme de refugiado y con diecisiete años lo metió en un tren. Nunca más volvió a tener un hogar. ¿Qué sabía ella de todo eso? Parecían decir los ojos de Chim que escudriñaban sus reacciones detrás de las lentes redondas de sus gafas.

Era difícil imaginar a dos jóvenes con menos probabilidades de hacerse amigos que Chim y André y sin embargo se apoyaban uno a otro igual que dos planetas sosteniéndose en el aire. Qué distintos son, pensó Gerta. Chim hablaba perfectamente francés. Parecía serio, como un filósofo o un jugador de ajedrez. Por lo que Gerta había podido deducir de un par de comentarios cazados al vuelo, era un ateo convencido, sin embargo llevaba dentro el karma de ser judío como una especie de tristeza, igual que ella. André por el contrario, parecía no complicarse mucho la vida con esas cosas. Se la complicaba, al parecer, de otra manera, como se la han complicado siempre los hombres. Todo empezó por un tipo alto, de bigote, que se dirigió a Ruth, con un tono, no grosero, sino más bien galante, de una galantería, eso sí, algo sobrada de alcohol. Nada que una mujer no supiera resolver por sí sola, sin escándalo, con una simple respuesta que pusiera al franchute en su lugar. Pero André no le dio tiempo, se alzó en pie, echando la silla hacia atrás con tanta brusquedad, que todos los clientes del local se volvieron. Las manos un poco separadas del cuerpo, los músculos tensos.

—Tranquilo —le dijo Chim mientras se ponía también en pie y se quitaba las gafas, por si era necesario partirla la cara a alguien.

Afortunadamente no fue necesario. El tipo se limitó a alzar la mano izquierda en

señal de disculpa, entre evasivo y resignado. Un francés educado dentro de todo. O sin ganas de bronca aquella noche.

La situación, sin embargo, no parecía pillarles de nuevas, observó Gerta. Estaba segura de que en más de una ocasión el asunto debió resolverse de otra manera, no había más que verlo. Hay hombres que nacen con un resorte innato para pelear. Es algo que no eligen probablemente, una especie de instinto que les hace saltar a la primera de cambio. El húngaro parecía de esos, justiciero, acostumbrado a desplegar con las mujeres las clásicas armas de caballero andante, con una inclinación peligrosa a batirse en duelo a partir de la penúltima copa.

Salvo eso, era o aparentaba ser, frívolo y versátil cuando estaba lúcido, tanto en su vida como en su trabajo. Tenía un peculiar sentido del humor. Cierta facilidad para reírse de sí mismo, de sus meteduras de pata, como cuando contó que se había gastado todo el adelanto que había recibido de la Agence Central en una tarde y tuvo que empeñar una cámara Plaubel para pagar el hotel o cuando destrozó una Leica al intentar utilizarla bajo las transparentes aguas del Mediterráneo mientras hacía un reportaje en Saint-Tropez, para los hermanos Steinitz. La agencia quebró a los pocos meses y André bromeaba con la idea de que se la había cargado él con su catálogo de desastres. Aquella naturalidad para burlarse de sus propias torpezas, le hacía simpático a primera vista, divertido. El típico humor húngaro. Podía incluso llegar a ser cínico sin esforzarse demasiado, con aquella sonrisa lacónica que le bastaba para decir todo lo que tenía que decir y sobre todo con aquella manera de encogerse de hombros como si le diera exactamente igual fotografiar a un héroe de la revolución bolchevique que hacer un reportaje en el centro de vacaciones más chic de toda la Riviera. Esa dualidad curiosamente no le desagradaba del todo a Gerta. De algún modo también a ella le gustaban los perfumes caros y las noches de luna y champán.

No sabría decir exactamente qué era entonces lo que no terminaba de convencerle de aquel húngaro que la miraba interrogante, una mano sosteniendo el codo y el cigarrillo entre dos dedos. Pero algo era, sin duda.

André Friedmann parecía caer siempre de pie como los gatos. Solo él podía meter la pata hasta el fondo y que sus jefes siguieran confiando en él; o viajar en un tren alemán con un pasaporte sin visado, mostrarle al revisor con toda naturalidad la minuta de un restaurante en lugar de su documentación y que colase. Una de dos: o era muy hábil o tenía un don para inclinar cualquier balanza a su favor. Bien mirado ninguna de las dos cualidades resultaba demasiado tranquilizadora a los ojos de Gerta.

—¿Sabes lo que es tener suerte? —le dijo, mirándola de frente—. Tener suerte es estar en una cervecería en Berlín en el momento en el que un nazi de las SS le parte la cabeza a un zapatero judío y no ser tú el zapatero, sino el fotógrafo y que te dé tiempo a sacar la cámara. La suerte es algo que se lleva pegado a la suela de los zapatos. La tienes o no la tienes. —Gerta se acordó de su estrella. La tengo, pensó. Pero no dijo nada.

André se apartó el pelo de la frente y miró de nuevo hacia el fondo del local, sin centrar el foco, momentáneamente abstraído. A veces se iba lejos, como si estuviera en otra parte. Todos echamos de menos algo, una casa, la calle donde jugamos de niños, un par de esquís viejos, las botas del colegio, el libro en el que aprendimos a leer, una voz regañándonos en la cocina para que nos terminemos el vaso de leche, el taller de costura en la parte de atrás de la casa, el traqueteo de los pedales. La patria no existe. Es un invento. Lo que existe es el lugar donde alguna vez fuimos felices. Gerta se dio cuenta de que André se iba a ese lugar a veces. Estaba hablando con todos, soltando alguna bravuconada, sonriendo, fumando y de repente se le ponía ese puntito en la mirada y ya estaba lejos. Muy lejos.

—Acabarás acostándote con él —le vaticinó Ruth cuando al fin llegaron de madrugada al portal de casa.

—Ni muerta —dijo.

IV

Cualquier vida, por corta que parezca, contiene demasiados equívocos, situaciones difíciles de explicar, flechas que se pierden en las nubes como aviones fantasma y si te he visto, no me acuerdo. No es fácil ordenar todo ese material ni siquiera para contárselo a uno mismo. En eso andaban los psicoanalistas con su ronda de los sueños. Las arenas movedizas, las escaleras de caracol, los relojes blandos y cosas así. Pero los sueños de Gerta no se dejaban agarrar ni ponerse un marco. Eran cosa suya. ¿Qué había sido su juventud hasta ahora? ¿Una traición a quienes la rodeaban o el deseo de otra vida?

Había encontrado trabajo como secretaria a tiempo parcial con un salario modesto en la consulta del médico emigrado René Spitz, discípulo de Freud. La interpretación de los sueños ocupaba mucho espacio en los primeros números de sus revistas. Ese mundo no le era del todo ajeno a Gerta. En los ratos de menos trabajo se ponía a leer la relación de casos con tanta avidez como si quisiera descubrir algún secreto sobre su propia vida.

La gente se defiende de los sueños de forma distinta. A veces al llegar a casa se sentaba en la cama con una cajita de dulce de membrillo donde guardaba sus joyas: unos pendientes de ámbar egipcio, fotos, una medallita de plata con el perfil de un barco, el dibujo a plumilla del puerto de Éfeso que le había regalado Georg el último verano. De repente sintió necesidad de agarrarse a esos recuerdos como a un clavo ardiendo, como si eso fuera a protegerla de algo. De alguien. Volvió al mundo de Georg igual que si se hubiera enfundado en una armadura. Hablaba de él a todas horas. Se impuso la disciplina de escribirle con frecuencia. Hacía planes para ir a verlo a Italia. Algo la había alterado por dentro, la había irritado o desconcertado y buscó el refugio de un amor conocido. Eso era su limbo, una zona cautiva entre la verdad y la ficción. ¿Por qué? Ruth la observaba y no decía nada. Conocía sus mecanismos de defensa desde niña.

Cuando Gerta tenía nueve años en el colegio de la Reina Charlotte una de sus profesoras la castigó una mañana sin salir al patio. Ella pretendió que no le importaba lo más mínimo, que en realidad odiaba tener que salir al patio. Cuando por fin *Frau Hellen* le levantó el correctivo, ella se mantuvo en sus trece. Estuvo un año entero sin salir al recreo, leyendo sola en su pupitre, por no darle la satisfacción de haberla herido con aquel castigo. No es que fuera orgullosa, es que era distinta. Nunca llevó bien el ser judía. Se inventaba historias sobre sus orígenes, como la de Moisés salvado de las aguas, que era hija de balleneros noruegos o de piratas, según la novela que estuviera leyendo, que sus hermanos pertenecían a «los caballeros de la mesa redonda», que tenía una estrella...

Pero había otra clase de sueños, claro que los había. Estaba el lago, la mesa con mantel de lino, un búcaro con tulipanes, el libro de John Reed y una pistola. Eso ya era otro cantar.

Una vez al salir de la consulta sintió a su espalda unos pasos sobre el pavimento, pero al volverse no vio a nadie, solo una madeja de calles y árboles. Siguió andando desde la Porte d'Orléans, por esa zona de terrenos baldíos, más allá del boulevard Jourdan, sintiendo todo el tiempo a su espalda una inquietud imprecisa, como un chirrido leve de suelas de goma. De vez en cuando una ráfaga de viento levantaba una bocanada de papeles y hojas que casi la elevaba por el aire con sus escasos cincuenta kilos. Caminaba emboscada dentro del abrigo con una boina gris, mirando de refilón los escaparates de las tiendas cerradas, sin ver a nadie reflejado en el cristal. Octubre y sus sombras anhelantes.

Estaba delgada, más que nada por cansancio. Dormía mal, muchos recuerdos se iban desdibujando en su memoria. Le parecía que hacía siglos que había abandonado Leipzig y sin embargo no acababa de encontrar su sitio en aquella ciudad. «Sé que un día llegué a París —le contaría a René Spitz en su consulta una tarde en que cambió la bata de enfermera por el diván—. Sé que estuve un tiempo viviendo de prestado, haciendo lo que otros hacían, pensando lo que otros pensaban». Era verdad. La sensación que más recurrentemente la inquietaba era la de estar viviendo una vida que no era la suya. ¿Pero cuál era la suya? Se miraba con aprensión en el espejo del lavabo, observando cada rasgo atentamente, como si de un momento a otro fuera a sufrir una transformación y temiera no reconocerse. Hasta que un día el cambio se produjo. Se agarró a la pila con las dos manos, metió la cabeza bajo el grifo durante unos minutos y luego se sacudió el agua hacia los lados como un perro bajo la lluvia. Después volvió a mirarse despacio en el espejo. Entonces con sumo cuidado cubrió todo su cabello, mechón a mechón, con barro rojo de *henna* y se lo peinó hacia atrás con los dedos. Le gustaba el color de la sangre seca.

—Pareces un mapache —le dijo Ruth cuando llegó a casa y la encontró leyendo acurrucada bajo un montón de mantas. El pelo rojo le hacía el rostro más duro y flaco.

Dentro de casa, no tenía reparo en mostrarse tal como era. Pero fuera, en las tertulias de los cafés, se convertía en otra. Desdoblarse, esa era la primera regla de supervivencia: saber diferenciar la vida exterior de la procesión que va por dentro. Es algo que había aprendido desde muy pequeña, igual que expresarse correctamente en alemán por la mañana en el colegio, y al llegar a casa, hablar en *yiddish*. Al final del día, en pijama, hecha un ovillo, con un libro en la mano, Gerta no era más que una peregrina ante las murallas de una ciudad extranjera. De puertas afuera, sin embargo, seguía siendo la princesa risueña de ojos verdes y pantalones anchos que tenía encandilada a toda la Rive Gauche.

París era una fiesta. Los dadaístas se sentían capaces de convertir cualquier noche en un espectáculo improvisado con una simple rueda de bicicleta, un botellero y un orinal. Se fumaba, se bebía cada vez más, vodka, absenta, champán... Se firmaba un manifiesto cada día. A favor del arte masivo, de los indios de la Araucanía, del gabinete del doctor Caligari, de los árboles japoneses... Así llenaban el tiempo libre.

Los textos de un día se oponían a los de otro. El carrusel de París y Gerta dando vueltas en él, girando sobre sí misma. Firmó manifiestos, asistió a mítines, leyó *La condición humana* de Malraux, compró un billete para un viaje a Italia que no llegó a hacer nunca, bebió más de la cuenta alguna noche y sobre todo volvió a verlo. A Él. A André. Y hasta soñó con él. Fue una pesadilla, más bien. Él le presionaba el pecho en plena excitación y no la dejaba respirar. Se despertó gritando, con los ojos espantados, mirando fijamente la almohada. No quería moverse, no quería volver a apoyar la cabeza en esa parte de la cama. O tal vez el sueño fue posterior, quién sabe... Tampoco tiene demasiada importancia. El hecho es que volvió a verlo.

Existe la casualidad, claro. También existe el destino. Hay fiestas, amigos comunes que son fotógrafos o electricistas o pésimos poetas. Además ya se sabe que el mundo es un pañuelo y en uno de sus pliegues puede haber un balcón-terraza desde el que se ve el Sena y se oye la voz de Josephine Baker como una calle larga y oscura, exactamente en el momento en que ella se vuelve y el húngaro la toma del brazo para preguntarle.

—¿Eres tú?

—Bueno —respondió dubitativa—, no siempre.

Ahora reían los dos como si les uniera una complicidad antigua.

—No te había reconocido —se justificó André, mirándola entre asombrado y divertido con el ojo izquierdo un poco guiñado como si fuera a disparar de un momento a otro, igual que un cazador que enfila a su presa—. Te queda bien el pelo así tan rojo.

—Seguramente, sí —dijo ella volviendo a apoyar los codos en la balaustrada del balcón. Iba a decir algo sobre el Sena, sobre lo bien que se veía el río esa noche con la luna ahí arriba cuando lo escuchó decir:

—No me extraña que en noches como esta la gente se tire de los puentes.

—¿Qué?

—Nada, una especie de verso —dijo.

—Es que no te oí, de verdad, por la música.

—Que a veces quiero matarme, pelirroja, ¿te enteras? —dijo ahora bien alto, mirándola a los ojos y sujetándole fuerte la barbilla, pero sin dejar de sonreír con una punta de sarcasmo en la comisura de los labios.

—Sí, ahora te he oído, pero no hace falta que grites —respondió ella quitándole el vaso, sin inmutarse. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que estaba completamente borracho.

Al rato ya caminaban solos por el ribazo del río y ella lo dejaba hablar entre atenta y condescendiente como si a él le hubiera dado un acceso de fiebre o estuviera enfermo de una cosa sin importancia que se le iba a pasar pronto.

La cosa en sí, se le pasara o no, podría llamarse decepción, orgullo herido, ganas de dejarse querer, cansancio... Acababa de regresar del Sarre de hacer un reportaje para la revista *Vu*.

—El Sarre... —dijo como si soñara.

Y Gerta entendió lo que quería decir. O sea, Sociedad de Naciones, carbón, Bonjour, Guten Tag... todo eso. André le contó que había llegado a Saarbrücken la última semana de septiembre con estandartes y carteles con la esvástica por todas partes. Anduvieron un trecho por la orilla un poco tambaleantes, más tambaleante él que ella, mirando la luna, con el cuello del abrigo levantado por el relente del río. Había ido con un amigo periodista llamado Gorta —continuó diciendo— un tipo más parecido a un personaje de Dostoievski que a John Reed, con el pelo largo y liso, a lo *sioux*. Las nubes de polvo de carbón se colaban por todas partes como un viento en forma de torbellino. Hay vientos constantes y vientos variables, que cambian de dirección y con su fuerza pueden derribar a un caballo y su jinete, vientos que se reorientan en un instante y llegan a cambiar el sentido de las agujas del reloj, vientos que pueden soplar durante años, vientos del pasado que viven en el presente.

El discurso de André no resultaba demasiado hilvanado. Pasaba de una cosa a otra, sin transición, con palabras más bien torpes, sin embargo Gerta, por alguna razón, tenía, al menos aquella noche, el don de poder ver dentro de sus palabras como si fueran imágenes: el primer plano de un ciclista leyendo las listas que los nazis pegaban en los postes de la luz, obreros bebiendo cerveza bajo una cruz gamada o tumbados a la sombra de los contenedores, el gris sucio del cielo, la calle principal de Saarbrücken con los estandartes colgados de los balcones, la gente saliendo de las fábricas, de los cafés, saludándose con el «*Heil Hitler*», el brazo en alto, la sonrisa casual, inocente, como si dijeran «Feliz Navidad».

Todavía faltaban unos meses para el plebiscito en que el territorio tenía que decidir entre integrarse definitivamente en Francia o pasar a formar parte de Alemania. Pero según las fotografías no había duda. Toda la cuenca carbonífera era territorio ganado para el fascismo. «El Sarre. Aviso. Alta tensión», se titulaba el reportaje. Texto e imágenes firmadas por el enviado especial: Gorta. El nombre de André no aparecía por ningún lado. Como si no fueran tuyas las fotos.

—No existo —dijo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, encogiéndose de hombros, pero ella vio perfectamente cómo se endurecían las arrugas verticales que tenía a los lados de la boca—. No soy nadie —sonrió con humor acre—. Solo un fantasma con una cámara. Un fantasma que fotografía a otros fantasmas.

Tal vez fue en ese momento cuando ella decidió adoptarlo, con aquellos ojos de perro spaniel abandonado a la orilla del Sena. Ahora estaban sentados en un banco de tablas. Oían los árboles, el río. Gerta tenía las piernas flexionadas y estaba abrazada a sus rodillas. Lo más peligroso para algunas mujeres es que alguien les ponga en la mano una varita de hada madrina. Te voy a salvar, pensó. Puedo hacerlo. Quizá me salga caro y es posible que no te lo merezcas, pero te voy a salvar. No hay sensación más poderosa que esa. Ni el amor, ni la piedad, ni el deseo. Aunque eso Gerta todavía no lo había aprendido, era demasiado joven. Por eso le acarició la cabeza con un gesto a mitad de camino entre revolverle el pelo y tomarle la fiebre.

—No te preocupes —le dijo asomando la barbilla por encima del jersey con voz de hada tierna—. Lo único que necesitas es un *manager*. —Sonreía. Sus dientes eran pequeños y luminosos, los dos delanteros separados en el centro por una pequeña ranurita. No era una sonrisa de mujer hecha y derecha, sino de niña, o más bien de chico intrépido, una sonrisa aventurera, como la que se esgrime ante un compañero de juegos. Lo miraba ladeando un poco la cabeza, burlona, inquisitiva, mientras una idea corría por su cabeza como un ratón por el techo—. Voy a ser tu *manager*.

V

Al principio fue solo un juego. Esta camisa me gusta, esta no. Mientras él entraba en el vestidor de los almacenes La Samaritaine, ella lo esperaba, displicente, recostada en una especie de diván de terciopelo rojo en la entrada de los probadores con las piernas cruzadas, balanceando un pie hasta que lo veía salir convertido en un figurín, lo miraba de arriba abajo con cara de guasa, enarcadas las cejas, le hacía dar una vuelta al ruedo y siempre fruncía un poco la nariz, antes de darle definitivamente el visto bueno. Realmente parecía un actor de cine: bien afeitado, camisa blanca, corbata, zapatos limpios, el pelo cortado a la americana. Sus ojos, sin embargo, seguían siendo los de un gitano. Con eso no había nada que hacer.

A ella le gustaba la distancia que él dejaba a su alrededor, un espacio necesario para que cada cual ocupara su lugar. Él no se molestaba cuando ella le reprendía o le daba demasiadas indicaciones. Empezó a llamarla «la jefa». Ese pacto le infundía a los dos una energía particular, como si existiera un código de aire entre ellos, cuando se encontraban en la terraza del Dôme, sin haberse citado previamente o él pasaba silbando bajo su ventana como quien no quiere la cosa, o cuando coincidían en el mismo restaurante de la primera vez por casualidad. Aunque a aquellas alturas los dos sabían que un encuentro casual era probablemente lo menos casual en sus vidas.

La operación cambio de imagen consiguió un resultado inmediato. Gerta tenía razón. Una vez más se habían demostrado las enseñanzas de su madre. La elegancia no solo puede salvarte la vida, sino que también puede ayudar a ganártela. La segunda entrega del reportaje sobre el Sarre, fue la consagración de André. La apariencia del éxito llama al éxito.

Ruth subió las escaleras a toda prisa con la barra de pan para el desayuno en una mano y el último número de la revista *Vu* en la otra. EL SARRE, SEGUNDA ENTREGA, rezaba el titular: LO QUE OPINAN SUS HABITANTES Y POR QUIÉN VAN A VOTAR. Gerta la esperaba de puntillas en el rellano todavía en pijama, con calcetines gruesos y los ojos un poco hinchados con restos de sueño. Era muy temprano, pero apenas podía contener la impaciencia. Abrió un claro en la mesita de la cocina, apartó la tetera, las tazas y desplegó la revista de par en par como un mapa del mundo: título relampagueante, disposición del texto en diagonal y las fotos que ella había visto en hojas de contactos pegadas en los azulejos del lavabo, aparecían ahora ampliadas y bien remarcadas sobre la página. Inhaló el olor de la tinta de impresión como el aroma de los cromos que compraba de cría. La firma de André Friedmann venía con caracteres en negrita. Gerta sonrió por encima de la camiseta gris del pijama y alzó instintivamente su puño al aire en señal de victoria, exactamente igual que Joe Jacobs cuando levantó ante los *flashes* de la prensa el guante de campeón de Max Schmeling. Al fin y al cabo no todos los combates de boxeo se libraban dentro del *ring*.

Le gustaba pensar que se trataba solo de una alianza temporal, nada más. Una

sociedad de socorros mutuos entre judíos refugiados. Hoy por ti, mañana por mí. Además, pensaba Gerta, la suya no era una ayuda completamente desinteresada. También ella recibía algo a cambio. Ese pensamiento le daba seguridad, como si le reconfortara no implicarse más de la cuenta. Adoptaron la costumbre de levantarse temprano para pasear por el barrio a la hora en la que empezaban a llegar los carretones del pescado y la fruta a los mercados. Recorrían juntos las calles de las especias, detrás de la iglesia de Saint Séverin. Escuchaban el tañido de las campanas, como un rumor entre ellos dos, mientras paseaban en el fresco aire matutino cargado ya con el olor a carbón y cáñamo. Extranjeros en una ciudad soñada. La luz pasando del añil al dorado con un ligero resplandor por el Este. Hacían una pareja curiosa, un joven moreno con jersey y americana y una muchacha de pelo rojo con sus zapatillas de tenis y la Leica al hombro como Diana cazadora. No siempre llevaba carrete porque no podía permitirse desperdiciar ni un solo franco, pero aprendía rápido. Caminaban cada uno por su lado de la acera, sin rozarse, guardando las distancias. Un día con buena luz, un cigarrillo... Eso era todo. En pocas semanas aprendió a utilizar la Leica y a revelar fotografías en el lavabo, cubriendo la lamparita con papel de celofán rojo. André le enseñó a arrimarse al objetivo. Tienes que estar ahí —le decía— pegada a la presa, al acecho, para disparar en el momento exacto, ni un segundo antes, ni un segundo después. Clic. Las lecciones la hicieron más cauta y agresiva, aunque a la hora de saber encuadrar para elegir una imagen, le faltaba determinación. Se quedaba parada en una esquina de Notre Dame, enfocaba a un anciano con barba escasa y gorro de astracán, veía un fragmento de su flaca mejilla en relación con el arco gótico del Juicio Final, y bajaba la cámara. Podía abarcarlo todo con los ojos, excepto lo temporal. Ya no eran las calles de piedra gris y cielo de plata lo que intentaba captar. Era otra cosa. Tal vez empezaba a darse cuenta de que tenía un arma en la mano, por eso aquellas caminatas se iban convirtiendo, cada vez más, en un punto de fuga personal, una manera propia de asomarse al mundo, un poco asombrada todavía, quizá demasiado contradictoria. La manera de mirar es también la manera de pensar y de encarar la vida. Más que ninguna otra cosa deseaba aprender y cambiar. Era la ocasión perfecta para hacerlo, el instante en el que todo estaba por suceder, en que el rumbo de la vida todavía podía modificarse. Muchos meses después, en la alta madrugada de otro país, bajo el tableteo de las ametralladoras a cinco grados bajo cero, se acordaría de ese momento inicial cuando la felicidad era salir de caza y no matar al pájaro.

«La fotografía deja errar mis pensamientos», escribió en su diario. «Es como tumbarme de noche en la terraza y ponerme a mirar el cielo». En Galitzia durante las vacaciones le gustaba mucho hacer eso. Escalar por la ventana de su cuarto hasta el tejadillo de la azotea y allí, echada boca arriba, cavaba un agujero en el cielo nocturno, bajo la brisa de verano, sin pensar en nada, en mitad de la oscuridad. «En París no hay estrellas, pero están los farolillos rojos de los cafés. Parecen constelaciones nuevas que han nacido en el Universo. Ayer en la terraza del Dôme

asistí a un apasionado debate sobre el valor de la imagen entre Chim, André y ese normando flaco que los acompaña a veces, un tipo curioso, ese Henri, muy culto, de buena familia, a veces se le nota un poco la mala conciencia de las personas de clase alta que se sienten culpables de sus orígenes y trata de hacerse perdonar mostrándose más izquierdista que nadie. André siempre se mete con él diciendo que en casa de Cartier-Bresson nunca se contesta al teléfono hasta haber leído el editorial de *L'Humanité*. Pero no es verdad. Además de listo y desclasado, a Henri le gusta ir por libre. Discutían sobre si las fotos debían ser un documento útil o el producto de una búsqueda artística. Me pareció que los tres pensaban lo mismo con distintas palabras, pero yo no entiendo demasiado.

»A veces salgo con André por el barrio, miro hacia un balcón y de repente ahí está la foto: una mujer tendiendo la colada en el alambre. Es algo vivo, todo lo contrario de sonreír y posar. Basta con saber adónde dirigir la mirada. Estoy aprendiendo. La Leica me gusta, es pequeña y no pesa nada. Se pueden tomar hasta treinta y seis imágenes seguidas y no es necesario andar cargando con los focos de un lado para otro. Hemos montado en el cuarto de baño un laboratorio de revelado. Ayudo a André, escribo los pies de foto, los mecanografío en tres idiomas y de vez en cuando consigo algún encargo publicitario para Alliance Photo. No es mucho, pero me permite practicar y conocer por dentro el mundo periodístico. El panorama no es muy alentador. Hay que abrirse paso a codazos y no es fácil hacerse un hueco. Menos mal que André tiene buenos contactos. Ruth y yo hemos conseguido un trabajo nuevo copiando a máquina guiones de cine para Max Ophüls. Además los jueves por la tarde sigo yendo a la consulta de René. Con todo tenemos lo suficiente para pagar el alquiler, aunque no siempre es fácil llegar a fin de mes. Al menos no le debo dinero a nadie. Ah, y tenemos un nuevo inquilino, un loro real de las Guayanas, regalo de André, con el pico anaranjado y la lengua negra, algo maltrecho el pobre. Ruth se ha empeñado en enseñarle francés, pero todavía no dice ni media palabra, solo silba la *Marcha turca*. Tampoco vuela, aunque campa a sus anchas por toda la casa con un andar cascorvo de pirata viejo. Su nombre estaba escrito. Le hemos puesto *Capitán Flint*. ¿Cuál si no?

»Chim me ha regalado la foto que nos sacó su amigo Stein a André y a mí en el Café de Flore. Siempre me resulta raro reconocerme. Llevo la boina ladeada y sonrío mirando hacia abajo como si estuviera escuchando una confidencia. André parece acabar de decir algo, lleva una chaqueta de sport y corbata. Ahora empiezan a irle mejor las cosas y puede comprarse ropa elegante, aunque no se administra muy bien que digamos. Me mira de frente como para comprobar mi reacción y también sonrío o casi. Parecemos dos enamorados. Ese Stein llegará lejos con la fotografía. Es bueno esperando el momento. Sabe exactamente cuándo debe apretar el obturador. Solo que no somos dos enamorados ni mucho menos. Yo tengo un pasado. Está Georg. Me escribe todas las semanas desde San Gimignano. Nacemos con un camino trazado. Este sí, este no. Con quién sueñas. A quién amas. O uno o el otro. Eliges sin elegir.

Así son las cosas. Cada cual recorre sus propios pasos. Además, ¿cómo querer a alguien sin conocerlo realmente? ¿Cómo se recorre la distancia de todo lo que no se sabe del otro?

»A veces me tienta la idea de contarle a André lo que pasó en Leipzig. Él tampoco habla mucho de lo que dejó atrás, aunque es capaz de conversar sobre cualquier otra cosa durante horas sin parar. Sé que su madre se llama Julia y que tiene un hermano pequeño al que adora, Cornell. Son pocas las ocasiones en las que me abre una ventana por la que asomarme a su vida. Es demasiado cauteloso. Yo también me callo cuando a veces vuelvo la vista atrás y veo a mi padre en la puerta del gimnasio de Stuttgart esperando a que me anude los cordones de las zapatillas de tenis, impacientándose un poco, mirando el reloj. Después oigo la voz de Oskar y Karl en las gradas, animándome: “venga, truchita...”. Hace siglos que nadie me llama así. Hace siglos que íbamos a tirar piedras al río. Nos limpiábamos el barro de los zapatos con briznas de hierba. En noches como esta pienso si para ellos será tan doloroso ser recordados como para mí recordarlos. Desde los decretos del Führer, han tenido que mudarse varias veces. Ahora están en Petrovgrad, cerca de la frontera con Rumania, en casa de los abuelos. Eso me tranquiliza, es una aldea serbia en la que nunca ha habido tradición antisemita. No sé si algún día podré sentirme orgullosa de ser judía, me gustaría tener el carácter de André que no le concede a esa condición la mínima importancia. Para él es como ser canadiense o finlandés. Nunca comprendí la tradición hebrea de identificarse con los antepasados: “cuando nos expulsaron de Egipto...”. Oiga, a mí nunca me han expulsado de Egipto. No puedo asumir esa carga, ni para bien ni para mal. No creo en ese nosotros. Los colectivos no son más que excusas. Solo las acciones individuales tienen un sentido moral, al menos en esta vida. De la otra, francamente, carezco de pruebas. Es verdad que hay cosas hermosas en lo que aprendimos de niños, la historia de Sara, por ejemplo, o el ángel que detiene el brazo de Abraham, la música, los salmos...

»Recuerdo que el Día del Temor de Dios, cuando está escrito que cada hombre debe perdonar a su prójimo, nos vestían con nuestra mejor ropa. Encima de la cómoda había una foto de Karl y Oskar con pantalones bombachos y camisas nuevas. Yo llevaba un vestido corto con dibujos de cerezas. Las piernas flacas. Tenía el pelo recogido en un nudo encima de la cabeza, como una nubecita gris. Las imágenes no se olvidan. El misterio de la fotografía».

Toc-toc... sonaron unos golpecitos discretos en el marco de la puerta. Gerta levantó la cabeza del cuaderno. Hacía ya un rato que había dejado de oír el tecleo de la máquina de escribir en la habitación de al lado. Debía de ser la una de la madrugada. Cuando Ruth asomó la cabeza, la vio arrebujaada en una manta con el tercer cigarrillo del insomnio quemándole en los labios y el cuaderno en las rodillas.

—¿Aún estás despierta?

—Ya me iba a dormir —se disculpó como una niña a la que hubieran pillado en falta.

—No deberías escribir un diario —dijo Ruth señalando el cuaderno de tapas rojas que Gerta había apoyado encima de la mesita de noche—. Nunca se sabe en manos de quién puede caer. —Tenía razón, aquello contravenía las normas más elementales de clandestinidad.

Ya...

—¿Por qué lo haces entonces?

—No sé... —dijo, encogiéndose de hombros. Después apagó el cigarrillo en un platito descascarillado—. Tengo miedo a dejar de saber quién soy.

Era verdad. Todos tenemos un miedo secreto. Un terror íntimo que nos es propio y nos diferencia de los demás. Un miedo individual, preciso.

Miedo a no reconocer el propio rostro en el espejo, a perderse en una noche de mal sueño en una ciudad extranjera, después de varias copas de vodka, miedo a los otros, a la devastación del amor o peor aún, de la soledad, miedo como conciencia estremecedora de una realidad que se descubre solo en un momento dado, aunque siempre haya estado ahí. Miedo a los recuerdos, a lo que una hizo o hubiera sido capaz de hacer. Miedo como final de la inocencia, como ruptura con un estado de gracia, miedo a la casa del lago con sus tulipanes, miedo a alejarse demasiado de la orilla nadando, miedo al agua oscura y viscosa sobre la piel cuando ya no hay rastro de tierra firme bajo los pies. Miedo con M mayúscula. Con M de Morir o de Matar. Miedo a la niebla constante del otoño en los barrios más alejados, por donde tiene que regresar los jueves, atajando por tramos mal iluminados, con plazas desiertas o poco concurridas, un mendigo aquí, una mujer cargando un carrito de leña en la otra esquina y el ruido de sus propias pisadas, que sonaban blandas, breves, húmedas... como si no fueran suyas, sino de alguien que la está siguiendo a distancia, uno, dos, uno, dos... esa sensación constante de amenaza en la nuca acompañando su regreso a casa, la boina calada, las manos en los bolsillos, la necesidad imperiosa de correr, como cuando de niña tenía que cruzar el callejón desde la panadería hasta la casa de Jacob y subir las escaleras sin aliento, de dos en dos, hasta que llamaba a la puerta y se encendía la luz, el territorio seguro. Tranquila, se decía, tranquila, mientras trataba de aminorar el paso. Si se detenía un momento, el eco cesaba, si continuaba la marcha, volvía a oírlo rítmico, constante: uno, dos, uno, dos, uno, dos... De vez en cuando giraba la cabeza y, nada. Nadie. Tal vez solo fueran figuraciones suyas.

VI

Se quedó un rato abstraída, contemplando la cuartilla recién mecanografiada, pero sin fijarse en su contenido, sino solo en la porosidad del papel, la impresión de los caracteres. Tinta negra. Al lado de la máquina había una pila de cuartillas escritas y varios pliegos de secante verde. Gerta hizo girar el rodillo para extraer el folio y se puso a leerlo con atención: «Ante el avance del nazismo en Europa, solo queda una salida: el acercamiento de comunistas, socialistas, republicanos y otros partidos de izquierda en una coalición antifascista que facilite la formación de gobiernos de amplia base (...). Lo más urgente es la alianza de todas las fuerzas democráticas en un Frente Popular».

—¿Qué te parece, *Capitán Flint*? —dijo mirando hacia el trapecio montado sobre la repisa donde el pájaro ensayaba sus maromas.

Desde que André se había ido a España, hablaba a solas con el loro. Una forma como otra de combatir la soledad. Igual que regresar a su vieja militancia. Sentía la necesidad urgente de ayudar, de ser útil, de hacerse necesaria en algo. ¿En qué? No lo sabía. Intentó averiguarlo volviendo a las reuniones cada vez más concurridas del Chez Capoulade. Mujer-eco, mujer-reflejo, mujer-espejo. Había siempre demasiado humo allí dentro. Demasiada confusión. Gerta cogió su vaso mediado de vodka y salió a fumar un cigarrillo sentada en el bordillo de la acera. Permaneció allí, abrazada a las rodillas, mirando el cielo a medias clareado, estrella aquí, estrella allá, entre alero y alero con un leve resplandor anaranjado hacia el oeste. Se sentía bien así, respirando el aroma de los tilos de aquella primavera recién estrenada. Le gustaba el silencio de la ciudad con sus espolones de piedra sobre el laberinto de calles que bajaban lentas hasta el río. Esa calma le daba sosiego. Le ayudaba a poner un poco de orden en sus ideas. Estaba en eso cuando sintió posarse una mano en su hombro. Era Erwin Ackerknecht, un viejo amigo de Leipzig.

—Necesitamos que mecanografíes el texto del manifiesto en francés, inglés y alemán —dijo, sentándose a su lado en la acera—. Cuantos más intelectuales puedan adherirse, mejor. Tenemos que conseguir que el Congreso sea un éxito. —Se refería al Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura que se iba a celebrar en París a principios del otoño. Erwin lio despacio un cigarrillo entre los dedos y mojó el papel con los labios para sellarlo—. Aldous Huxley y Foster ya han confirmado su presencia —aseguró—, y también Isaac Babel y Boris Pasternak de la URSS. De los nuestros vienen Bertolt Brecht, Heinrich Mann y Robert Musil, de Austria. Todavía faltan por confirmar los americanos... Es importante que el texto llegue a todos, Gerta, a cada uno en su idioma. ¿Podemos contar contigo?

—Pues claro —respondió ella. Bebió un trago de vodka, dejando que el alcohol encontrara el camino a lo largo de sus venas, rumbo al corazón y al cerebro. El sabor le resultó áspero en la boca al mezclarse con el del tabaco. Se apartó un mechón que le caía sobre la frente y miró hacia un extremo del cielo. Recortado en negro, el

campanario de la milenaria abadía románica de Saint Germain des Prés se elevaba en la noche como un centinela más.

En las últimas semanas las controversias surrealistas habían abandonado un poco los linderos poéticos, para ocuparse de la realidad que reflejaban los periódicos y la radio. Los ánimos se ensombrecieron y el pequeño grupo de la Rive Gauche renunció temporalmente a los astrales reposos del Olimpo y a sus musas de ojos verdes, para meterse en el gran torbellino del mundo. Todos estaban pendientes de las noticias aunque persistía latente la pugna entre los que aceptaban las consignas de un partido revolucionario y los que aspiraban todavía a una posible comunión entre revolución y poesía. No era una cuestión menor. Una tarde André Breton atravesó el boulevard para comprar tabaco al lado del Dôme y en la puerta se cruzó con el estalinista ruso Ilya Ehrenburg. No mediaron palabras. El poeta cogió aire y con el mismo impulso le asestó un cabezazo en la nariz que crujió como si se hubiera roto una silla. No fue un acto premeditado. Simplemente sucedió así. Al ruso el impacto le cogió por sorpresa, sin tiempo para reaccionar. Cayó de rodillas, desmadejado, chorreando sangre escandalosamente roja sobre el pavimento gris. Después todo se enredó de una manera endiablada en una pelea de todos contra todos. Hubo insultos, gente que se levantó a socorrer al herido mientras otros trataban de contener la furia del poeta, levantándolo en vilo, tratando de apartarlo de allí, hasta que alguien gritó algo sobre llamar a la policía y en ese momento cada cual se guardó la ropa aplazando para otra ocasión aquel pleito de mastines. Pocos días después el poeta René Crevel, encargado de reconciliar a surrealistas y comunistas, se suicidó en la cocina de su casa abriendo la espita del gas.

Es necesario decir adiós —escribió sin esperanza—. Mañana vuelves a partir hacia tus brumas de origen. En una ciudad, roja y gris, tendrás un cuarto sin color, de paredes de plata, con ventanas abiertas directamente hacia las nubes de las que tú eres hermana. Habrá que buscar en pleno cielo a la sombra de tu rostro, el ademán de tus dedos...

Así estaban las cosas, cuando Gerta se vio obligada a elegir entre dos opciones sin preferir ninguna. La represión de los disidentes en la Unión Soviética no era un secreto para nadie, pero en la pequeña comunidad del Monte Parnaso, morada sagrada de los dioses, muchos dudaban entre denunciar los abusos de Stalin o silenciarlos para preservar la unidad del bando antifascista.

Estuvo pensando un rato, como suspendida en lo alto de un abismo, con el texto del manifiesto en una mano y el cigarrillo en la otra, sin leer las palabras, solo fumando y mirando la tela blanca que cubría el sofá del fondo y la repisa con las figuritas de barro que Ruth había comprado a un buhonero. Pese a todos sus esfuerzos por convertir aquella casa en un hogar, no pasaba de ser un campamento provisional: el cristal roto de la cocina pegado con esparadrapo, un mapa de Europa en la salita,

los libros amontonados en pilas por el pasillo, una botellita con lilas en la ventana, algunas fotografías clavadas con chinchetas en la pared... André con la americana remangada diciendo adiós desde la Gare de L'Est. Lo echaba de menos, claro que sí. No era algo irreparable, sino una sensación mansa deslizándose de forma imperceptible, sin estruendo, como una especie de costumbre. Nada grave. Abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar mientras la brisa le refrescaba la piel y los recuerdos: las mañanas recorriendo las calles del barrio con la Leica; los consejos de André, su manera de instalarse en el tiempo sin mirar el reloj, como si les correspondiera a los demás adaptarse a su ritmo; el día en que llegó con el *Capitán Flint* subido al hombro; la negligencia falsa con que ordenaba en la repisa del lavabo los líquidos del revelado, el modo de aparecer siempre en el último momento con un botella de vino bajo la chaqueta Y un cesto con truchas recién pescadas; su risa al encender el hornillo de la cocina, mientras Chim colocaba el mantel y Ruth sacaba los platos y los vasos del armario y ella colocaba los cubiertos como para una cena de gala; el ligero descuido que había en todos sus actos, su carácter arrogante a veces, unido a una peculiar aptitud para ser lo que no parecía y para parecer lo que no era. ¿Detrás de qué máscara se escondía? ¿Cuál de todos era él? ¿El bohemio alegre y seductor o el hombre solo que a veces se quedaba en silencio como al otro lado de un puente roto? «No soy nada, no soy nadie», recordaba Gerta que le había dicho a la orilla del Sena. Usaba la fragilidad para esconder su orgullo. Tal vez todo su encanto radicara en esa capacidad de fingir, en la timidez con la que instintivamente ocultaba su coraje y en su manera de sonreír y encogerse de hombros como si nada, cuando estaba realmente desesperado. Todo demasiado contradictorio: la americana desabrochada, las manos fuertes, el aire de mundo y sin embargo aquella ingenuidad extraña a la hora de dejarse aconsejar en cuanto a su indumentaria como un niño obediente. El juego de los disfraces había dado sus resultados. De no ser por esa imagen nueva y respetable que le daba usar chaqueta y corbata, la revista *Berliner Illustrierte Zeitung* no le habría encargado el reportaje que ahora estaba haciendo en España. Al principio había dudado si aceptar el trabajo porque la revista se hallaba, igual que todas las publicaciones alemanas, bajo el férreo aparato de propaganda de Goebbels, pero no se encontraba precisamente en condiciones de elegir qué encargos aceptaba y cuáles, no. Además, como le dijo Gerta, el reportaje no tenía nada que ver con la política. Se trataba simplemente de entrevistar al boxeador vasco Paulino Uzcudun, que iba a enfrentarse en Berlín al campeón alemán de pesos pesados, Max Schmeling.

España fascinó a André desde el primer momento. Había días en que volvía a la pensión y se tumbaba en la cama tan largo como era, escuchando a La Niña de Marchena o a Pepita Ramos y se sentía como en casa. El país le recordaba mucho a Hungría, la barahúnda de las calles, el ambiente de las tabernas con ristras de ajos colgadas del techo y odres de vino tinto, los tablaos flamencos... El gitano que había en él se entregó sin reservas a la gente, fotografiándola con tal intensidad de

penetración como si quisiera robarles el alma. Cuando acabó el reportaje deportivo en San Sebastián, se dirigió a Madrid, para cubrir la gran manifestación que iba a celebrarse el 14 de abril, con motivo del cuarto aniversario de proclamación de la República. La atmósfera se notaba cargada, y André percibió perfectamente esa tensión contenida en las calles, el odio a la CEDA, la coalición de derechas que desde el gobierno había dirigido hacía menos de un año una represión brutal contra los mineros asturianos, todavía estaban frescas esas heridas, pero la cuestión política no impedía a los españoles celebrar sus fiestas como les venía en gana. La Semana Santa de Sevilla, por ejemplo, adonde llegó André en tren, igual que miles de visitantes a empaparse de imágenes: mujeres con mantilla y claveles prendidos ovacionando el paso del Jesús del Gran Poder, saetas al paso de las cofradías, nazarenos vestidos como del Ku Klux Klan, zigzagueando por las estrechas calles de la ciudad entre humo de petardos hasta el amanecer. Nunca había contemplado una fiesta en la que se hallara tan mezclado lo sagrado y lo profano. Todo lo observaba a través del objetivo con una mirada todavía sin acabar de ajustar, algo tópica aún y superficial, pero con una encarnadura propia: las bailaoras con trajes de faralaes zapateando su furia al viento de abril, señoritos a caballo, el presidente del gobierno Alejandro Lerroux, recorriendo el Real en un coche de caballos enjaezado a la andaluza, borrachos bullangueros, turistas, gatos encaramados a techos de hojalata ondulada, un hombre mayor afilando un cuchillo a la puerta de la casa y a su lado un bulto pequeño cubierto con tela de saco y destapado en un extremo por donde asomaba la cabecita morena de una niña gitana dormida. La guerra estaba al caer.

«Tienes que conocer este país», le escribió a Gerta en una carta, sin saber que en poco tiempo ella iba a recorrerlo bajo el fuego de la defensa antiaérea aún viva en las muertas luces de las ciudades. Lo que es la vida. Pero eso André no podía saberlo mientras le describía todas sus sensaciones en un alemán torpe, desde el American Bar del Hotel Cristina, con barba de dos días, descamisado y sin blanca, después de haber pasado toda la noche bebiendo. «Algunas veces te echo de menos», acababa la carta.

Era parte de su encanto que tentaba a todo el mundo, de su carácter indisciplinado, individualista y un poco fantasioso. También un punto mujeriego. Eso Gerta no lo ignoraba.

Algunas veces... —repitió para sí, mientras releía la carta—. Será capullo.

VII

Se quedó parada ante la puerta con la llave en la mano. El cajetín de la cerradura estaba forzado y había astillas de madera por el suelo. Antes de tener tiempo para pensar nada, notó el latido de la sangre en la sien izquierda, una inquietud imprecisa como cuando venía caminando y le parecía oír unos pasos a su espalda. Todo su cuerpo se tensó como un arco, la precaución instintiva de la liebre que olfatea al cazador. Demasiadas veces había temido aquella situación como para no reconocerla. La llevaba grabada a fuego en la memoria desde que pisó por primera vez la celda de la Wächterstrasse. Notaba un golpeteo sordo en los tímpanos, monótono, como el oleaje. A muchos metros de profundidad, bajo el agua del lago había sentido algo parecido. Buceando se puede llegar a escuchar hasta la circulación de la sangre por las venas, pero ningún sonido del exterior llega a alcanzarte. Si alguien la hubiera llamado en ese momento no habría sido capaz de oír su propio nombre. Tal vez ni el sonido de un disparo.

Apretó instintivamente la bolsa de la cámara contra el vientre y empujó despacio la puerta con el pie.

—¿Ruth? —llamó—. ¿Estás ahí?

Conforme se adentraba por el pasillo, su imaginación iba encadenando la secuencia de los hechos muy lentamente: la cerradura reventada, el tris-tras del papel al rasgarse, montones de libros destripados por el pasillo, las fotografías de las paredes arrancadas, el jarroncito de cristal hecho trizas, cajones volcados, una cuenta de su collar de ámbar rodando desde su habitación, aquellas cruces gamadas pintadas en las paredes. «¡Sucias judías!». La historia de siempre... Había un olor extraño en toda la casa. Oyó en la cocina el borboteo de una olla hirviendo. Pero un segundo antes de destaparla ya supo lo que iba a encontrarse. El *Capitán Flint* flotaba dentro con el cuello partido y la lengua fuera. No gritó. Se limitó a apagar el fuego y a cerrar los ojos. Una punzada de vergüenza y humillación le galopó hasta la garganta, provocándole una arcada. Necesitaba un cigarrillo. Se sentó a fumarlo sentada en el suelo con la espalda pegada a la pared debajo de la esvástica. Las rodillas flexionadas, la frente apoyada en la mano. De pronto tuvo la certeza de que aquello no iba a acabar nunca, de que siempre iba a ser así. O blanco o negro. O esto o lo otro. Con quién estás, en qué crees, a quién odias. Quién te mata. Oía dentro de su cabeza el eco sordo de un serrucho: «*Je te connais, je sais qui tu es*».

Toda la angustia metafísica que sentía en las reuniones del Capoulade se convertía ahora en odio puro. Preciso. Neto. No se trataba de ideología, sino de instinto, de necesidad de romperle el cráneo a alguien, de pelear sabiendo bien por qué se pelea, de reavivar los reflejos, los mecanismos elementales de defensa y conservación, tensar los músculos, aprender a montar y a desmontar un arma, afinar la puntería...

—Eres tú o ellos, truchita —evocó la voz de Karl en el tejadillo de la terraza

mientras trataba de instruirla por si llegaba el momento.

El recuerdo le removió algo dentro. Echaba de menos a sus hermanos. Notó un cosquilleo blandito en el costado antes de que las lágrimas empezaran a enturbiarle la vista. Maldita sea, se dijo. Maldita judía estúpida. ¿Le vas a dar a estos hijos de puta la satisfacción de hacerte llorar? Golpeó el suelo con el puño, bruscamente, con una rabia inesperada dirigida más contra sí misma que contra nadie y con el mismo impulso se puso en pie, sacó la cámara de la bolsa, acercó el ojo al visor, buscó foco, ajustó el diafragma, encuadró primero la cabeza doblada del loro, un primer plano de la lengua y empezó a disparar. El gesto duro, las aletas de la nariz dilatadas, sin que le temblara el pulso, los nudillos blancos cada vez que apretaba el obturador. Clic. Clic. Clic. Clic. Clic...

Cuando llegaron Ruth y Chim no necesitaron preguntar qué había pasado. La encontraron inclinada sobre la mesa de la cocina, la camisa remangada por encima de los codos, el ceño fruncido, concentrada en recomponer con un bote de cola los libros que todavía se podían salvar. Estaba pálida y tenía una expresión tensa, obstinada, disciplinada, como si aquella tarea manual fuera lo único que le ayudara a controlar las emociones. No se movió cuando llegaron, ni dijo nada. Chim se acercó para abrazarla sorteando los destrozos, pero ella lo frenó con la mano. No necesitaba el consuelo de nadie.

—¿Se han llevado algo? —preguntó.

—Nada imprescindible. —Su voz no sonaba frágil, sino sombría. Sus zapatillas de tenis y la ropa que estaba colgada en el armario del fondo era lo único que había sobrevivido intacto a aquella razia—. Han abrasado vivo al *Capitán Flint*.

—Tenéis que dejar la casa —intentó razonar Chim—, pueden volver en cualquier momento.

—¿Y de que serviría? —respondió Gerta—. Si te buscan, te encuentran. Lo único que podemos hacer es estar preparadas en caso de que vuelva a ocurrir. —Ruth sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo, pero esta vez no le llevó la contraria a su amiga.

—No tenían por qué haberlo matado —dijo—. Era un loro viejo y simpático, se iba con cualquiera.

Gerta volvió la cabeza hacia la pared para que no la vieran y tragó saliva, pero en seguida se repuso. Permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en una mano, mientras Chim trataba de convencerla. Pero de nada valieron sus razonamientos para hacerlas desistir. Al menos consiguió que aceptasen de buen grado que él se quedara a dormir aquella noche. No pensaba dejarlas solas.

Dedicaron el resto del día a reparar los desperfectos con la pasión frenética de quien en realidad intenta arreglar el mundo. Taponaron los huecos de la cerradura con masilla. Ruth metió la máquina de escribir en una bolsa de cuero, para llevarla a un taller del Marais donde trabajaba un amigo suyo. Chim se encargó de llevarse al *Capitán Flint* envuelto en una toalla. Gerta con todo su carácter y su sangre fría no

había tenido corazón para hacerlo. Parecía más menudo, así, con las plumas ensopadas. Chim lo miró con afecto, recordando sus andares cascorvos, haciendo de las suyas por la salita. No había aprendido a hablar pero en ocasiones tenía la virtud de escuchar con un uso de razón que para sí quisieran muchos seres humanos. Fue solo un momento de duelo. Después se encaramó en lo alto de una escalera con un gorro de papel de periódico en la cabeza y una brocha en la mano, absorto en dejar la pared del pasillo inmaculada como un trozo de eternidad. Sus brazos estaban salpicados de pequeñas gotitas de pintura. Al final del día las cosas parecían estar más o menos en su sitio. Se diría que la casa había resistido bien el primer embate. Todo estaba impregnado de olor a pintura y disolvente. Abrieron las ventanas y se pusieron a respirar con fruición aquel aire incierto de comienzos del verano.

El ambiente político no podía estar más caldeado. La negativa de Inglaterra a ayudar a Francia para detener la remilitarización hitleriana del Rin hacía pensar a los franceses que habían sido abandonados por su principal aliado. Por otra parte los constantes movimientos de tropas de Mussolini en la frontera de Abisinia no ayudaban precisamente a tranquilizar los ánimos. Apenas había un domingo en que las calles de París no fueran recorridas por una manifestación de protesta. Cientos de miles de personas salían regularmente a la calle con banderas, pancartas y consignas de lo que muy pronto cuajaría en la formación del Frente Popular. Chim, Henri Cartier-Bresson, Gerta, Fred Stein, Brassai, Kertész... fotógrafos de todas partes de Europa, captaban ese fervor trepados a las cornisas, subidos a los árboles o encima de los tejados: estudiantes, obreros del barrio de Saint-Denis, corros discutiendo acaloradamente en el barrio del Marais... Algo estaba a punto de suceder. Algo serio, grave... y querían estar allí para captarlo con sus cámaras. Leica, Kodak, Linhoff, Ermanox, Rolleiflex de dos lentes reflex... visores luminosos, *zoom*, carga semiautomática, filtros, trípodes... Iban cargados con todo al hombro. No eran más que fotógrafos, gente que se dedica a mirar. Testigos. Pero vivían sin saberlo entre dos guerras mundiales. La mayoría estaban acostumbrados a cruzar las fronteras clandestinamente. Ya no eran alemanes, ni húngaros, ni polacos, ni checos, ni austriacos. Eran refugiados. No pertenecían a nadie. A ninguna nación. Nómadas, apátridas que se reunían casi todas las semanas en algún local para leer en voz alta fragmentos de novelas, recitar poemas, representar obras de teatro de Bertolt Brecht contra el nazismo, o pronunciar conferencias. Les unía un vago romanticismo. Dame una fotografía y te construiré el mundo. Dame una cámara y te mostraré el mapa de Europa, un continente enfermo que emerge del ácido en la cubeta del revelado con todos sus contornos amenazados: el rostro de un anciano en Notre Dame; una mujer vestida de luto ante una lápida del cementerio judío, los ojos entornados, bisbiseando una plegaria; y apenas poco después un niño levantando las manos en el gueto de Varsovia; un soldado con los ojos vendados, dictándole una carta a un compañero; siluetas oscuras de edificios recortadas sobre fognazos de explosiones en blanco y negro; Gerta acuclillada en una trinchera con la cámara colgada al cuello, una ligera

distorsión focal al encuadrar un puente en llamas, la geometría del horror. No faltaba mucho para que aquel mundo pasara a ser uno de los escenarios de la guerra.

En la rue Lobineau, los sábados, cada quince días había un rastrillo de mercancías exóticas, especias de las Indias, perfumes en botellitas de muchos colores, telas de color índigo, *henna* para el pelo, pájaros tropicales, como el *Capitán Flint*. Siempre que pasaban delante de aquel puesto, Gerta se acordaba de él. Miraba aquellas aves de plumaje verde y anaranjado, pensaba en la ilustración de un libro que leía de niña, el color aguamarina de la portada y un pirata en primer plano con un loro en el hombro. Siempre la traicionaba la imaginación. Tenía una mente narrativa, Long John Silver, *La isla del tesoro* y todo eso. Era demasiado sugestionable. Se crio en un mundo que estaba a punto de extinguirse y el episodio del *Capitán Flint* le había impresionado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. No solo por el afecto que le había tomado, ni por la familiaridad de verlo todos los días andando por la casa, sino porque había sido un acto sin sentido. Absurdo. Una barbarie innecesaria. Sin embargo nunca se le cruzó por la cabeza la idea de reemplazar al viejo loro real de las Guayanas. Ella no era de esas. No sentía necesidad de ocupar los huecos que iban quedando vacíos en su corazón. Paseaba entre los tenderetes, aspirando aquella caótica marea de aires, el olor del jengibre y de la canela, los gritos de los vendedores, el chillido de los pájaros, capturando imágenes como una exploradora en un mundo que no conocía.

Chim había conseguido que Fred Stein se instalara en una habitación libre de la casa. Era un tipo silencioso y tímido con un sentido innato de la composición fotográfica. El hecho de que fuera también alemán y refugiado ayudó a vencer la resistencia de Gerta y Ruth para alojarlo. Por otra parte tampoco les venía mal una ayuda para el alquiler. Después del incidente del apartamento con los fascistas de la Croix de Feu, se sentían más seguras con un hombre en casa aunque se negaran a reconocerlo. Todo el mundo sospechaba que los principales grupos antisemitas franceses estaban directamente conectados con Alemania y eso no resultaba precisamente tranquilizador, sobre todo teniendo en cuenta el pasado de Gerta.

Fred tenía una manera distinta de abordar la fotografía, quizá menos intuitiva, pero más sensorial, otra vuelta de tuerca más para captar el instante cotidiano. Cuando fotografiaba a un pájaro de aquellos con vistosos plumajes, uno podía entender de un solo golpe de vista toda la secuencia, cómo había sido atrapado en una selva tropical y luego metido en una jaula de bambú para entrar en el río del comercio, a lo largo de incontables jornadas, hasta llegar a un tenderete de la rue Lobineau.

Gerta absorbió también el punto de vista de Fred a la hora de encuadrar, como una perspectiva distinta a la que André le había enseñado, en cierto sentido, complementaria, menos exacta, pero más evocadora. La lógica no siempre servía a la

hora de la verdad, como se encargaban de demostrar los hechos un día sí y otro también. Estaba intentando descubrir por sí misma qué era exactamente lo que quería transmitir con su mirada. Aún no había perdido del todo la inocencia. A pesar de todo, seguía siendo la niña que de noche se tumbaba boca arriba en el tejadillo de la terraza en la casa de Galitzia, respirando el aire limpio de las estrellas, flotando en mitad de la oscuridad, la espalda fresca bajo la blusa del pijama. Qué distinto fue nadar después, de mujer, tocada por los dedos fríos del lago. Era una nadadora espléndida. Podía cruzar el río de una orilla a otra en un tiempo récord. Por eso en casa le llamaban «truchita».

Cada día, a última hora, en su cuarto de París, cruzaba la frontera hacia aquellos recuerdos y antes de dormirse volvía a ser esa cría de diez años que estaba de pie en una fotografía en el muelle con un bañador rojo, la espalda mojada, las puntas rubias de las trenzas, goteando como pinceles, las piernas muy flacas, de pajarito, pensando siempre en su estrella. Se la imaginaba de un color verde-lima como un caramelo de menta. Guardaba el recuerdo en la boca hasta que se disolvía poco a poco en el sueño con el aliento fresco. Cuando a la mañana siguiente salía temprano a hacer fotografías por el barrio, sentía en los músculos toda la energía concentrada del agua fría en cada brazada, como si estuviera nadando hacia el futuro. Algún tiempo después en la penumbra roja del lavabo viendo aparecer las líneas y formas del fondo de las cubetas de revelado, descubriría que también la imagen puede traicionar. Basta un falso movimiento, la lenta configuración de un rostro, el escorzo de un cuerpo al caer, una camisa demasiado limpia para un soldado que lleva muchas horas de combate a cuestas. Pero esos detalles y otros, mas o menos evidentes, no podía saberlos aún. Le faltaba experiencia y profundidad de campo, esa costra de tiempo que en pocas horas puede envejecer la mirada de una muchacha de veintipocos años.

La profundidad de campo es algo que no se puede prever. Llega cuando llega. Algunos no logran alcanzarla en toda una vida. Otros nacen con los días contados y tienen que apurarse para conseguirla en el corto plazo que les queda. Gerta era de estos últimos, una corredora de fondo. Apuraba los días como los cigarrillos, esperando el momento. Se quedaba quieta, apoyada en el alféizar de la ventana, con una camiseta negra de tirantes y el sol en la piel de los hombros. 24 de junio de 1935. Solsticio de verano. Mediodía. Ni una brizna de aire. De pronto vio un cuadrado de luz al extremo de la calle y sintió un hormigueo en el estómago. Enfocó con más precisión: la camisa blanca remangada sobre los brazos, el pelo mojado, el equipaje al hombro, la piel tostada por el sol de España. Fue una sensación parecida a cuando un barco da un bandazo y el suelo cambia de inclinación. La cogió por sorpresa aquel desorden de latidos, pero no era el momento de pararse a analizar sus emociones. Ni siquiera quiso esperar a que subiera. Bajó las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos y él la alzó en brazos en el portal como hacía su padre siempre que regresaba a casa después de un viaje, dándole una vuelta por el aire en círculo, sonriendo a medias, seguro de sí mismo, fraternal como siempre. André, y su manera de llegar en

el momento menos pensado, con aquellos ojos de hacerse perdonar. Guapo hasta doler, pensó ella. El jodido húngaro.

VIII

Anochecía. El mar oscuro y allá arriba, otra vez, las estrellas, apretadas como la caligrafía de un manuscrito indescifrable. Una leve brisa con olor a pinos y eucaliptos, casi imperceptible, rozaba el agua con extrañas fosforescencias de plata. Gerta y André llevaban un rato tumbados boca arriba en la arena, sin hablar, como en la cubierta de un barco, mirando al otro lado de la isla la ciudad brillante de Cannes con luces rojas y azules refulgiendo en el horizonte. Tenían puestos los jerséis que habían metido en la mochila en el último momento por recomendación de Ruth. Os vendrá bien por la noche, había dicho. Gerta podía oler la lana de la manga de André, bajo su cabeza.

Era una isla de pescadores, pequeña y tranquila, apenas ciento cincuenta hectáreas de pinos mediterráneos, con algunos faluchos atracados, redes puestas a secar y olor a puerto viejo. Un lugar perfecto para el reposo del guerrero. André había llegado cansado de España y con dinero fresco del reportaje que le había vendido al *Berliner Illustrierte*. Los francos le quemaban en las manos, no servía para rico. Así que en cuanto se enteró de que Willi Chardack y otros conocidos pensaban hacer una excursión a las islas Lérins, en la Costa Azul, no se lo pensó. Le propuso a Chim y a las chicas que se sumaran al viaje. A Ruth le pareció una buena idea pero no podía ir. Acababa de firmar un contrato con el cineasta Max Ophüls para un pequeño papel en una película, *Divine*, que empezaban a rodar en París. Chim, por su parte, había aceptado un encargo de la revista *Vu* sobre los artistas de la Rive Gauche que debía haber entregado ya. Así que André miró a Gerta, el mentón huesudo, el ceño un poco fruncido, pensándose.

—Vale ¿por qué no? —Sonrió concesiva.

Hicieron todo el viaje hasta Cannes en autostop, de un humor excelente, bromeando, robando fruta de los huertos, cenando en las cantinas de carretera, dejando atrás pequeños pueblos con olor a retama dulce. Horizontes nuevos que abren el apetito y las ganas de reír fuerte, de respirar al sol, de perderse por el mundo. Les embargaba una especie de exaltación vital. Los caminos invisibles de la vida. Desde el puerto de Cannes tomaron un barquito de pesca hasta la isla de Santa Margarita con el sol dardeando en el agua. Existe una franja entre mar y tierra, como también hay una franja ambigua, oscura, pero deslumbrante entre el cuerpo y el alma, pensó Gerta y le vino a la cabeza la imagen blanca de la ropa tendida a secar en el tejadillo de la terraza. El alma de Karl. La de Oskar. Y la suya.

Creó que había llegado al paraíso. Una isla de piedras calientes y cormoranes, con olas que lanzaban lengüetazos verdosos y chasqueaban sobre la arena. Un lugar tranquilo, sin reuniones en la alta madrugada, ni eco de pasos que la siguen a una hasta la puerta de su casa, ni cristales rotos, ni animales muertos, ni cruces gamadas. Una isla. Un trozo de tierra alejado de un mundo a punto de saltar por los aires. Mar y arena. Geografía pura.

Montaron la tienda de campaña junto a las ruinas del castillo de Fort Royal, un antiguo fortín gótico que sirvió de hospital a los heridos de la guerra de Crimea. Por las noches encendían una pequeña hoguera para preparar la cena. El fuego estaba entre ellos.

—En esas ruinas vivió un prisionero misterioso —dijo Gerta, y a su alrededor se creó el silencio que precede a los grandes relatos nocturnos. Entonces en aquel círculo de brasas ella contó la historia del hombre de la máscara de hierro.

Nadie supo nunca a ciencia cierta quién era, ni cuál fue su crimen para ser aislado de esa manera. Llevaba una careta de terciopelo con herrajes articulados de metal que le permitían comer con la máscara puesta. Iba acompañado siempre por dos guardianes que tenían orden de matarlo si se la quitaba. Algunos aseguraban que era el hermano gemelo del Rey Sol; otros, que era su hermano bastardo, hijo de Ana de Austria y el cardenal Mazarino. El caso es que fue llevado hasta la Provenza con el máximo secreto, en un carruaje cerrado recubierto de *molesquín* y desde allí lo trajeron hasta esta isla en una pequeña embarcación cubierta. Cuentan que era más alto de lo común y de una extraordinaria elegancia. Vestía con los mejores paños. Había órdenes estrictas de no negarle nada. Se le ofrecían los manjares más suculentos. Todo lo que pedía. Y nadie podía permanecer sentado ante él. Por las noches tocaba la guitarra con una melancolía que hacía estremecer a las piedras. Fue enterrado sin cabeza, para evitar que pudiera ser reconocido ni siquiera muerto.

—Se llevó su secreto a la tumba —concluyó Gerta.

André le pasó la cantimplora, mirándola de un modo distinto, extasiado por su voz. Su rostro con el brillo de las llamas parecía tallado en bronce, la cabeza echada hacia atrás mientras daba un trago, el codo alzado, apuntando al cielo. Una gota de agua resbalándole por la barbilla. Pensó que aquella mujer tenía un don para contar. Era un río. Sus palabras tenían tacto, poder de sugestión. Se hallaba dentro de la aureola que rodeaba el fuego de ramitas del campamento.

¿Es posible enamorarse de una voz? Hasta ese momento a André nunca le habían parecido eróticas las palabras. Nunca había pensado que hablar pudiera ser mejor que follar, por ejemplo. Él no era muy bueno con las palabras. Sentía que lo podían acorralar, follando, sin embargo, estaba seguro de no acabar así. Los conversadores seducen, las palabras te colocan contra las cuerdas.

—Sabes muchas cosas —dijo.

—Alejandro Dumas —respondió ella sonriendo—. Leí el *El Vizconde de Bragelonne*, cuando era adolescente. Es el tercer y último libro de la saga de Los Tres Mosqueteros. ¿A ti no te gusta leer?

—Bueno sí, pero solo libros de guerra...

—Ah... —Ella levantó las cejas con un gesto que podía interpretarse como suave ironía.

Se inclinó para avivar el fuego y André pudo ver claramente el triángulo de piel desnuda hasta el principio del escote. Tersa, bronceada, con olor limpio a salitre y

notó que la erección empezaba a presionarle ostensiblemente a través de la tela del pantalón. Quería acostarse con aquella mujer. Quería recorrer su cuerpo de arriba abajo, abrírle los muslos y adentrarse en ella, en sus pensamientos para callarlos con un beso y otro y otro, hasta cambiarle el ritmo de la respiración, hasta que ya no pudiera pensar en nada. Quería hacer todo eso de una maldita vez y dejar de sentirse como se sentía, arrinconado por las palabras. Aquella noche descubrió el poder de seducción de una metáfora. En algún lugar de su cabeza empezó a abrirse paso un rasgueo de guitarra tan melancólico que estremecía hasta las piedras.

—Buenas noches —se despidió ella de pie, sacudiéndose los restos de arena del pantalón.

André se quedó mirándola mientras se iba, la espalda firme de nadadora, los movimientos elásticos bajo la camiseta de algodón, un contoneo peculiar en la cadera al caminar, como girándose un poco hacia un lado. Arrogancia, orgullo, vanidad... sabiduría antigua de mujer que se sabe observada. Acercó una rama a las brasas para encender un cigarrillo, aspiró una bocanada y la vio desaparecer bajo la frágil piel de lona de la tienda de campaña.

Fueron los tiempos del desorden, de la exaltación física, nadar hasta caer extenuados en la arena, broncearse al sol, hacer fotos, explorar las ruinas del castillo, cenar sardinas en lata con pan, tumbarse a última hora, mirando la línea del horizonte, el sol quemando la noche hasta hacerla desaparecer en la superficie del mar, las cabezas muy juntas, el olor de los eucaliptos y del salitre en la piel. Se enamoraron en el sur de Francia, recordaría más adelante Ruth Cerf, tratando de reconstruir el hilo frágil de sus vidas ante un periodista americano, se volvieron inseparables en la isla de Santa Margarita. Tiempos de un mundo fuera del mundo, de horarios trastocados, de días sin fecha, de risas compartidas al cabo del gesto, complicidades suyas en las que no había nadie más. Willi Chardack y Raymond Gorin lo comprendieron enseguida. ¿Cómo no iban a entenderlo? Se retiraban discretamente a su tienda mientras ellos hablaban en voz baja, creando a su alrededor la profundidad de campo justa. Había un espacio secreto entre los dos, la distancia mínima, como dos páginas de un libro cerrado. La cicatriz de una pedrada que él tenía en la ceja izquierda. La marca de una vacuna en el brazo de ella, una aureola pálida en forma de media luna, justo donde la jeringuilla inoculó el suero y marcó su piel, años atrás, cuando tenía ocho años en el gimnasio de un colegio en Stuttgart. La lista de las heridas. Su talón de Aquiles sobresaliendo como una isla al final del saco de dormir. Un pequeño costurón en el dorso de la mano de André.

—Es mi línea de la suerte —bromeó—. Nací con seis dedos. Me lo extirparon al poco de nacer. La comadrona le aseguró a mi madre que era una señal de fortuna. Ya ves... Va a resultar que tenía razón.

Nos enamoramos siempre de una historia, no de un nombre, ni de un cuerpo, sino de lo que está inscrito en él. A la sombra de los eucaliptos, Gerta fregaba con arena el fondo de una cazuela donde calentaban el té. Bajo sus dedos rechinaba el cobre.

Estaba descalza, acucillada con una camisa vieja desabrochada encima del bañador, el pelo muy rubio en las puntas por efecto del sol y la intemperie, sin rastro ya del tono rojizo de la henna. El sol había secado en su rodilla una costra que empezó a sangrar de nuevo al flexionar las piernas para agacharse. Se había lastimado al resbalar en el verdín de las rocas. Siguió con los ojos el recorrido lento de aquel hilo de sangre hasta el empeine del pie. Era bonito el color escarlata que la coagulación oscurecía sobre la piel cubierta por un vello muy fino. Él se agachó a su lado, sin decir nada, acercó su boca a la rodilla de ella y lamió su sangre. Lo que le hubiera gustado decir no podía decírselo a una mujer cuya apertura era como una herida abierta, cuya juventud aún no era mortal. Así que se inclinó hacia adelante y bajó la boca hasta su herida. Sangre. La profundidad de campo mínima. Sentía el cuerpo vacío. Lo único que estaba vivo en él era la conciencia del deseo. Ese sabor de la sangre de ella es lo último que recordaría muchos años después, cerca de Hanoi, a un kilómetro del fuerte de Doai Than durante una emboscada del Viet Minh en una carretera sembrada de minas. Pero entonces ya no era un muchacho enamorado, sino un veterano reportero con más de cinco guerras a cuestas, demasiado cansado de vivir sin ella.

—Ven —dijo Gerta, tomándolo de la mano.

Se puso en pie despacio, sin abrazarla todavía, la boca muy cerca de la suya, la distancia mínima, pero sin tocarse, hasta que ninguno de los dos pudo aguantar más esa proximidad, los ojos abiertos, mirándose muy de cerca, el último sol filtrándose entre las hojas de los árboles cuando él la atrajo hacia su pecho, apretándola dentro, sintiendo latir sus músculos elásticos y firmes bajo la camisa cuando le cubrió la cara con la mano y le introdujo sus dedos salados en la boca. Caminaron entrelazados hasta la tienda, sin dejar de buscarse, con ansia de hambre atrasada, los labios de uno ávidos de la saliva del otro y de oxígeno, los dientes entrechocando de pura impaciencia.

—Espacio... —Acertó a decir ella, apartándose unos centímetros para respirar. Sus dedos rascando la arena en el pelo de André. Los rodeaba el mar con todos sus misterios.

Se zambulló en ella como en el pozo de una gruta. Moviéndose muy lento, a conciencia, firme, sin prisas, como ella le había pedido, intuitivo, atento a cada uno de los impulsos del cuerpo que sentía vivo bajo el suyo, desnudo, con olor a sexo joven y a mar. Saliva. Sal. Sangre. Fluidos corporales que se convertían en las únicas razones de peso que un hombre necesita para estar vivo, dentro de aquel vértigo que a ella le hacía sentirse a punto de caerse de algún lugar muy alto donde flotaba semiinconsciente, pronunciando en voz muy baja, palabras casi inaudibles, como si rezara. *Yahvéh, Elohim, Siod, Brausen...* Se aferró a su cuerpo, apretándolo más intensamente entre los muslos, a punto de caerse de allá arriba donde estaba, sin aliento, *quienquiera que seas y dondequiera que estés...* Lo miraba al fondo de aquellos ojos de gitano guapo y entonces lo vio incorporarse un poco y alzar una

mano como quien pide una tregua. Espera, susurró. No te muevas, quieta, por favor, ni respire, apretados los dientes, concentrado al máximo, tratando de recuperar el control del cuerpo. Lo sentía muy adentro, mojado de ella, bien duro, quieto. De pronto se hundió de nuevo, despacio, esta vez hasta la empuñadura, todavía más hondo. Él la miraba muy cerca mientras la besaba y se aguantaba el placer a duras penas, prolongando al máximo cada estremecimiento, atento al cuerpo de ella, tenso, mojado, acelerando el ritmo en cada embestida, apretándola más intensamente, llevándola a ese lugar inexistente donde cualquier mujer desea ser llevada, aunque niegue con la cabeza y se queje como una leona herida y bendiga o maldiga o blasfeme con el pensamiento y con los ojos y con la voz. *Elohim, Siod, Dog, Brausen, no te pido que me salves. No necesito tu bendición.* Él la miraba muy cerca, desarmado, como se mira a una prisionera. La besó en la boca estremeciéndose hasta el fondo de los huesos mientras ella acababa entrecortadamente su plegaria, como en sueños, con palabras que le nacían de algún lugar muy recóndito, en *yiddish*, *solo te pido que esto sea verdad...* y en ese preciso momento ella lo sintió salir y estallar fuera en el último instante, sobre su vientre.

—Gracias —dijo en voz muy baja, acariciándole la espalda suavemente, sin especificar si se las daba a él solo o también al señor de los ejércitos, al dueño insensato del azar y de las noches hermosas, al legislador implacable de las causas y de sus últimas consecuencias, al Dios de Abraham y de todos los judíos.

IX

Maria Eisner era una antigua conocida de André. Dirigía Alliance Photo, una de las agencias más prestigiosas del momento por sus trabajos de arte y viajes, pero sobre todo por sus reportajes fotográficos. Era una mujer eficiente, resolutiva, alemana hasta la médula, con sentido empresarial y un olfato privilegiado para detectar quién tenía condiciones para el negocio. Fue eso precisamente lo que le hizo reparar en Gerta cuando André se la presentó una tarde de septiembre bajo el toldo de la terraza del Capoulade. Acababan de llegar de la isla y estaban los dos radiantes, enlazados por los hombros, con la piel bronceada y el futuro por delante, pero sin blanca. A Maria le bastaron un par de comentarios de Gerta sobre el último reportaje de la agencia publicado en la revista *Europe*, para darse cuenta de que la chica tenía aptitudes. No le importó que careciera de conocimientos técnicos. Esas cosas se aprenden. Lo que le interesaba era el punto de vista. Alliance Photo había surgido con una clara vocación artística, buscaban una perspectiva nueva, moderna, en la línea de las vanguardias arquitectónicas nacidas en el sexto piso de la rue de Sévres donde Le Corbusier establecía sus cánones con la frialdad de un relojero suizo. Buscaban lo raro, romper líneas y volúmenes, mostrar la realidad con un enfoque poco habitual y Gerta lo tenía, además contaba con la ventaja de saber idiomas y un sexto sentido para las ventas. En menos de un mes aprendió a presentar el material y a negociar siempre al alza, con las técnicas comerciales más agresivas. Ley de la oferta y la demanda. Era un lince para las cuentas y eso resultaba esencial para una empresa que vivía de suministrar material a las principales revistas francesas, suizas y norteamericanas. Fue su gran oportunidad.

André y ella se hallaban en ese punto en el que dos náufragos encuentran al fin un barco al que subirse, y sienten la vibración de las máquinas bajo cubierta y el estremecimiento de la travesía que les espera en el mar abierto, con el aroma del café mezclado con la brisa salada, mientras se inclinan sobre una carta náutica recién desplegada sobre la mesa, con todo el tiempo por delante para decidir con entusiasmo y precisión y suerte el rumbo exacto que, a partir de entonces, iban a tomar sus vidas.

Se trasladaron juntos a un estudio pequeño de la rue Varenne en el que apenas cabía un laboratorio, una cama y un hornillo de cocina, pero por la noche, cuando abrían la ventana para cenar, veían las luces de la torre Eiffel y todo el aire de París se les metía dentro del cuarto con su madeja de calles y puentes y placitas de otoño.

Se había ido apagando la tarde y una tonalidad azul marino de noche americana iluminaba a lo lejos las cornisas encabalgadas de los edificios entre nubes y tejados de buhardilla, con los reflejos anaranjados de los faroles llenando la habitación, una mesa redonda y un periódico abierto, un sofá cubierto con una tela gris, el perfil de Gerta recortado con todas sus aristas bajo la lámpara de pie, callada, pensativa.

A André no le gustaba verla así, le parecía que se le escapaba a un mundo anterior donde él no podía complacerla, como si en el fondo de su escepticismo de judía

polaca no se acabara de creer del todo aquella felicidad. Había algo extraño en su forma de mirar, algo evasivo, como si con un ojo mirara hacia atrás y con otro, el camino que estaba pensando tomar. Él sabía que había habido otros hombres en su vida, claro que lo sabía. La había oído hablar de Georg cientos de veces cuando no eran más que amigos, había visto incluso una foto suya que ella guardaba en una cajita de dulce de membrillo. Rubio y bastante más alto que él, con una apostura de aviador o campeón de polo que a André le rompía los nervios. También él había tenido otras mujeres. Pero ahora no soportaba la idea de que ella se acordara del ruso ni siquiera por un segundo. Como si la vida pudiera partirse en trozos con un cuchillo como un queso Camembert. Antes y ahora. Por supuesto se libraba mucho de expresar sus celos. Tal vez ni siquiera fueran celos, sino puro sentimiento animal de posesión, necesidad de borrarle el pasado, orgullo absurdo de macho, instinto milenario de cuando el hombre aullaba a la luna en la medianoche de la horda, junto a la fogata de la tribu, y elegía a su hembra y la separaba del resto de la manada para hacerla exclusivamente suya y llevársela a las grandes praderas de cereal y clavarle un hijo en el fondo de las entrañas.

—¿No te gustaría tener un bebito gitano? —preguntó suave para sacarla de su abstracción—. ¿Un niño gritón y malcriado, así como yo? —Sonreía a medias, con un punto de socarronería en la comisura de los labios, pero sus ojos estaban serios y leales como los de un perro spaniel.

—Tan peludo? —se burló ella, arrugando la nariz. Y negó con la cabeza, riéndose alto como si acabara de oír la mayor locura. Pero enseguida la risa se le fue amortiguando en una expresión casi triste mientras miraba a lo lejos las luces de la torre Eiffel, brillantes y prometedoras para otros. Parecía que en algún lugar de sus ojos verdes con ascuas amarillas habitara el presentimiento de que no le iba a quedar mucho tiempo para eso y sintiera de verdad perderse el placer sereno de criar a un niño moreno con ojos de húngaro y deditos sonrosados, y de poner a secar sus pañales blancos en una terraza de cualquier lugar del mundo y contarle la historia de un pirata con un loro en el hombro, un auténtico loro real de las Guayanas que en su versión de la novela silbaría la *Marcha turca*, en honor del *Capitán Flint*. Y verlo dormir tranquilo cada noche con el chupete, arrullado en su cunita. Un sueño.

Lo miró de frente como si regresara de otro mundo, y lo vio allí, a su lado, tan próximo, devolviéndole la mirada con una mezcla de tenacidad y desconcierto que la enternecía profundamente y entonces pensó que tal vez se estaba enamorando de aquel hombre de veras y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contenerse y no abrazarlo fuerte y besarlo muchas veces en los ojos, en la frente, en el cuello, detrás de las orejas... porque entendió que un día, tal vez antes de lo que pensaba, aquel amor la haría débil y vulnerable. Pero entonces aún no lo podía saber. No podía imaginar siquiera, que en muy pocos meses iba a acordarse de aquella conversación, palabra por palabra, gesto por gesto, mientras contemplaba a lo lejos, no el elegante armazón de la torre Eiffel con sus bombillitas encendidas, sino el cielo de Madrid

traspasado por las luces de los reflectores entrecruzándose en ángulos giratorios y oía muy cerca el ulular ensordecedor de las sirenas y el rugido de los motores de la aviación enemiga al tiempo que se iba abriendo en seco, con apretada percusión, el fuego de las defensas antiaéreas. ¿Cómo demonios iba a dormir a un crío bajo el estrépito de una guerra?

Hacía apenas un mes, mientras Gerta y André acampaban en la isla de Santa Margarita y recorrían descalzos las playas descubriendo calas nuevas con su amor recién estrenado, en París se había consolidado definitivamente el Frente Popular con el apoyo de los principales partidos de izquierda, los sindicatos, y todas las asociaciones del Comité Nacional de la Reunión Popular. En la última manifestación de conmemoración del 14 de julio, miles de obreros habían cantado a pleno pulmón la *Marsellesa* bajo los retratos paralelos de Marx y Robespierre. Radio París retransmitió para todo el mundo la reconciliación de la bandera tricolor de la República con la bandera roja de la esperanza. La unidad de acción contra el fascismo se había convertido en la prioridad número uno.

La Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios fue uno de los principales apoyos del Frente entre los intelectuales desde la celebración del Congreso. Algunos surrealistas cansados de perseguir fantasmas interiores habían vuelto a poner los pies en la tierra para encararse con la realidad apremiante de un mundo que estaba a punto de saltar por los aires. Incluso los poetas más líricos empezaban a preguntarse seriamente si no había llegado la hora de ingresar en el Partido Comunista. Gerta no era comunista, pero comprendía bien sus planteamientos. Al fin y al cabo los había aprendido de primera mano con un auténtico bolchevique ruso. Fue Georg el primero que la instruyó en los misterios del marxismo-leninismo, cuando todavía era una adolescente que soñaba con ser Greta Garbo. André sin embargo se inclinaba más hacia las posiciones trotskistas o claramente anarquistas, mucho más ajustadas a su carácter independiente, propenso siempre a caminar por los bordes, adicto al riesgo de las noches puras.

Los viejos cafés se habían convertido más que nunca en tribunas incendiarias. Todos estaban dispuestos a arrimar el hombro. Pintores, escritores, refugiados, fotógrafos... Picasso con sus ojos de miura a punto de embestir y la insinuante Dora Maar en permanente luna de miel; Man Ray, bajito, enigmático adicto al trabajo junto a Lee Miller, la americana más bella de París, altísima, rubia y voluble, la mujer que le partió el alma; Matisse y su esposa muy seria con una cara larga de caballo; Buñuel con su cabeza de pedernal aragonés escuchando *jazz* en el Mac-Mahon y conociendo a Jean Rucar, con la que se casaría después de obligarle a tirar al Sena una crucecita de oro que llevaba colgada al cuello; Hemingway y Martha Gellhorn, siempre al límite de la destrucción, competitivos, capaces de batirse uno contra otro o los dos juntos contra el mundo en su particular guerra de guerrillas. Parejas difíciles, muy distintas a los matrimonios tradicionales en los que mujeres de caderas anchas continuaban prisioneras dentro de la jaula de alambre de sus corsés, planchando

pacientemente las camisas de sus esposos. A la orilla izquierda del Sena estaba naciendo un concepto nuevo del amor, conflictivo, peligroso, como andar descalzo por la selva. Gerta y André se sentían arropados en ese ambiente. Eran como una gran familia excéntrica.

El programa común de la izquierda se articulaba en torno a unos puntos mínimos: la amnistía para los presos, el derecho a sindicarse libremente, la reducción de la semana laboral, la disolución de las organizaciones paramilitares y la colaboración por la paz en el seno de la Sociedad de Naciones. Pero el 3 de octubre, un día como otros, sin previa declaración de guerra, cien mil soldados del ejército italiano, comandados por el mariscal De Bono, atacaron desde Eritrea a las tropas abisinias del emperador Haile Selassie. Tanques y gas mostaza contra arcos y flechas. La Liga de Naciones impuso pequeñas sanciones a Italia, pero Gran Bretaña y Francia siguieron vendiéndole petróleo incluso después de conocer los ataques a hospitales y ambulancias de la Cruz Roja.

—Europa está dormida. —André había golpeado la mesa con el puño. Tenía el ceño fruncido y la voz firme mientras hablaba desde la tarima del Capoulade. Gerta nunca lo había visto dar un mitin, pero decidió que le gustaba mucho más así, embroncado, con los ojos brillantes de indignación, carbón puro, carismático, casi violento, con una vena abultada latiéndole en el cuello mientras denunciaba los métodos usados por Mussolini contra la población civil para bajar la moral del pueblo etíope—. Están violando la Convención de Ginebra.

Sin embargo por extraño que parezca, las noticias del mundo no llegaron a estropear del todo el encantamiento de aquel otoño de 1935, con las calles llenas de hojas amarillas y muchachas como juncos fumando hasta la madrugada en los locales de jazz. Con cines y librerías y escaparates donde Gerta descubrió una tarde *Le Temps du mépris*, de André Malraux, un escritor entregado también en cuerpo y alma a la causa antifascista. Algunas noches, cuando André estaba dormido o después de haber estado leyendo un rato, se levantaba sigilosa hasta la ventana con la camisa de él echada sobre los hombros y fumaba el último cigarrillo apoyada en el alféizar. París y sus luces a lo lejos. Con aquel clima anhelante de octubre, le resultaba difícil dormir. De niña también le ocurría lo mismo. Justo antes de irse a la cama era cuando más viva se sentía. Le venían a la cabeza todos los acontecimientos de la jornada y los apuntaba a lápiz con caligrafía infantil en un cuaderno escolar, corrigiendo con la goma de borrar cuando se equivocaba en alguna palabra. Necesitaba ese orden. El día parecía no haber concluido hasta aquel momento. Cuando escribía, reposaba sus emociones. Trataba de entenderlas. Necesitaba volver atrás para orientarse. Era un instante absolutamente suyo, donde no podían entrar ni los amigos ni los amantes.

«Hay personas a las que no podemos por menos de abrazar —escribió— por menos de arañar o morder para conservar la salud mental en su compañía. A veces me gustaría agarrar a André del cabello y mantenerlo aferrado a mí como un naufrago, pero a menudo me sobresalta un sueño distinto. Es una pesadilla que

transcurre a la luz de la luna. En el sueño voy caminando por una calle desconocida hacia él y cuando estoy a punto de alcanzarlo, sonriente, con la mano en alto para saludar, entonces ocurre algo, no sé muy bien qué, algo urgente e inexplicable que me obliga a correr con todas mis fuerzas hasta saltar la tapia que hay al fondo y desaparecer. No sé qué puede significar. La calle, la tapia, la luz tan blanca, como de astro frío... quizá debería preguntárselo a René. El amor tiene algo de cortocircuito como si tuviéramos que leer dos veces el mismo párrafo para encontrar la conexión entre las oraciones. Es un sentimiento salvaje que irrumpe como un vendaval en los hábitos del otro, haciendo saltar todo por los aires, igual que una casa aireada en plena tormenta. Todo quiere borrarlo, inventarlo de nuevo, como si antes de él no existiera el mundo».

Cerró el cuaderno y lo guardó en el cajón de la mesita de noche. Necesitaba desprenderse de sus pensamientos.

X

A la una, a las dos y a las tres. Gerta y Ruth levantaron en el aire el tablón cada una por un lado y lo apoyaron sobre los dos caballetes. En el techo del apartamento de la rue Lobineau flotaba una ristra de farolillos de colores. Estaban preparando una fiesta sorpresa por el cumpleaños de André. 22 de octubre. El mismo día que John Reed.

Los diez días que conmovieron el mundo era una de las lecturas que más había impresionado a Gerta. Todavía recordaba la portada roja del libro encima de la mesa en la casita del lago, junto a un búcaro con tulipanes, el mantel de lino y todo lo demás. Lo consideraba un testimonio de primera magnitud. Podía recitar de memoria párrafos enteros: «... Hay patriotismo, pero es hermandad internacional entre los trabajadores; hay deber, y por él se muere, pero es deber hacia la causa revolucionaria; hay disciplina; hay honor, pero es un nuevo código de honor, basado en la dignidad humana y no en lo que una imaginaria aristocracia de sangre ha decretado apto para sus caballeros... Si la revolución francesa fue un producto de la razón humana, la revolución rusa, en cambio, es una fuerza de la naturaleza». Esa era la clase de periodismo que ella y André ansiaban. Estar en el centro de los acontecimientos, conocerlos de primera mano, sentir bombear el corazón del mundo dentro de sus venas.

Cubrieron la mesa todo a lo largo con sábanas blancas. Ruth preparó en el horno el tradicional *lekaj*. Miel, pasas, almendras y semillas de ladhera tal como se sirve en el Año Nuevo judío. Se pasó horas cocinando. Henri llevó dos botellas de Calvados de su Normandía natal.

Veintidós años. Los dos patitos. Un aniversario inolvidable. Hubo todo tipo de bebidas, risas hasta el alba, champán, velas, cigarrillos, farolitos de papel, fotos desenfocadas: Henri Cartier-Bresson y Chim cubiertos de serpentinas, pasándose a morro la botella de Calvados; Hiroshi Kawazoe y Seüchi Inouye, dos japoneses que habían conocido en la isla de Santa Margarita, haciendo una exhibición de la danza de los samuráis; Willi Chardack disfrazado del hombre de la máscara de hierro; Fred Stein, muy borracho, haciendo el ganso, abrazado al palo de una escoba; Csiki Weisz y Geza Korvin, con el puño en alto. Eran camaradas de André, dos viejos amigos de los años de Budapest y de los tiempos heroicos en que robaban *croissants* en las barras de los bares recién llegados a París; Chim otra vez con el ceño fruncido, concentrado, tratando de construir la torre Eiffel con palillos; la periodista Lotte Rapaport jurando que era la última vez en su vida que aceptaba un empleo de costurera; París estaba lleno de locos. Gerta recortada en el contraluz de la ventana con unos pantalones ceñidos y un jersey negro de cuello vuelto, riendo con la cabeza echada hacia atrás; André de perfil con el sombrero de gángster que le habían regalado y un cigarrillo en la comisura de los labios, la sonrisa en los ojos, el aire golfo. Feliz cumpleaños, le dijo ella al oído, muy bajito. Los dos con las caras muy juntas, bailando una melodía nueva de *cabaret* que se estaba poniendo de moda en la

radio. La cantaba una muchachita pequeña y menuda como un gorrión que se llamaba Edith Piaf. Estaban despidiéndose de su juventud. Y no lo sabían.

Así llenaban el tiempo libre. Otras veces paseaban por los *quais* del Sena. A Gerta le gustaba ver los barcos con sus bombillas encendidas varados en el agua mansa. Un barco siempre es una posibilidad prometedora. Cuando cobraban algún trabajo, se iban a desayunar café y *croissants* a los bares de la plaza Viviani. Otras veces acompañaba a André cuando iba a hacer algún reportaje. Así se fue adiestrando en el oficio. Tomar foco, calcular el tiempo de exposición, regular el diafragma para adecuarlo a la luz. Le gustaba ver a André recostado contra un muro, preparando mentalmente la foto que iba a hacer. Había llegado a la fotografía por azar, pero cada vez le fascinaba más todo aquello, el olor de los líquidos de revelado, la tensión de la espera, ver aparecer poco a poco en el fondo de la cubeta, su propio rostro, los dedos finos y huesudos de la mano sosteniendo el mentón, el arco de la clavícula sobresaliendo de la piel fina del cuello, las sombras más oscuras debajo de los ojos. El misterio.

Algún tiempo después llegó una postal de Georg desde Italia. Era una vista florentina de la plaza de la Signoria, tomada desde la *loggia* de Lanzi. André no quiso leerla, pero estuvo todo el día mirando atravesado, con aquellos ojos de toro encelado, contestando a todo con monosílabos. Si ella le ofrecía un cigarrillo, prefería no fumar; si le señalaba un clavel rojo en uno de los puestos de la Rive Gauche, él apartaba la mirada. Otra simple flor de los cojones.

Gerta barruntaba la tormenta y trató de evitarla cruzando entre los truenos de puntillas. Ya se le pasaría. Suerte que tenía trabajo suficiente como para no calentarse, demasiado la cabeza. Había conseguido varios contratos para Alliance Photo a buen precio. Maria Eisner estaba encantada con ella. Trabajaba duro. En las últimas semanas no había dormido más de cinco horas diarias. Le hubiera gustado que los mil doscientos francos que cobraba al mes se los pagaran por hacer fotos y no por sus gestiones de contabilidad, pero era lo que había y no podía quejarse. Además no perdía ocasión para hacer valer el trabajo de André. Peleaba cada una de sus fotos como si en ello le fuera la vida. Esa misma mañana había negociado para él un adelanto de mil cien francos por tres reportajes a la semana. No es que fuera mucho, teniendo en cuenta que los gastos de material corrían de su cuenta, pero era suficiente para pagar el alquiler, comer decentemente tres veces al día y permitirse incluso algún capricho extra. Pensaba en todo eso, mientras caminaba de vuelta por las calles heladas, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, un gorro de lana y la nariz roja de frío, como una exploradora ártica. Puede que no sea perfecta, pensaba con un punto de condescendencia hacia sí misma, pero como *manager* no lo hago mal del todo. En el fondo estaba orgullosa y deseando llegar a casa para contárselo a André. Quería sentir sus brazos fuertes alrededor de la cintura, su cuerpo apretado contra el suyo, dándole calor, llevándola muy alto, muy lejos, despacio, esperándola como nadie la había esperado nunca.

Era tarde. Se lo encontró dormido boca abajo, el pelo revuelto, media cara hundida en la almohada y el nacimiento de la barba oscureciéndole el mentón. Se quitó la ropa sigilosamente para no despertarlo y la dejó colgada en un clavo junto a la puerta. Movi6 los dedos varias veces para desentumecerlos. Después se enfundó una vieja camiseta gris que siempre se ponía para dormir y se arrimó a la espalda de André, buscando la tibieza de su cuerpo.

Fue como abrazar a un chacal. Soltó un gruñido terrible. El animal que había dentro de él se revolvió y casi la hace salir despedida contra el suelo.

—¿Pero se puede saber qué demonios te pasa?

Nada. Silencio sepulcral, nocturno, replegado sobre el pensamiento. Mudo como la sombra de Dios. Gerta se dio la vuelta hacia la pared. No tenía ganas de discutir.

—Qué raros sois los húngaros —dijo.

—Sí —respondió él—, pero menos gilipollas que los rusos.

Al fin el chacal había salido de la cueva. Gerta sintió un hastío terrible, un cansancio infinito y pensó que ninguno de los dos se merecía lo que estaba a punto de suceder.

Porque de pronto supo que él la iba a mirar exactamente como la estaba mirando, con desconfianza cuando irguió la cabeza, la expresión severa, distante, el brazo desnudo por encima de la sábana. No lo supo con el pensamiento, sino con el cuerpo y con la piel que se le había erizado y adivinó también lo que él iba a decir, palabra por palabra, el tono áspero, la voz casi irreconocible, y fue entonces cuando sintió el flujo de la sangre hirviéndole en el rostro mientras lo oía decir toda la sarta de estupideces que los hombres han repetido cientos de veces a una mujer, en una habitación cualquiera de cualquier lugar del mundo. O él o yo. O aquí o allá. O blanco o negro. Creyó que él sería distinto, pero no. Tan absurdo como todos. Simple hasta el ridículo. Capaz de tirarlo todo por la borda por nada, por orgullo estúpido de hombre que no se contenta con lo que tiene, sino que quiere más. Ser el único. Él solo. Nadie más, ni ahora, ni antes, ni nunca. De acuerdo, pues sal por esa puerta y vuelve hace diez años, cuando yo todavía era una niña tierna y aún no había un búcaro de tulipanes, ni una casita en el lago, ni una puñetera pistola encima de la mesa, ni tenderos que expulsan a empujones a nadie de las tiendas, ni salidas en moto de madrugada para tirar panfletos por las calles de Leipzig, ni Georg, ni la Wächterstrasse, ni nada, de nada, de nada. Pero qué se había creído aquel gitano, ¿que el mundo había empezado con él? Por el amor de Dios.

Se levantó de la cama bruscamente. No podía creer lo que estaba oyendo. Porque ahora él ya no la estaba poniendo contra las cuerdas, ni forzándola a hacer comparaciones odiosas y soeces. Quién es mejor. Quién, peor. Cómo te lo hacía él. Cómo te lo hago yo. Sino que quería lastimar, ofender y humillar. Por eso sacó a relucir a aquella fotografía de *Vogue*, con la que había estado saliendo durante los primeros meses de París, Regina Langquartz, alta, de pelo corto, con piernas largas de garza. ¿Acaso le había preguntado ella algo? Pero daba igual. Allí seguía él contando

pormenores con todo lujo de detalles, dando explicaciones que nadie le había pedido. O lo de la española que conoció en Tossa del Mar mientras hacía el reportaje para *Berliner Illustrierte*. Maldito húngaro cabrón. Maldita sea tu estampa. No quiero volver a verte en mi vida. Estúpido cabrón engreído. Cabrón. Cabrón. Cabrón... Gerta pensaba todo esto mientras se enfundaba los pantalones a toda prisa y se metía el jersey por la cabeza, temblándole los labios, con una sensación de náuseas que le obligó a apoyarse en la pared y llevarse las manos a la boca.

Él la miraba desde la cama igual que si estuviera asistiendo a la proyección de una película que en algún momento se le había ido de las manos y ya no era capaz de rebobinar, ni de encontrar un camino de regreso que no estuviera minado por el orgullo. Habría dado cualquier cosa por ser capaz de detenerla, agarrarla por un brazo y mirarla fijamente a los ojos sin acogerse a la mediación de las palabras que siempre acababan arrinconándolo, sino de los cuerpos. Ese era el lenguaje en el que se sentía seguro. Quería besar su boca y su nariz y sus párpados y después empujarla hasta la cama y adentrarse en ella, firme y seguro, domándola a su ritmo, hasta llevarla a ese lugar exclusivamente suyo, donde no cabían otros hombres ni otras mujeres, ni pasado ni futuro, donde no había Georg Kuritzkes ni Regina Langquarz que valieran. Solo ella y él. Juntos. Pero estaba paralizado, frotándose la mandíbula, el ceño fruncido, con la cabeza apoyada en la pared y una sensación de ingravidez en el estómago. Tenía la conciencia aguda de que cada segundo que pasaba jugaba en su contra, de que debía decir o hacer algo pronto, cualquier cosa. Sin embargo hasta el último momento estuvo esperando que fuera ella quien lo hiciera. Para algo las mujeres eran infinitamente más fuertes que los hombres. Se dio cuenta de que lo había echado todo a perder demasiado tarde, cuando la vio coger al vuelo su abrigo del perchero y dar un portazo antes de bajar corriendo las escaleras, de dos en dos.

Nieve. Todo París estaba cubierto de nieve. Los tejados, las calles, las bardas de los comercios, las barcazas que cruzaban el Sena, protegidas con ruedas de neumáticos bajo el cielo gris que se confundía en la distancia con la superficie neblinosa del río, más gris aún y plomizo, con vetas verde oscuro, tan desolado como el Danubio una tarde de invierno. La buscó durante días por todas partes. La casa de Ruth, la de Chim. Hizo mil veces toda la ruta de los cafés sin ningún resultado. La Coupole, El Cyrano, Les Deux-Magots, Le Palmier, el Café de Flore... Nada. Se la había tragado la tierra. André caminaba como un fantasma por las calles nevadas, con el chaquetón abrochado hasta el cuello y las solapas levantadas, oyendo por todas partes un rumor de villancicos y de las campanillas que los niños agitaban por los portales para pedir el aguinaldo. Miraba con una infinita melancolía hacia los cristales empañados de las ventanas con visillos tras los que imaginaba hogares confortables y caldeados. Estaba descubriendo las razones más antiguas del desarraigo. Se acordaba de las calles de Pest tal como eran cuando él tenía seis o siete años y vivía en el número 10 de la calle

Városház Utca, en la parte trasera de un bloque de pisos con pasillos y escaleras con barandillas. Entonces le gustaba pegar la nariz a los escaparates de las jugueterías del otro lado del río, en la zona señorial donde todavía seguían en pie los grandes palacios del imperio austro-húngaro y soñar con los ojos abiertos, aunque intuía ya que San Nicolás no iba a dejar ninguna de aquellas magníficas locomotoras de latón junto a su calcetín en la chimenea, porque los santos cristianos no tenían jurisdicción en el distrito judío y además a los barrios obreros tampoco llegaba el servicio postal. Ciertas cosas era mejor saberlas cuanto antes. Quién eres. De dónde vienes. Adónde vas. Por eso se había apuntado con quince años al bando de los desheredados del mundo. Pensaba en ella, claro. A todas horas. Por la mañana y por la noche. Vestida y desnuda. Calzada y descalza, echada en el sofá, con un jersey que le cubría hasta los muslos y un puñado de fotografías en el regazo, sin maquillar, con aquel aire sexual e indolente de recién levantada que lo volvía loco. Pensaba todo eso mientras pasaba bajo la estrella de Belén que colgaba en el boulevard de los Capuchinos y se miraba de refilón en los escaparates de las pastelerías repletos de mazapanes adornados con la escarapela tricolor y castañas confitadas. Veía las tiendas engalanadas con hojas de muérdago, los puestos ambulantes recubiertos de flores de Pascua y quería morir. Los hombros encogidos, las manos hundidas en los bolsillos. Le parecía que hacía más frío aún que en los inviernos glaciales de Hungría, llevaba dos pares de calcetines y un chaquetón forrado con piel de borrego, pero era igual, seguía muriéndose de frío. Caminaba con el frío dentro del alma, enconado consigo mismo, a contradiós, el andar errático, torpe, entre la gente que caminaba en sentido contrario cargada con paquetes. Sentía una cólera ciega contra el mundo. Un par de veces devolvió los empujones sin pedir excusas y ante la expresión indignada de algún transeúnte, se limitó a dar una patada contra el bordillo de la acera.

—La puta Navidad.

XI

No estaba claro cómo se había producido la muerte, pero todo indicaba que había sido un suicidio. Gerta se enteró por Ruth. Sabía que André adoraba a su padre. En el fondo era igual que él. Fantasioso, imaginativo, capaz de creerse sus propias mentiras hasta el punto de llegar a convertirlas en verdades. De hecho muchas de las anécdotas con las que a André le gustaba entretener a sus amigos en las tertulias, no eran más que versiones nuevas de las historias que cientos de veces le había oído contar de crío a su padre en el Café Moderno de Pest, cuando acudía a buscarlo por orden de su madre, antes de que se gastara todo el patrimonio familiar en una partida de pinacle.

Dezsö Friedmann al igual que André, era un romántico incurable que había crecido en el interior de la Transilvania profunda al amparo de cuentos campesinos y leyendas medievales. Salió de allí para conocer mundo siendo apenas un adolescente y sobrevivió de ciudad en ciudad por toda Europa, sin un duro, gracias a la picaresca del ingenio, hasta que un día conoció a Julia, la madre de André, y se hizo sastre.

André le escuchaba aquellas aventuras mundanas con los ojos abiertos como platos, entre orgulloso y divertido, como cuando le contó que en una ocasión había utilizado como visado para cruzar la frontera la minuta de un selecto restaurante de Budapest. Se lo imaginaba muy serio, sacando la documentación del bolsillo interior de la chaqueta, con aires de autoridad y se moría de risa. Muchos años después el propio André había utilizado la misma treta para salir de Berlín y también le funcionó. La suerte también se hereda.

Para ser un buen jugador tienes que comportarte como si tuvieras siempre un as en la manga, le decía su padre. Si sabes representar bien el papel de triunfador, acabas ganando la partida. Lo malo es que a veces la vida descubre tu juego antes de lo previsto. Entonces solo te queda apostar los restos a la última mano. Dezsö la perdió.

El juego es una enfermedad secreta que se lleva en los genes igual que el color del pelo o la fe en los augurios. André tenía ese gen en las venas. Cuando las cosas no le iban bien, se dedicaba a beber y a hacer apuestas. Como solía decir Henri Cartier-Bresson con su ojo de normando infalible: André nunca fue un tipo extremadamente inteligente. Lo suyo no era preguntarse por la raíz intelectual de los conceptos, pero era un jugador increíblemente intuitivo. Se fijaba en detalles que a los demás nos pasaban desapercibidos. Supongo que la experiencia le había aguzado el olfato. Llevaba desde los diecisiete años fuera de casa, de hotel en hotel y después de guerra en guerra. Tenía un don para verlas venir. Era un jugador nato.

Llevaba razón como se demostraría mucho tiempo después, en la madrugada del día 6 de junio de 1944 mientras la niebla rasgaba en jirones el cielo del canal de la Mancha.

Mar. Ruido de mar. Imposible tomar foco con aquel movimiento. Arriba, el golpeteo de las máquinas, la trepidación de la cubierta. Abajo, el abismo espumeante de las olas. André no se lo pensó dos veces. Saltó a la lancha del desembarco con las

dos cámaras colgadas al cuello. Una Leica y una Rolleiflex. Después miró hacia la playa tratando de calcular la distancia y la profundidad a la que planeaban. Al frente, seis kilómetros de arena sembrados de minas. Omaha Beach. Nadie les había explicado a aquellos chicos qué demonios tenían que hacer. Solo que debían salvar a Europa de las garras de los nazis. Mientras se acercaban a la orilla, le guiñó un ojo a un jovencísimo soldado americano de la Compañía E del 116.º Regimiento de Infantería. «Nos vemos allí, muchacho», le dijo para darle ánimos.

Pocos minutos después el mundo estalló en pedazos. La mayoría de aquellos chavales aún no habían cumplido los veintidós años. Fueron abatidos antes de conseguir poner un pie en la arena. Fogonazos anaranjados en el foco entre miles de partículas de agua pulverizada. Trampas antitanque. Estampidos de mortero. Rugidos de mar. Ordenes de mando casi ahogadas por el viento y los motores de las lanchas. André disparaba sin darle tiempo a ajustar el foco. Instantáneas rápidas, fugaces. *Images of war*. Después la espuma batida del Atlántico se tiñó de rojo en la mayor carnicería del día D. Dos mil muertos en apenas unas horas.

André fue el único fotógrafo que desembarcó en la primera oleada. Se alistó voluntario con el 116. En Easy Red. «El corresponsal de guerra tiene en las manos su apuesta, su vida», —escribió en el libro *Slightly out of focus*—. «Y puede ponerla en ese o en aquel caballo o volver a guardársela en el bolsillo en el último minuto. Yo soy jugador. Decidí ir con la primera oleada». Sobrevivió de milagro intentando avanzar con el agua al cuello y después arrastrándose a lo largo de doscientos metros de arena minada. El juego del gato y el ratón. Claro que entonces ni él se llamaba ya André Friedmann ni ella estaba a su lado. Llevaba muerta siete años. Siete largos años con cada uno de sus días y de sus jodidas noches en las que ni una sola vez dejó de echarla de menos. Tal vez lo único que quería era que alguien por caridad le disparara un tiro de una maldita vez.

Gerta también sabía algo de ese asunto. O esto o lo otro. Aquí o allá. Viva o muerta. A fin de cuentas, la vida era un puro juego de azar. Caminó por los bares del otro lado del Petit Pont y lo vio de espaldas por la cristalera del café. Sabía que lo encontraría allí. Estaba solo, de pie, dentro de un abrigo que parecía de alguien más mucho más corpulento que él, inmóvil, los brazos cruzados encima del mostrador y la cabeza baja, ensimismado, rompiendo solo su quietud para llevarse la copa a los labios. Todavía no eran las once de la mañana. Triste como un árbol en el que acabaran de abatir a un petirrojo, pensó ella y sintió que las lágrimas empezaban a nublarle la vista. Se maldijo a sí misma como siempre que le ocurría eso, aunque no sabía bien por quién lloraba. Estuvo a punto de largarse por donde había venido. Pero algo superior a su voluntad la retenía allí, así que esperó a que el aire le secase los ojos, respiró hondo, apeló a toda la altivez con que su padre la había educado y fue al encuentro de su hombre con la cabeza erguida y su peculiar manera de andar, aliviada por haberlo encontrado, pero también resuelta a no ceder ante él ni un ápice de su territorio.

—Qué frío —le dijo encogiendo los hombros y se quedó allí de pie, a su lado con los puños cerrados dentro de los bolsillos.

Él levantó las cejas.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó con una modulación algo cerrada.

—Por ahí —dijo ella. Y se quedó en silencio.

Ocurrió así. Sin sorprenderse demasiado el uno del otro, sin grandes palabras ni efusiones innecesarias. De un modo natural, igual que si reanudaran un diálogo interrumpido temporalmente. Cada cual había recorrido su trecho del camino.

—Será mejor que volvamos a casa ¿no? —volvió a decir ella al cabo de un rato. Y empezaron a caminar por la acera despacio, él pegado a las paredes, procurando mantener la línea recta. Ella sujetándolo muy discretamente, para no humillarlo.

Volvieron a vivir juntos. Dejaron el apartamento de la torre Eiffel y se trasladaron al hotel de Blois, en la rue Vavin. Desde la ventana de su cuarto veían la terraza del Dôme. Solo tenían que asomarse para ver quién estaba en la tertulia y bajar en caso de que la clientela fuera de su agrado. Aunque lo cierto es que entre la campaña electoral y los reportajes para Alliance Photo no tenían demasiado tiempo para tertulias.

En febrero las autoridades francesas decidieron conceder a los periodistas un permiso de trabajo que les asegurara el derecho de residencia. Gerta pensó que era la única manera de legalizar su situación. Consiguió su primera acreditación de prensa, firmada por el jefe de la agencia ABC Press-Service de Amsterdam. En la fotografía de carné aparece muy risueña, con una cazadora de cuero, el mentón un poco levantado y el pelo corto y rubio caído de medio lado sobre la frente. La sonrisa orgullosa. 4 de febrero de 1936. Aquel documento significaba mucho más que una garantía legal. Era su pasaporte como reportera. Empezó a redactar sus primeras crónicas y a vender alguna foto, aunque nunca dejó de pensar por los dos como la *manager* que había jurado ser. Necesitaban el dinero. Con la información política no les hubiera alcanzado para llegar a fin de mes, así que lo combinaron con otro tipo de reportajes, pequeñas piezas sobre la vida parisina en aquella primavera incipiente cuando todo estaba a punto de suceder. Los mercados callejeros y los suburbios eran los lugares preferidos de André, donde se sentía verdaderamente a gusto. Allí hervía el auténtico caldo de la vida. Escenarios marginales como el cine Crochet, un tablado al aire libre regentado por dos cazatalentos sin escrúpulos. La gente actuaba delante de una cámara con público en directo. Había parejas que imitaban los bailes de Fred Astaire y Ginger Rogers hasta echar los hígados. Gente joven con ambición y ganas de comerse el mundo, pero también viejos reservistas de *cabaret*, hombres derrotados por la vida, que estaban atravesando una mala racha y buscaban alguna salida. André simpatizaba con ellos. Al final de cada interpretación los espectadores implacables mostraban su aprobación o su rechazo mediante aplausos o abucheos. Él se limitaba a fotografiar emociones como hizo siempre. Sabía lo que buscaba y lo encontraba. En París o en Madrid. En Normandía o en Vietnam. En las celebraciones de la Bastilla o

en los suburbios del cine Crochet. Dirigía su objetivo hacia el interior de los rostros. Su cámara atrapaba la emoción y la retenía dentro. Daba igual que se tratara de un anciano agotado, descendiendo del escenario con la cabeza baja en tiempos de paz, que de una miliciana sirviendo sopa de un puchero con un cucharón en plena guerra. El estilo era el mismo. Llegar a donde nadie más podía llegar: una pareja saludando eufórica desde el tablado de baile; dos críos sentados en la acera, jugando a las canicas, detrás de una casa destrizada por las bombas. Una bailarina de ojos negros trazando en el aire un garabato de fuego; dos viejecitos británicos tomando el té en un refugio de Waterloo Road, durante un bombardeo alemán en 1941. La cara y la cruz. Emociones.

Fueron meses de trabajo duro. Las jornadas eran largas y agotadoras. Llegaban al hotel extenuados. Más de una vez se quedaron dormidos sobre la cama sin que les diera tiempo siquiera a quitarse la ropa, vestidos, abrazados, tirados en diagonal sobre la colcha, la mejilla de ella sobre el estómago de él, como dos niños al volver de un viaje. En alguna parte se estaba gestando una guerra igual que un ala de cuervo que entrara por la ventana del ático.

Había demasiadas deudas que zanjar, el material fotográfico era caro, los periódicos pagaban con semanas de retraso. Además estaba Cornell. Después de la muerte del padre de André, su hermano pequeño, Cornell, se había reunido con ellos en París. Era un chaval flaco y tímido de diecisiete años, con hombros huesudos y cara de ardilla. Había ido con la idea de estudiar Medicina, pero acabó como todos, revelando fotos en el bidé del lavabo. Había que conseguir dinero fresco como fuese. Gerta no paraba de darle vueltas en la cabeza. Y entonces, de pronto se le ocurrió. Era exactamente lo que necesitaban. Un golpe maestro.

Inventaron un personaje, un tal Robert Capa, un supuesto fotógrafo americano, rico, famoso y con talento. Al soñador que había en André le fascinó el nombre. Sonoro. Corto. Fácil de pronunciar en cualquier idioma. Además le recordaba al director de cine Frank Capra, que había arrasado en los Óscar con la película *Sucedió una noche*, interpretada por Claudette Colbert y Clark Gable. Un seudónimo cinematográfico, cosmopolita, sin adscripción clara a ningún territorio, difícil de encasillar en criterios étnicos o religiosos. El nombre perfecto para un nómada sin patria.

También ella cambió su identidad. Mi nombre es Taro. Gerda Taro. Las mismas vocales que Greta Garbo, su actriz favorita. Las mismas sílabas. La misma música. Igual podía ser un nombre español, que sueco o balcánico. Cualquier cosa menos judío.

Si ni siquiera puedes elegir tu propio nombre, qué clase de mundo es este, decía.

Se trataba una vez más de un juego, una impostura inofensiva, pero sostenida de corazón. Desdoblarse, convertirse en otros, actuar. Igual que cuando de niña imitaba a las actrices del cine mudo en el desván de la casa de Stuttgart.

Los actores estaban claros. Solo necesitaban un buen argumento para la película y

enseguida lo encontraron. André hacía las fotos, Gerda las vendía y el tal Robert Capa se llevaba la fama. Pero como se suponía que era un profesional muy cotizado, Gerda se negaba a vender sus negativos por menos de ciento cincuenta francos. El triple de la tarifa vigente. Otra vez las enseñanzas de su madre volvían a resultar proféticas. También las de Dezsö Friedmann: la apariencia del éxito atrae al éxito.

A veces se planteaban problemas, claro, pequeños desajustes de guión, pero se las arreglaban para resolverlos con ingenio. Si André no lograba sacar una buena fotografía de un mitin del Frente Popular o de la última huelga de la Renault, Gerda siempre lo encubría.

—Ese cabrón de Capa ha vuelto a largarse a la Costa Azul con una actriz. Maldita sea su estampa.

Pero ningún juego es del todo inofensivo. Ni inocente. André interiorizó el papel de Capa hasta los tuétanos. Se lo pegó a la piel como un guante. Se esforzó hasta la extenuación en ser el fotógrafo americano, triunfador y audaz, que ella quería que fuera. Aunque en el fondo más profundo de su alma siempre le quedaba un poso de melancolía por saber de cuál de los dos estaba ella realmente enamorada. André amaba a Gerta. Gerda amaba a Capa. Y Capa al final, como todos los ídolos, solo se amaba a sí mismo.

Su cámara estaba siempre en el lugar de los hechos, subido al ático de las Galeries Lafayette, en los talleres de la Renault, en las gradas del estadio de Buffalo, donde más de cien mil franceses llenaron el césped para celebrar el éxito de la huelga de los obreros del metal. Oculto entre la multitud, en medio de la calle, en un mitin, buscaba perspectivas nuevas que le permitieran desentrañar aquel tiempo que se le estaba yendo entre las manos.

Días que duraban lo que tarda en volar una golondrina. La actualidad los estaba engullendo sin que se dieran cuenta. Se sentían tan dentro del mundo que bajaron la guardia. Sin embargo había gente que seguía, paso a paso, todos sus movimientos: el primer café del día en la terraza del Dôme; la mano de ella por debajo de la camisa de él en un autobús en Saint Denno; el amor a toda prisa en un trayecto de taxi, desde el Pont Neuf hasta el club Mac-Mahon; el sol filtrándose entre los dedos de Gerda en las escaleras del hotel Blois, cuando ella le cubrió la cara con las manos y él la fue desnudando deprisa con un brillo de enajenación en los ojos, su boca buscándola con urgencia, impaciente, jadeante, los dedos de ella luchando tenazmente por desabrocharle los botones de la camisa, la lengua de él lamiendo su barbilla altiva, mientras subían abrazados hasta el tercer piso, donde estaba su habitación, apretándose en cada rellano, desfallecidos, cuando por fin lograron meter la llave en la cerradura. Toda una red de espionaje se cernía sobre ellos, pero el amor no ve nada. Es ciego. Solo Chim de vez en cuando, con su perspicacia de talmudista experimentado, notaba extrañas coincidencias, caras que se repetían con excesiva frecuencia en los mismos lugares, circunvoluciones discretas que no podían augurar nada bueno.

Ellos sin embargo se sentían seguros con sus acreditaciones de prensa recién estrenadas y su flamante identidad. Jóvenes. Guapos. Imbatibles. Como si todo lo anterior pudiera desaparecer de un plumazo. Robert Capa y Gerda Taro en el kilómetro cero de sus vidas. ¿Acaso era posible imaginar un sueño más alto?

El 3 de mayo la coalición de izquierda que formaba el Frente Popular llegó al Elíseo, al igual que había ocurrido poco antes en España, y Robert Capa estaba allí para fotografiar cada momento de aquella euforia. Apenas hacía tres meses que las tropas alemanas habían ocupado tranquilamente Renania, desafiando el Tratado de Versalles. Toda Francia se estremeció. Los parisinos se movilizaron. Miles de ciudadanos anónimos tomaron las calles, y sus rostros, preocupados, tensos o esperanzados se reflejaron en cada una de sus fotografías, cuando abarrotaron la Place de L'Opera para ver los resultados electorales proyectados en una pantalla gigante. Por fin una fuerza capaz de detener el avance del fascismo. Dos tercios de los escaños de la cámara, con los socialistas y su candidato a la cabeza: Léon Blum, el héroe que había logrado sobrevivir al atentado fascista de febrero. Las banderas rojas ondeaban sobre los ministerios. Por todas las placitas de Montparnasse surgían acordeonistas callejeros tocando *La Internacional*.

En el mes de julio Maria Eisner le pidió a Gerda que negociara con Capa un reportaje por el vigésimo aniversario de Verdún, la batalla más sangrienta de la primera guerra mundial. Las fotos pusieron de manifiesto un escenario desolador: vastas zonas de tierra de nadie cubiertas de árboles carbonizados y cráteres llenos de agua estancada. La ceremonia fue especialmente emotiva. El cementerio militar estaba iluminado por cientos de reflectores. Cada excombatiente se situó detrás de una cruz blanca y depositó un ramo de flores sobre cada tumba. En medio de aquel silencio sobrecogedor, sonó de pronto el disparo de un cañón. En ese momento los focos se apagaron y la multitud quedó a oscuras. No hubo discursos. Solo la voz de un niño de cuatro años pidiendo la paz para el mundo. Su llamamiento, a través de los altavoces situados en las cuatro esquinas del cementerio, erizó la piel de todos cuantos estaban allí.

No sirvió de nada. Al poco de regresar de Verdún, Gerta y André, o mejor dicho, Gerda y Capa quedaron a cenar con unos amigos para celebrar el aumento salarial aprobado por el Frente Popular. Estaban en el balcón del Grand Monde, donde los camareros preparaban los mejores *cocktails* de toda la Rive Gauche. Ella llevaba un vestido negro escotado por detrás que le daba un aire de musa de Hollywood; él, corbata y chaqueta clara. Una brisa muy ligera agitaba los árboles de la orilla del Sena. 17 de julio. Música, risas, tintineo de copas y de repente, otra vez, en medio de esa felicidad, el ala de un cuervo.

Desde la cocina del restaurante, a través del minúsculo ventanillo de un aparato de radio se fue abriendo paso la noticia del levantamiento de la legión española en Marruecos, bajo el mando de un tal Francisco Franco, un oscuro general de medio pelo. El remedo español de Hitler y Mussolini.

La cuenta atrás había empezado.

XII

- Dos pares de pantalones
- tres camisas
- ropa interior
- calcetines
- una toalla
- un peine
- un taco de jabón
- cuchillas de afeitar
- paños higiénicos
- el cuaderno robo
- un mapa
- esparadrapo
- aspirinas...

Se le olvidaba algo y no sabía qué era. Gerda se paró un momento pensativa con un dedo apoyado en la frente delante de la bolsa del viaje abierta encima de la cama y al momento chasqueó los dedos. Claro. Un diccionario bilingüe de español.

España se había convertido en el ojo abierto del gran torbellino del mundo. No se hablaba de otra cosa. Hasta los surrealistas más alejados de la política abrazaron la causa republicana, reuniéndose en casa de uno o de otro, en corros improvisados donde hervían las noticias cada vez más contradictorias y alarmantes. Sublevación militar en Canarias y Baleares. Resistencia en Asturias. Un tal Queipo de Llano alzado en Sevilla, matanzas y paseos en Navarra y Valladolid... La escenografía que cada cual se representaba en la mente recordaba demasiado a las pinturas negras de Goya. Rojo de fuego y betún de infierno. Por eso, cuando más tarde empezaron los bombardeos sistemáticos de Madrid, cada obús retumbó también en los cimientos de París como un aviso de los cataclismos que aún estaban por llegar a Europa. Las calles eran un puro hervidero. Todos acudían a La Coupole y al Café de Flore con el anhelo de saber algo más de lo que podía leerse en los diarios. Una información de última hora, un testimonio de buena tinta, cualquier novedad... Mientras los gobiernos de Europa dejaban a la joven República española a los pies de los caballos, un gigantesco ejército de hombres y mujeres, salió a defenderla por su cuenta y riesgo.

Había escritores, obreros metalúrgicos, trabajadores portuarios del Rin y del Tamésis, artistas, estudiantes, la mayoría sin ninguna experiencia militar, pero con la convicción profunda de que el gran pulso del mundo se estaba librando al otro lado de los Pirineos. También había periodistas y fotógrafos, decenas de enviados especiales de todos los países. Muchos refugiados que habían compartido mesa y

cigarrillos con Gerda y con Capa en las noches del Capoulade se integraron en las Brigadas Internacionales... El poeta Paul Éluard escribió en el editorial de *L'Humanité*: «Uno se acostumbra a todo / salvo a estos pájaros de plomo / salvo a su odio a lo que brilla / salvo a cederles el lugar».

Gerda miró por la ventanilla. Nunca antes había subido en avión. Bajo el fuselaje, los Pirineos tenían un color malva desvaído como una camiseta desgastada por muchos lavados, cada ladera parecía cavar su surco de sombra en el atardecer. Lucien Voguel, el editor de la revista *Vu*, había fletado el vuelo a Barcelona con una pequeña expedición de periodistas para publicar un número especial sobre la guerra civil. Cielo puro, terso como un acuario, luz cristalina con helios y parhelios de color verde lima. Gerda estaba absorta en aquel espacio que dentro de muy poco empezaría a cubrirse de estrellas. Demasiado hermoso, pensó en voz alta. Capa la observó como si acabara de conocerla. Nunca le había parecido más bella que en aquel momento, la nuca apoyada en el cuero del respaldo, huesudo el mentón, los ojos ensoñados, saboreando una esperanza inexplicable.

A veces le ocurría eso con ella, que se quedaba fuera. Creía que la tenía y de pronto una palabra, una simple frase, le hacía darse cuenta de que en realidad no sabía demasiado de lo que a ella le cruzaba por la cabeza en algunos momentos. Pero había aprendido a vivir con eso. Era cierto que estaba lejos, abstraída. Había regresado a Reutlingen, cuando tenía cinco años y volvía caminando con sus hermanos desde el horno de Jacob con un pastel de semillas y leche condensada para la cena. Tres niños con jerséis de lana, enlazados por los hombros mirando el cielo mientras iban cayendo como puñados de sal las estrellas, de dos en dos, de tres en tres... Nunca había estado tan cerca de ellas como entonces. Su proximidad le hizo sentirse algo solitaria, algo melancólica. Como si en algún lugar sonara una música secreta que solo ella pudiera escuchar. El mensaje de las estrellas.

Se veían ya las luces de la ciudad, el triángulo de Montjuic, agrandándose por momentos, la extensión inclinada de las casas con el motor en retardo, cuando de pronto se sintió levantada por un lado, como si alguien les hubiese tirado bruscamente de un hombro. El ruido del motor se hizo más denso y las cinco toneladas de metal empezaron a balancearse. Parecía que el motor hubiese disminuido de régimen. En lugar de remontar, perdieron mil metros de golpe. En la carlinga las agujas de los indicadores de posición oscilaban cada vez más aprisa. La presión del aceite empezó a menguar. Toda la masa del avión se agitaba con un temblor furioso. Se miraron unos a otros sin pronunciar una palabra. Nos estrellamos, pensó ella, pero no hubo tiempo suficiente para sentir miedo ni para pedirle a su dios que los sacara de aquella. Estaban al nivel de las colinas, con los tímpanos doloridos por el cambio de presión y el corazón a cien golpes por minuto, pero callados. Hasta ahí la vida. Los pequeños huertos que rodeaban el aeropuerto del Prat comenzaron a girar alrededor de las ventanillas, primero de un lado, después de otro. El piloto con la cabeza hundida en la carlinga no distinguía ya la masa del cielo de la tierra. Ponía

toda su concentración en dominar el avión. Ni siquiera veía el giróscopo. Trató de evitar las colinas como pudo, pero las tenía ya encima y tomó la resolución de aterrizar en cualquier lugar aun a riesgo de hincarse en el suelo. El avión corría en el haz de los faros con los quinientos caballos revolucionados, directo a tierra. *Siod, Elohim, Yahvéh...* Gerda no tuvo tiempo para más. De pronto las luces rojas del balizaje se encendieron y vio cómo el avión intentaba levantar el morro y se iba escorado de ala contra la pared de un cobertizo. El estruendo fue tan intenso que le sangraban los oídos. Veía a André gesticular como un actor de cine mudo. Movía la boca, gritando algo, pero no podía oír lo que decía. Había mucho humo dentro y el cansancio le agarrotaba los músculos. Enseguida llegaron bomberos, milicianos, un camión militar con la cruz roja pintada en la lona... voces indefinidas en un idioma que no comprendía, rumores confusos, brazos que alzaban a los heridos. Al piloto lo sacaron en camilla. También fueron evacuados dos reporteros con fracturas de distinta consideración, el propio Lucien Voguel se rompió el brazo derecho por tres partes, pero Capa y Gerda consiguieron salir del aparato por su propio pie, un poco aturridos y desorientados, pero ilesos. Hubiera sido mejor cruzar a pie la frontera por Irún, como había hecho Chim.

Es bueno dejar atrás un mal puerto y al tocar tierra, soltar palabras fuertes, escupir con vigor una blasfemia, cagarse en el puto Dios del Sinaí con sus putas tablas de la ley y su puta mala leche proverbial. Joder. Joder. Joder... Fue lo primero que hizo Capa. Uno se siente mucho mejor después de eso.

—¿Tuviste miedo? —le preguntó a ella pasándole un trago de *whisky* que alguien le ofreció directamente de la botella. Se dirigían a Barcelona en un coche conducido por un miliciano de mono azul con las trinchas cruzadas al pecho y dos cartucheras al cinto.

—No —respondió Gerda sin vanagloriarse. Y no era ninguna bravata, es que no le había dado tiempo. El miedo necesita el reposo de la conciencia. No le era un sentimiento extraño. Conocía todos sus síntomas, cómo se iba adueñando de la imaginación cuando una tenía horas por delante para calcular, una a una, todas sus posibilidades aterradoras. Lo había sentido en Leipzig cientos de veces, en Berlín, en París. Lo sentía todavía cada vez que se acordaba de su familia o ignoraba su paradero. Pero lo que percibió en el avión fue otra cosa distinta. Algo inmediato y limpio. Una especie de vértigo contra el que era inútil rebelarse.

Capa encendió un cigarrillo y movió la cabeza hacia los lados, amonestándola suavemente, la expresión seria, el tono paternalista.

—El miedo no es un mal compañero de viaje —dijo sin saber que le estaba dando el mejor consejo que se le puede dar a alguien en una guerra—. A veces te salva la vida.

Barcelona ya no era la ciudad burguesa y señorial que Capa había conocido durante su primer viaje a España en la primavera de 1935. El sindicato anarquista de la CNT había montado su campamento provisional en plena Vía Layetana; muchas

iglesias se habían transformado en garajes o almacenes de maquinaria y las parroquias, en oficinas de los sindicatos; los principales bancos y los grandes hoteles habían sido tomados por los trabajadores. El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de tendencia trostkista, tenía su base en el Hotel Falcón, cerca de la plaza de Cataluña y el Ritz era ahora un comedor popular a cuya entrada figuraba el cartel: «UGT Hotel Gastronómic número 1-CNT».

El comisario de propaganda de la Generalitat de Catalunya, Jaume Miravittles, un tipo moreno y afable, de unos treinta años, les proporcionó una pensión en las Ramblas donde instalarse y los pases de prensa necesarios para fotografiar la ciudad.

Después del accidente, la euforia que sentían de estar vivos se traducían en todos sus gestos, como si celebraran cada minuto de estar juntos por lo que pudiera venir: el modo de hacer el amor, agarrándose muy fuerte el uno al otro, porque un día no muy lejano tal vez alguno de los dos o los dos estarían muertos y entonces ya no habría nada, ni un puñetero clavo al que agarrarse; el gracioso escorzo de ella atravesada en la cama, tierna y medio dormida con el pijama de él; las peleas risueñas de buena mañana por la posesión de una esponja o por convivir juntos dentro del pequeño rectángulo de un espejo. Él tratando de afeitarse por encima de su hombro, con media cara enjabonada; ella desalojándolo a codazos para pintarse los labios. Los ojos de Gerda de un verde raro, mirándolo burlona, entre coqueta y «yo no fui». Las llamas azules de un infiernillo de gas, bajo la cafetera a punto de burbujear. Su hambre canina en el desayuno.

Durante los primeros días recorrieron las calles fascinados en medio de una turbamulta de hombres armados, niños jugando entre los sacos terreros de las barricadas, milicianas vestidas de mono azul con trinchas cruzadas sobre el pecho, de la CNT, del POUM, del PSUC, mujeres-soldado de ojos negros y melena leonada, con un periódico en una mano y el Mauser en la otra. Eran imágenes que rompían el tradicional código femenino. Aquellas mujeres pertenecían a otra estirpe. No eran de las que escondían la cabeza bajo la almohada cuando oían aullar a un coyote, sino de las que se apostaban en la ventana y empezaban a disparar, ahuyentando a los fascistas a tiro limpio. Las revistas francesas y británicas se las rifaban para sacarlas en portada, no únicamente por su coraje, sino por lo que suponían de filón iconográfico. «El *glamour* de la guerra», sentenció Capa con el colmillo retorcido, mientras un coche requisado con las siglas de la UHP pintadas a brochazos en sus puertas, cruzaba el paseo de Gracia a toda velocidad hacia Capitanía.

A los pocos días se movían en ese ambiente como si se hubieran criado en el barrio de Gracia. Peinaron la ciudad de parte a parte, alimentándose de la menor brizna de emoción, tratando de interpretar el mundo con sus cámaras. Todas las fotos llevaban el *copyright* «Capa», sin embargo sobre todo al principio era fácil distinguir la autoría. Él trabajaba con la Leica, de disparo rápido y fácil de acercar al objetivo con un simple movimiento de *zoom*. Sus encuadres solían ser más cerrados que los de ella, pero incluían casi siempre otros elementos que le daban vida al entorno. Gerda

usaba la Rolleiflex, que se colocaba a la altura del pecho, más lenta. Se tomaba su tiempo para preparar el encuadre. Sus fotografías eran más correctas desde el punto de vista técnico, pero más convencionales. Le faltaba espontaneidad. Estaba empezando y todavía no se sentía segura. Pero tenía intuición para identificar los momentos irrepetibles. Una pareja sentada al sol, él con mono azul y gorro de miliciano, sujetando un fusil apoyado en el suelo. Ella muy rubia, con un vestido oscuro. Los dos riendo abiertamente. Algo le llamó la atención a Gerda, quizá el parecido de esa pareja con ellos mismos, edad similar, unos rasgos físicos casi intercambiables, la misma intimidad, el aire cómplice. Tomó foco. Buscó un encuadre frontal, apoyándose en el contraste de luz. Las dos siluetas se recortaban contra un fondo de árboles. Clic. Era una fotografía alegre a primera vista, sin embargo había en ella un halo trágico, algo vagamente premonitorio.

Pero la guerra no era eso ni de lejos. En la Estación de Francia se agolpaban miles de soldados preparados para salir hacia el frente de Aragón bajo el cielo de cristal de las marquesinas, mientras los micrófonos de Unión Radio no cesaban de hacer llamadas de reclutamiento. Gerda y Capa fotografiaron a centenares de muchachos jóvenes despidiéndose de sus novias, hombres hechos y derechos abrazando a sus hijos pequeños, mujeres de una pieza, urgiéndoles a apresurarse, ayudándoles a colocar la camisa mal metida por el pantalón. No había lágrimas ni Andrómacas en aquel andén. Solo un denso vapor ferroviario bajo la luz transversal de la mañana, vagones repletos de voluntarios con las puertas abiertas y el lomo atravesado por consignas escritas con pintura blanca: «ANTES MORIR QUE CONSENTIR TIRANO.» jóvenes llenos de vitalidad que se asomaban por la ventanilla, agitando los puños. No tenían ni idea de lo que les esperaba. La mayoría nunca volvió a ver Barcelona.

En el puerto de Cádiz acababa de atracar un carguero con el primer envío de aviones y soldados nazis a suelo español.

XIII

La carretera estrecha. El sol manchando de luz el capó del coche. Un cigarrillo encendido, el codo apoyado en la ventanilla abierta. Capa conducía con precaución a causa de las curvas y de los sucesivos controles. Gerda tenía la cabeza apoyada en el respaldo, mientras el viento seco de los olivares le removía el pelo. Iba silbando el estribillo de una canción que se oía aquellos días por todas partes. *Yo me subí a un pino verde / por ver si... lo divisaba / por ver si... lo divisaba. / Y solo vi un tren blindado / lo bien que... tiroteaba / lo bien que... tiroteaba. / Anda jaleo, jaleo / silba la locomotora / Y Franco... se va a paseo / y Franco... se va a paseo.* Viajaban en un coche oficial de prensa por la misma carretera que usaban las columnas motorizadas que se dirigían al frente. La rodilla de ella junto a la caja de cambios, apartándose y alzándose en los baches. Le gustaba esa proximidad de los dos en el interior del coche, recorriendo una tierra que apenas conocían, que todavía no amaban. Durante todo el camino se fueron cruzando con camiones en los que ondeaba la bandera roja y negra de la CNT. De vez en cuando retumbaba, como un trueno muy lejano, el estruendo de un proyectil.

En Huesca el frente se había estabilizado. Todo transcurría con tal lentitud que los milicianos, después de emplazar las ametralladoras en sus puestos, aún tenían tiempo para ayudar a los campesinos a cosechar y trillar el trigo en las explotaciones colectivizadas de los alrededores. Gerda caminaba silenciosa entre los campos amarillos con montones de paja a los lados de los senderos, retratando muchas de esas faenas agrícolas como parte del esfuerzo general en defensa de la República, pero a Capa tanta tranquilidad lo sacaba de quicio. Lo único que quería era fotografiar una victoria republicana de una vez.

Recorrieron varios kilómetros hacia el suroeste, donde les habían dicho que operaba el batallón Thälmann, formado sobre todo por voluntarios comunistas y judíos polacos y alemanes. Eran el germen de las Brigadas Internacionales. La mayoría habían ido para participar en la Olimpiada Obrera que iba a celebrarse en Barcelona como contrapartida a los juegos Olímpicos de Berlín, y que tuvo que ser suspendida por la guerra. Gerda y Capa pensaron que era la ocasión para que alguien que hablara su idioma les pusiera al tanto de cómo estaban yendo las cosas. El español que habían aprendido se reducía a unas cuantas palabras sueltas. Seguían las conversaciones sin entender un carajo, pero les hacía gracia la gesticulación y los exabruptos verbales. Salud. Camarada. Por los cojones. En eso consistía su vocabulario básico para andar por esta tierra irredenta.

Al llegar a Leciñena, a unos veinte kilómetros de Zaragoza, se encontraron a un grupo de combatientes con casco y alpargatas leyendo el *Arbeiter-Illustrierte Zeitung*. El pueblo era el centro de operaciones de la columna del POUM con la que George Orwell pasaría el invierno siguiente antes de que lo hirieran. Fue un alivio poder intercambiar con ellos impresiones sobre las últimas noticias alentadoras de Madrid,

el pueblo armado marchando sobre Alcalá y Toledo, la resistencia de Asturias... Pero tampoco parecía que allí fueran a encontrar la acción que andaban buscando. El asentamiento había sido tomado por un ataque sorpresa nocturno, pero desde entonces se habían registrado muy pocos enfrentamientos y los soldados se limitaban a esperar acontecimientos, hastiados, en medio de un calor de horno que rompía los nervios al más templado. Capa ya no aguantaba más. Las horas muertas le pesaban en los hombros como plomo.

Empujó con el pie media puerta cochera que conducía a través de un pasillo a un antiguo almacén de ultramarinos, convertido en taberna improvisada. Allí todas las tardes, bajo las ristras de ajos que colgaban del techo, los soldados despechugados y sudorosos mataban el tiempo empinando una bota con maña aragonesa ante un almanaque publicitario de jabón Heno de Pravia.

—No se sirve alcohol a mujeres —dijo el tabernero, un tipo bajo y fornido, vestido de paisano, cuando vio a Gerda acodada en la barra, fumando tranquilamente un Gauloises Bleues.

—¿No ves que es extranjera? —Soltó uno de los muchachos del POUM, desde una de las mesas. Si los fascistas le pueden pegar un tiro, también tú le puedes servir un tinto, coño.

Antes de que Capa y ella se percataran del motivo de la discusión, el tabernero ya se había subido a una tarima para ordeñar el odre.

—Prensa internacional —los presentó el cabo que los acompañaba.

Ante tal muestra de extranjería y profesionalidad a la par, el pobre tabernero no sabía cómo excusarse. Se secó las manos en el delantal y les plantó en la barra una botella de tinto y dos tazas desportilladas.

—Ustedes dispensarán, pero los vasos se van rompiendo y como ya no los fabricamos...

—Da igual, Paco. Tampoco te pongas exquisito ahora —le respondió el cabo—. Son de confianza.

La discusión sin embargo estaba en el aire. Pese a las imágenes de las milicianas con fusiles sentadas en los cafés, los comunistas eran partidarios de relegar la participación de la mujer en la contienda a trabajos de retaguardia y ese debate envenenaba las palabras y dividía a los propios republicanos. De hecho, solo unos meses después, en otoño, el ministro de la Guerra, Largo Caballero, prohibiría ir al frente a las milicianas y les retiraría el uniforme.

—Tiene razón el cantinero —soltó en alemán uno de los voluntarios del batallón Thälmann, un comunista flaco, de gafas, experto en logística—. Os traéis a vuestras mujeres a la guerra como si vinierais de excursión. Hay que joderse, meterlas en este berenjenal. Si ellas quieren ayudar que trabajen de enfermeras, como las negras norteamericanas, que hay mucha venda por cortar en los hospitales.

Era justo lo que le faltaba a Capa para sacarse de encima la tensión de las horas muertas. Se volvió hacia él con una mirada de carbón endemoniado, los músculos

tensos, los brazos un poco separados del cuerpo.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —Le soltó—. ¿Te ha preguntado alguien algo? ¿Te he dicho yo acaso algo de que tu novia te espere en casita haciendo confitura de fresa o tocando el piano? Pues ya ves algunas mujeres prefieren sacar fotos para que el mundo sepa qué está pasando en este país y si no te gusta, te jodes.

—Ya veremos quién se jode cuando le metan un tiro o cuando te lo metan a ti por su culpa. Ya te darás cuenta de que en ciertas situaciones las mujeres no dan más que problemas.

Gerda asistía a la discusión un poco incómoda, sin ganas de meter baza. Si había tipos que vivían en el siglo pasado aunque fueran comunistas, allá ellos.

—Si me pegan un tiro es asunto mío —respondió Capa muy serio sosteniéndole la mirada—. De nadie más. Ella se arriesga como yo. Así que donde yo voy, ella va. Y si te molesta su presencia, ya sabes dónde está la puerta. —Capa señaló hacia la tela de yute montada en bastidor que separaba la trastienda.

Gerda le sonrió. Por cosas como aquella quería a ese húngaro orgulloso de carácter endiablado y escasos modales. Puede que en ocasiones fuera ambicioso y egoísta o se encabzonara en cosas absurdas igual que todos, pero era de fiar y tenía un genio acre que lo hacía comportarse con más audacia que la mayoría de los hombres en situaciones similares. Noble, algo gallito y guapo hasta decir basta, pensó para sí, mientras trataba de fijarlo en la memoria tal como era en aquel momento, la camisa abierta, el semblante hosco, los puños cerrados dentro de los bolsillos, cagándose en el alemán y en la madre que lo parió.

—Tiran más un par de tetas que dos carretas —sentenció un paisano que no hablaba idiomas, pero que borracho y todo, entendió a la primera de qué iba aquel pleito de mastines.

El alemán metió las gafas en el vaso y se bebió el fondo de un trago, muy callado. Ojalá te den candela los nacionales y tengas que tragarte tus palabras, imbécil, es lo que debía de estar pensando, pero no dijo nada.

Sin embargo sería él quien tendría que tragárselas, una a una, muy poco tiempo después, el día 25, a escasos kilómetros, en Tardienta, cuando resultó herido de metralla en la pierna mientras su batallón intentaba volar un tren franquista cargado de municiones y una joven voluntaria inglesa, Felicia Browne, lo rescató de las vías. Lo arrastró a hombros veinticinco metros hasta conseguir ponerlo a salvo detrás de un terraplén, exponiendo su vida ante el fuego cruzado de los fascistas. Pero cuando se dio la vuelta para regresar junto a sus compañeros un legionario de Franco le reventó el esternón con una ráfaga de metralleta. Treinta y dos años. Pintora. Mujer. La primera víctima británica. Hay hombres que necesitan evidencias incontestables para caer de la burra. Otros no lo hacen nunca.

—Es mejor guardarse las agallas para cuando hagan falta —terció un campesino filósofo de unos cincuenta años que asistía a la discusión en segundo plano con un caliqueño colgado de la comisura de los labios—. Aquí todos estamos del mismo

lado de la barrera.

Tenía razón, pensó Capa. El incidente le sirvió para constatar algo que ya había aprendido en su primera visita al país. Cuando se trata con españoles las normas que rigen son claras y sin lugar a equívocos. Hay que dar tabaco a los hombres y dejar tranquilas a las mujeres.

¿Qué podía significar para una pareja joven de fotógrafos aquellos campos resecaos que transmitían una sensación de soledad sofocante, especialmente cuando los contemplaban bajo el cielo inmóvil a través del visor de la cámara? Probablemente no supieran todavía qué territorio estaban pisando, pero empezaban a sentir hacia él un afecto inspirado por la admiración hacia el orden austero de la gente, su rudo sentido del humor, la manera recia que tenían los pueblos de estar clavados en la tierra. Tanto Capa como Gerda querían encajar en aquel paisaje. Gradualmente se fueron despegando de sus orígenes como esos ríos que atraviesan a lo largo de su curso muchos países. Querían quitarse de encima la ropa de sus respectivas naciones. Esa fue la primera enseñanza que les aportó España. Sol y olivos. Las naciones no existen. Solo existen los pueblos.

Se paseaban al atardecer por la plaza, entre los viejos carteles de toros del año anterior que amarilleaban en las paredes. Fotografiaban a los milicianos escuchando al líder minero asturiano, Manuel Grossi, hablándoles desde el balcón del ayuntamiento. Se sentaban a beber de un botijo que alguien les ofrecía a la puerta de una casa, mientras sonaban siete campanadas en el reloj de la torre, cuyos espolones de cemento seguían en pie, pese a estar medio carcomidos por las esquirlas de mortero. Oían el tintineo lejano de los rebaños de cabras regresando en la tarde y pensaban que se hallaban en medio del desierto. El calor distorsionaba la lejanía con espejismos ondulados. Incluso el cuartel general del POUM parecía un campamento de beduinos, con los vientos de las tiendas bien amarrados. Hasta allí llegó una tarde la noticia del asesinato de Federico García Lorca en las cercanías de Granada. Ese era el rostro de la otra España, la que quemaba libros y gritaba «¡Abajo la Inteligencia!», «¡Viva la muerte!», la que odiaba el pensamiento y fusilaba al amanecer a su mejor poeta.

Gerda y Capa hablaban poco durante aquellas caminatas, como si cada cual necesitara reaccionar por su cuenta ante aquel territorio habitado por perros flacos y mujeres mayores, vestidas de negro, con los rostros cincelados por el cierzo, que tejían capazos de mimbre a la sombra de una higuera. Ella empezaba a descubrir que tal vez el verdadero rostro de la guerra no fuera solo el tributo de sangre y cuerpos desventrados que pronto iba a ver, sino la sabiduría amarga que habitaba en los ojos de aquellas mujeres, la soledad de un perro que vagaba por las eras, cojeando, con la pata de atrás rota por un balazo, el horror dentro de un cajón de carpintero conteniendo un bultito pequeño envuelto en tela de saco, como un kilo de arroz. Su

mirada de fotógrafa se estaba adiestrando e iba adquiriendo poco a poco un extraordinario poder de observación. Levantó con cautela el extremo de la tela por curiosidad y descubrió dentro el cuerpo sin vida de un bebé de pocos meses vestido con una camisita blanca de puntillas que sus padres se disponían a enterrar esa misma tarde. No dijo nada, pero se fue andando sola hasta un terraplén de las afueras, se sentó en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas y estuvo llorando mucho rato con las lágrimas goteándole en el pantalón, incapaz de parar, sin saber muy bien por qué lloraba, completamente sola, mirando el horizonte de aquellos campos amarillos. Acababa de aprender la primera lección importante de su vida como reportera. Ningún paisaje puede llegar a ser tan desolador como una historia humana. Ese iba a ser su sello como fotógrafa. Las instantáneas que su cámara captó aquellos días, no eran las imágenes de guerra que esperaban las revistas militantes como *Vu* o *Regards*, pero aquellos encuadres ligeramente inclinados, transmitían mucha mayor sensación de soledad y de tristeza que la guerra misma. El cielo bajo, los soldados moviéndose por la carretera, pequeñas humaredas a lo lejos.

Por la noche se sentaron en círculo en el centro del campamento alrededor del fuego. La cena consistía en conejo aderezado con pimientos verdes y garbanzos en una salsa oscura hecha con vino tinto. Estaba bien guisado, pero ella no quiso probar bocado. Tenía la cabeza en otras cosas. Por eso cuando Capa le propuso seguir camino hacia Madrid al día siguiente, sintió como si él hubiera cortado con un cuchillo las cuerdas invisibles que le impedían respirar.

—Vámonos —le dijo.

XIV

*Madrid corazón de España
late con pulso de fiebre;
si ayer la sangre le hervía
hoy con más furor le hierve...*

Los versos de Rafael Alberti sonaban a todas horas en Radio Madrid. La ciudad ya había sufrido dos bombardeos y aunque las tropas leales habían conseguido detener el avance de los fascistas por la sierra de Guadarrama, llegaban noticias cada vez más inquietantes sobre la aproximación de un gran contingente franquista por el sudoeste. La ciudad se preparaba para lo peor. Fue en la calle de San Bernardo, frente a las cocheras de los tranvías, donde Capa volvió a escuchar a un grupo de milicianos que levantaban una barricada el grito de Pétain en Verdún «*Ils ne passeront pas*», esta vez más alto y en español. NO PASARÁN. Las guerras también se van dejando en herencia frases que encadenan una sangre con otra. Ocurre así desde Troya. Lo propio de la guerra es el tiempo inverso. Pueblos pasados a cuchillo, mujeres violadas y rapadas al cero, casas ardiendo. Waterloo, Verdún, las hogueras de la Inquisición, los desastres de Goya, el dos de mayo...

La sensación de ciudad amenazada era mucho más evidente que lo que Gerda y Capa habían visto en Barcelona. En Madrid había que mantener las ventanas cerradas y se había reducido la potencia de los anuncios luminosos. Cuando sonaban las sirenas el fluido eléctrico quedaba interrumpido por completo. Sin embargo la capital creía en sí misma y seguía soñando a su manera. Eso era lo que fascinaba a Gerda. A los madrileños les gustaba el cine. Hacían cola para ver a Fred Astaire y Ginger Rogers, aunque luego de vuelta a casa tuvieran que tirarse al suelo del tranvía por si las balas atravesaban las ventanillas. Las muchachas se quedaban obnubiladas mirando a la pareja en el cartel de la película con un friso de rascacielos americanos iluminados detrás. Él, flaco de frac, ella, sonriente, con esa transparencia en los ojos de chica de servicio venida a más, un poco inocentona, crédula como todas, viéndolo girar a su alrededor como un ángel con alas. Después de la película, esas mismas muchachas soñadoras se iban a pegar tiros al frente de Guadarrama o a la Ciudad Universitaria. La mayor parte de la taquilla se destinaba a sostener los hospitales de sangre. El claqué era un modo de olvidar el martilleo de las ametralladoras que llegaba desde fuera. Mientras Capa conducía bastante perdido por la calle Quevedo, buscando la dirección del hotel Florida, Gerda sacó la cámara por la ventanilla. A la puerta del cine Proyecciones dos niños morenos con las rodillas sucias bailaban sobre el asfalto. Se habían puesto tachuelas en los tacones y en las puntas de los zapatos

para imitar a Fred Astaire. Una rama de acacia a modo de bastón, el sombrero de copa invisible. En medio del hambre y del miedo brotaba esa gracia elegante como el mundo desde otro lado del espejo. Clic.

Madrid era eso. Cielos de oro antes de la batalla. Obreros levantando una cúpula protectora de ladrillos alrededor de la Cibeles.

Estaban tumbados en la cama del hotel, completamente desnudos. Las rayas de luz filtrándose a través de la persiana. Los ojos clavados en el techo.

—¿Nunca piensas que algún día se puede acabar? —preguntó Gerda. Hablaba con cierta vaguedad con los brazos cruzados debajo de la cabeza.

—¿El qué? ¿Esto?

—Sí... No sé. —Se quedó callada como si estuviera dándole vueltas a una idea difícil de expresar—. Todo.

Era la clase de comentarios que a Capa le rompían la cabeza. No por lo que significaba, sino por lo que no comprendía de ella. Cuando decía esas cosas, sentía que solo su cuerpo estaba próximo. Se volvió a mirarla, así, tan flaca, con la clavícula sobresaliendo de la piel como una alita de pollo, las costillas alineadas igual que las cuadernas de un barco.

—Qué complicadas sois las mujeres —dijo deslizando la palma de la mano abierta por el estómago de ella que aún olía a semen.

—¿Por qué?

—No sé, Gerda, a veces pareces una niña y me gusta cuando te veo caminar por las calles con las manos en los bolsillos balanceando un poco las caderas sonriente...

—¿Solo te gustan mis caderas?

—No. También me gusta verte con medio cuerpo fuera de la ventanilla como esta tarde mientras le sacabas fotos a esos críos que bailaban en la calle. Y me gusta ese huequito que tienes entre los dientes —dijo abriéndole los labios con un dedo—. Toda tú me gustas hasta la pornografía. Y me encanta cuando te ríes a carcajadas con la cabeza echada hacia atrás. O cuando te pones a cocinar y no hay quien se coma lo que guisas.

—Tampoco lo hago tan mal —bromeó ella dándole con la almohada en la cara.

—Y me gustas muchísimo cuando te plantas en el despacho de Maria Eisner, muy seria y le sueltas: «Ese cabrón de Capa ha vuelto a largarse a la Costa Azul con una actriz. Maldita sea su estampa». —Imitaba su voz y sus gestos a la perfección.

Ahora los dos reían abiertamente. Las nubes negras habían pasado de largo. Capa se incorporó para coger un cigarrillo de la mesilla de noche.

—Y no me gustas nada, pero es que nada de nada, otras veces —dijo poniéndole un cigarrillo encendido en los labios.

—¿Qué veces?

—Pues cuando te pones a pensar en cosas raras de judía alemana o polaca, o lo que seas, así tan seria que hasta das miedo, con esa arruga que se te clava ahí, entre ceja y ceja y una cara larga que pareces Kierkegaard.

—¿Tan horrorosa? —se quejó ella.

—Más que horrorosa, un bicho feo de narices —dijo él tomándole la cabeza entre las manos e inclinándose sobre ella mientras notaba el sexo otra vez tenso y duro y le abría los muslos suavemente con los dedos para hundirse de nuevo en ella, con la respiración entrecortada, aprisionándola con los brazos, lamiéndole el mentón, el hueso saliente de la clavícula, las costillas, una a una—. Pero yo sé el secreto para volverte guapa otra vez, como la princesa de los cuentos —dijo bajando despacio hacia la hondura cóncava del estómago, el pubis rizado y cálido, latiendo como el corazón de una herida entre la sombra del vello. Le separó un poco más las piernas, acariciando sus tobillos, el interior suave de los muslos, dejándole en la piel un rastro de saliva y fue subiendo poco a poco, le apartó el vello cuidadosamente, con determinación y entonces hundió su boca ahí, despacio y hondo, igual que si la besara en la boca, retrocediendo solo para recobrar el aliento o quitarse un pelo de los labios, delicado y hosco con la cara mojada y mientras ella empujaba suavemente su cabeza hacia abajo, más allá del ofrecimiento o del pudor y todo volvió a comenzar de nuevo. La respiración entrecortada, el último sol en las rendijas de las persianas, la sensación de estar a punto de caerse de un momento a otro y mientras se aferraba a su espalda y se abandonaba a esa inconsciencia última del placer, pensó de pronto que efectivamente aquello no podía durar.

Pero no sintió pena ni miedo. Solo una extraña melancolía, como si a partir de aquel preciso momento no tuviera ya ninguna importancia morir.

Una habitación a oscuras. Un mapa topográfico. Una bolsa de viaje abierta. Dos cámaras sobre la mesita de noche y de vez en cuando el resplandor de una explosión en la sierra de Guadarrama.

Capa fumaba ahora un cigarrillo, asomado a la ventana, contraviniendo las ordenanzas. Madrid a ciegas, sin electricidad.

Dos meses después se acordaría de ese cigarrillo, cuando la guerra ya no era como ahora un resplandor anaranjado al anochecer, sino lluvia de hierro que arreciaba por todas partes. Balas, esquirlas y proyectiles rebotando en las paredes Fssiaaang, Fssiaaang... Avenida del quince y medio le llamaban los madrileños a la Gran Vía, con su humor acre y castizo, por el calibre habitual de los proyectiles. Entonces toda la ciudad era una gran trinchera llena de boquetes donde hasta el tabaco estaba racionado y solo se comían gachas y boniatos. Clac, clac, clac, clac... El claqué ligero y ágil de Fred Astaire se había convertido en un tableteo ensordecedor mezclado con el aullido de las sirenas mientras la gente bajaba apresuradamente las escaleras de los refugios subterráneos y los obuses estallaban en el mismo edificio de la Telefónica. Pero ahora todavía no. Ahora estaban desnudos en la ventana muy Pegados el uno al otro, mirando la noche. Gerda vio cómo Capa arrugaba el entrecejo mientras apuraba la última calada del cigarrillo. La sombra de la barba le daba una expresión cerrada de obstinación. Lo conocía lo suficiente como para adivinar sus pensamientos. Estaba preocupado porque todavía no había

conseguido una sola foto que valiera la pena.

—Tenemos que acercarnos más —dijo.

—De acuerdo.

—Solo nos quedan dos opciones. —Había desplegado el mapa ante ella, iluminándolo con una linterna—. Toledo o Córdoba.

En Toledo, el general sedicioso Moscardó se había encerrado en el castillo-fortaleza que dominaba la ciudad con un millar de soldados afines y sus familias, mujeres y niños. Además habían tomado más de cien rehenes entre los vecinos de izquierdas. Las fuerzas republicanas llevaban varias semanas sitiando el Alcázar, sin conseguir nada. Era un fuerte inexpugnable. Se decía que un grupo de dinamiteros asturianos, de las minas de carbón, estaban excavando dos túneles para depositar las cargas explosivas bajo uno de los muros y abrir así una brecha de entrada.

En Córdoba el gobierno republicano había lanzado una gran ofensiva para recuperar la ciudad en manos del general Varela. Todos los días las autoridades informaban de nuevos avances. La necesidad de una victoria hacía circular rumores falsos de que las tropas leales habían conseguido entrar en la ciudad. Gerda y Capa, después de evaluar la situación con detenimiento, llegaron a la conclusión de que los dinamiteros todavía debían de tener para largo en los túneles.

Eligieron Córdoba.

Capa no lo sabía, pero allí le esperaba la foto de su vida. Una imagen que lo haría famoso, que daría la vuelta al mundo en las portadas de las principales revistas, que se convertiría en un auténtico icono del siglo xx. Una fotografía que le hizo sentir un odio profundo, radical e instantáneo hacia su oficio y quizá también hacia sí mismo, por todo lo que a partir de aquel momento había dejado de ser: un chico húngaro criado en un barrio de Pest, que ya nunca volvería a tener veintidós años.

Quedaban todavía tres años largos de guerra en España y siete de prórroga en la conflagración mundial, y algunos más, de sus consecuencias: Palestina, Corea, Indochina... y otros tantos de hastío y desesperanza, apoyado en la ventana de cualquier hotel del mundo. Recordando.

Las guerras están llenas de gente que solo puede volver la vista atrás. Porque a veces la vida se tuerce tanto que uno se las apaña como puede con la vida.

Aquella noche el periodista Clemente Cimorra, corresponsal del diario madrileño *La Voz*, entró en el bar Chicote de la Gran Vía, cuyos grandes ventanales estaban protegidos por sacos terreros, con un auricular en un oído y el otro colgando bajo la barbilla. Siempre llevaba encima un transistor portátil americano, último modelo, que le había regalado un periodista del *Herald Tribune*. Lo hacía un poco por presunción y otro poco para estar a la última de las novedades del mundo. Era un aparato negro, con el dial de color verde fosforescente.

En medio de aquel decorado modernista del café, el público habitual estaba formado por milicianos, escritores, corresponsales extranjeros que alababan por todo el mundo los *cocktails* del Chicote, brigadistas internacionales, con sus cazadoras de

cuero, fumando cigarrillos rubios y algunas señoritas de compañía con collares de perlas falsas y el rostro maquillado a la antigua, con polvos de arroz. Todos se arremolinaron alrededor del veterano periodista, esperando ansiosos un veredicto.

—¡Jodidos gabachos! —Escupió.

La noticia del día era la negativa del gobierno francés a entregar armas a la República. De Gran Bretaña nadie esperaba nada, pero los franceses eran vecinos de puerta, un gobierno hermano del Frente Popular. En la memoria de todos estaban todavía las palabras que Dolores Ibárruri, una mujer vasca, crecida en las minas de Somorrostro, había pronunciado con voz honda de hija y esposa de mineros durante el último mitin comunista en el velódromo D'Hiver: «Tenéis que ayudar al pueblo español. Hoy somos nosotros, pero mañana os llegará vuestro turno. Necesitamos fusiles y cañones para derrotar al fascismo en vuestras mismas fronteras».

No quisieron escucharla.

XV

Caminos desiertos. Casas abandonadas. Puertas Y ventanas cerradas a cal y canto. Reses sueltas vagando sin rumbo por las calles. Un pueblo fantasma. La clase de lugar donde el sentido común le dice a cualquiera que debe parar el coche y dar media vuelta.

Habían salido de Madrid con la primera claridad del alba, bien provistos de carnés de prensa y los salvoconductos necesarios, con dirección al cuartel general republicano de Montoro, muy cerca de Córdoba, a casi tres jornadas de viaje. Desde allí continuaron hasta Cerro Muriano. Era un día con olor a melaza, con un sol tibio caldeando las paredes de las casas y la sangre de los geranios adornando los balcones. Uno de esos días en que la maquinaria de la guerra se para unos minutos antes de tomar de nuevo su impulso implacable. Gerda y Capa se pararon también a beber agua de la fuente y se sentaron en el peldaño de una puerta, aprovechando la tregua, preguntándose qué demonios había ocurrido allí para que no quedara nadie. No había signos de violencia por ningún lado, ni cosechas quemadas, ni cristales rotos, pero en la plaza del pueblo lo único que se oía eran las esquilas desnortadas de las cabras. Todos habían huido. Hombres mujeres Y niños. A pie sobre los lomos de los burros, en coche...

Pocas horas antes el general insurgente, Queipo de Llano, había jurado por la radio que sus hombres no tardarían en llegar al pueblo para cobrarse su derecho de pernada.

La gente cree que lo peor de la guerra son los cadáveres con las tripas al aire, los charcos de sangre y todo lo que se puede abarcar al primer golpe de vista, pero el horror a veces está en segundo plano, como la mirada perdida de una mujer que acaba de ser violada y se aleja cojeando sola entre las ruinas con la cabeza baja. Eso Gerda y Capa aún no lo sabían. Eran demasiado jóvenes. Aquel era su primer conflicto. Todavía pensaban que la guerra tenía un lado romántico.

A primera hora de la mañana los reporteros alemanes Hans Namuth y Georg Reisner que también suministraban material a Vu y Alliance Photo y el periodista suizo Franz Borkenau habían fotografiado el éxodo aterrorizado de los habitantes de Cerro Muriano, bajo un cielo cubierto de aviones franquistas mientras en la radio Queipo de Llano continuaba amenazando a las mujeres. Si algo le reventaba a Capa era llegar a los sitios después de que lo hubieran hecho otros. Pero en una guerra nunca está claro el antes ni el después.

Dejaron el coche en el pueblo y continuaron andando carretera arriba, siguiendo las indicaciones del mapa hacia el lugar donde les habían dicho que estaba acampada una milicia de la CNT. Por el camino sacaron fotos de los últimos aldeanos que se habían quedado rezagados. Rostros silenciosos, mujeres cargando a sus niños en brazos, ancianos con los ojos enrojecidos mirando siempre atrás. La mirada de la mujer de Lot antes de convertirse en estatua de sal. Gente que huye.

Capa observó a Gerda caminando en silencio por el lado opuesto de la carretera. Ella no miraba atrás. La cámara sobre el pecho, el pelo caído sobre la frente, corto, muy rubio, quemado por el sol, la camisa gris, las piernas delgadas enfundadas en unos pantalones de lona metidos por dentro de las botas militares, haciendo crujir la gravilla de la carretera. Vista de espaldas, tan ágil y menuda, parecía un niño-soldado. Capa la había visto detenerse al lado de la cuneta, mirando alrededor con la cautela de un cazador avisado, haciendo sus cálculos, preparando mentalmente la foto. A medida que se acercaban al frente, su paso se hacía más rápido, como si se esforzara por llegar a una cita. Él también hacía sus propios cálculos y según esas cuentas ella llevaba una semana de retraso desde que le había bajado la última regla.

Desde su aterrizaje forzoso en Barcelona, se mostraba más silenciosa, encerrada en sí misma, igual que si hubiera ocurrido algo o hubiese comprendido de repente esa característica prodigiosa que tienen algunos lugares para transformar a las personas por dentro. Leía constantemente todo lo relativo a la historia de España, su geografía, sus costumbres... Estaba descubriendo el país al mismo tiempo que se descubría a sí misma. Capa advertía el proceso de autoeducación de ella, la veía cambiar cada día, la barbilla voluntariosa los pómulos afilados los ojos más transparentes como las uvas con la luz de la vendimia, sigilosos, protegiendo algo dentro. Temía esas sutiles diferencias que ocurrían al margen de él, en el interior de su mirada. Pensaba que las mujeres tenían una capacidad de transformación infinitamente superior a la de los hombres y eso era en el fondo lo que más temía, que aquellos cambios pudieran acabar distanciándola de él. Ya no lo necesitaba, ni le pedía consejo como al principio. Hasta las fotos que hacía iban emancipándose de él, adquiriendo su propio enfoque. Se movía siempre en relación con las cosas, explorando sus límites, el perfil de una mandíbula, el corte en picado de un precipicio... Cada vez más autónoma, más dueña de sus actos. Fue entonces cuando Capa supo, con la certidumbre seca de una revelación, que no sería capaz de soportar la vida sin ella.

Llegaron a la loma de La Malagueña al mediodía. La milicia de la CNT había planeado lanzar en los próximos días una ofensiva sobre la ciudad de Córdoba, situada a unos trece kilómetros al sur. Sin embargo la desorganización era casi completa. No había cadena de mando. Los soldados parecían reclutas novatos con más coraje que adiestramiento militar. Un pequeño grupo de milicianos de Alcoy confraternizaba con los periodistas que habían ido a cubrir el ataque en un ambiente relajado, jugando a las cartas y bebiendo animadamente.

—Lo peor de la guerra es aguantar el tedio de la espera, muchacho —le dijo un periodista veterano al ver la decepción en su rostro. Era Clemente Cimorra, el corresponsal de *La Voz*, que ambos habían conocido en el Chicote, aunque ahora no llevaba su transistor colgado de la oreja. Pero no tuvieron que esperar mucho. A los pocos minutos se reanudaron los combates. Era la primera refriega que presenciaban a una distancia tan corta. El grupo estaba compuesto por algunos periodistas y cincuenta milicianos cuya misión era defender al regimiento de artillería de Murcia,

situado detrás de la primera línea de la columna de infantería alcoyana. Capa insistió para que Gerda no se quedase en la loma.

—Demasiado peligroso —dijo dando el asunto por zanjado.

—No me vengas con esas ahora —le repicó ella ofendida—. Ya lo hemos hablado muchas veces.

Se había puesto en pie mientras buscaba el encendedor en el bolsillo del pantalón. Se acercó a los labios un cigarrillo recio, sin filtro. Capa seguía mirándola con la misma dureza, sin dar su brazo a torcer.

—Ni hablar.

—¿Pero quién te has creído que eres? ¿Mi padre? ¿Mi hermano? ¿Mi niñera? ¿O qué? Ahora lo miraba de frente, desafiante, los ojos brillantes con ascuas de fuego.

—No quiero que te ocurra nada —dijo él en tono conciliador y después con aquella sonrisa suya de medio lado, entre irónica y cálida, añadió—: no es que me importe mucho, pero me jodería quedarme sin *manager*.

—Pues tendrás que acostumbrarte.

Sonó como la amenaza que era. Capa desvió la mirada. Era rápida en sus respuestas y no estaba hecha para dejarse tomar ventaja por nadie. Capa la observó minuto y medio sin abrir la boca. Resuelta firme desafiante capaz como nadie de sacarlo de sus casillas.

—De acuerdo —dijo—. Allá tú. —Quería a aquella judía flaca, obstinada, egoísta e insoportable. La quería hasta el tuétano de los huesos.

Echaron a andar detrás de la columna por la loma arriba, sobre los rastros de color ocre, salpicados de piedras y de árboles amputados por el reciente encarnizamiento de obuses ligeros. A lo lejos se perfilaba la cresta azulada de la sierra. Capa caminaba delante, deteniéndose a trechos para comprobar si ella podía apañárselas con los desniveles del terreno. Le dio la mano para ayudarla a subir a una roca, pero ella rehusó su ayuda.

—Puedo yo sola —dijo con un impulso típico de su carácter.

La veía por el rabillo del ojo, subiendo lo más empinado de la loma, sin abrir la boca. Ni una queja, ni un comentario, silenciosa, lanzando miradas alrededor entre foto y foto.

—Haz exactamente lo que yo haga. No te despegues de mí. Observa bien el terreno. Busca siempre algún talud donde protegerte. Hay que avanzar a saltos, por etapas. —Capa le daba instrucciones sin mirarla, como si hablara solo, en un tono áspero y acre, malhumorado—. Y nunca levantes la cámara al sol cuando haya aviones volando cerca, ¡coño!

«Cerro Muriano, 5 de septiembre de 1936. Dos muchachos muy jóvenes... casi dos críos», escribió Clemente Cimorra en su crónica del día, convirtiéndolos, sin que ellos lo supieran, en protagonistas de la jornada, «sin nada más en las manos que sus cámaras fotográficas, una Leica y una Rolleiflex. Espían los movimientos de un avión que aletea en vertical sobre sus cabezas. Él y ella, los dos muchachos que ahora

me acompañan consiguen sacar las fotos de la propia llama del suceso. Se arrastran por los sitios más batidos por las balas... Esto de la intrepidez periodística no es un mito, créanme. Es la bravura de la juventud generosa que busca el documento. Son de los nuestros. Gente de *gauche*...».

El ataque se interrumpió por la tarde, entre la una y las tres. Aprovecharon para reponer fuerzas en el campamento base. Se sentaron juntos. Capa no le quitaba la vista de encima a Gerda. Su pecho torneado bajo la camisa gris hizo que de pronto sintiera una fuerte presión en la ingle. Cada vez le pasaba eso con más frecuencia. Como si el riesgo avivara sus reflejos físicos al máximo, lo mismo para ponerse a salvo detrás de un talud, que para desear abrazarla bien fuerte, porque el día menos pensado podía estar muerto, como el reportero francés de *L'Humanité*, Mario Arriette, que había sido abatido en el frente de Aragón, pocos días después de que ellos abandonaran Leciñena. O tal vez sería ella la que estuviera muerta y entonces él no podría aguantarlo y se moriría también de desesperación y de angustia y de culpa y no se perdonaría el no haberle dado un guantazo bien dado cuando aún estaba a tiempo. Era lo que llevaba queriendo hacer durante todo el día. Plis, plas, una bofetada limpia y seca, nada más. Para que entrara en razón. Porque una cosa era cubrir la retaguardia de la guerra y él ahí nunca le había puesto ninguna pega. Pero otra, muy distinta era la primera línea de fuego, tirarse a campo abierto, arrastrarse de bruces por el suelo, para pasar debajo de los tiros, rebozados de tierra hasta las orejas, tratando de avanzar a duras penas hasta el próximo muro de piedra para intentar ver lo que había del otro lado. Pero allí estaba ella con cara de pocos amigos, la frente toda arañada y los pantalones sucios de tierra, más distante que nunca, llena de razón, con la arruga de Kierkegaard entre ceja y ceja, y lo único que se le ocurría a él era querer besarla hasta hacer desaparecer aquella línea de dureza en su rostro. No podía evitarlo. Ante ella era incapaz de mantener el rencor más que un breve instante. Deseaba apretarla bien fuerte entre sus brazos hasta que se olvidara de todas las palabras impertinentes que se habían dicho y de todas las que se podían llegar a decir, porque lo único que contaba a fin de cuentas era aquella necesidad física de contacto en víspera de la batalla. Calidez. Presión. Ternura. Paz. Pero ella parecía solo atenta a su comida. Galletas de cáñamo y queso fresco. Limpió la navaja con un pedazo de pan y volvió a guardársela en el bolsillo, sin pronunciar una palabra. Plomo en el horizonte.

Por la tarde cada uno se fue por su lado. Capa decidió quedarse con los milicianos de Alcoy en una trinchera cercana a la loma, pensando que quizá allí tendría más oportunidades de sacar la foto de acción que buscaba. Ella prefirió avanzar unos kilómetros con el resto de los periodistas por si se producía la anunciada avanzadilla de la artillería republicana contra las tropas del general Varela, acuartelado en Córdoba. Entre los periodistas extranjeros había un muchacho canadiense de diecinueve años, Ted Allan, con el que había hecho buenas migas, un chico tímido y patilargo, de ojos claros, que se parecía un poco a Gary Cooper en *Tres lanceros*

bengalíes.

Fue él quién oyó la primera ráfaga lejana en la loma de La Malagueña. Ta-ta-ta-ta-ta-ta... Seguida a continuación de un silencio hueco. Después otra ráfaga más corta ta-ta-ta-ta... y otro silencio. Estaban en el valle y el sonido llegaba amplificado por las colinas de alrededor.

—Es un fusil ametrallador Breda, italiano —dijo—. Y parece fuego cruzado.

Era joven pero había hecho el servicio militar en zapadores y sabía de lo que hablaba. Podía detectar la salida de los disparos a varios kilómetros de distancia por la duración del eco. Miró instintivamente el reloj. Las cinco de la tarde. Todos temieron que las tropas enemigas se hubieran infiltrado detrás de las líneas republicanas y dispararan contra ellos por detrás y por delante, atenazándolos con una pinza. La milicia de Alcoy solo estaba equipada con fusiles Mauser y ametralladoras ligeras.

Gerda notó una punzada en el estómago. Todo se congeló en su interior, como si la sangre y el corazón quedaran en suspenso. Sintió aquello antes de razonarlo, antes incluso de invocar mentalmente a su Dios: *Yahvéh, Siod, Elohim, Brausen...* Un resorte reflejo, sin intervención de la voluntad, igual que protegerse con los brazos ante un golpe. Se quedó quieta, mirando a un lado y a otro sin saber qué hacer. Pálida. Ofuscada. Tenía la boca seca y las manos heladas. Su primer impulso fue echar a correr en dirección a la loma. Pero el muchacho la sujetó fuerte por los hombros.

—Tranquila —le dijo—. No podemos cruzar campo a través. Para volver, tenemos que esperar a que oscurezca y dar la vuelta por el pueblo.

Gerda se apartó unos pasos hacia un roquedo. Se sentía mal. Notaba un nudo muy apretado en la boca del estómago, apoyó los brazos en la piedra y vomitó todo lo que había comido.

Poco a poco las ráfagas fueron espaciándose más. La espera. El silencio de los campos después del combate. El cielo oscuro. La silueta sombría de la sierra. Vio la primera estrella tumbada en la hierba, con la espalda pegada al suelo como cuando era niña Y se tranquilizó. A su alrededor todo estaba tan quieto como una pintura falsa. El muchacho seguía a su lado, callado. Un ángel de la guarda silencioso.

Llegaron al campamento de noche cerrada Y a doscientos metros Gerda ya reconoció la voz de Capa aunque su tono sonaba seco igual que un volcán apagado, y no podía entender bien lo que decía. Al parecer discutía con alguien.

—¿No querías una foto? Pues ya tienes tu jodida foto —le espetó con más ira que desprecio el capitán de la brigada en el momento en que Gerda, Ted y los demás llegaban a la explanada. Era un tipo fornido, de brazos recios, con la piel renegrida por la intemperie. Lo miraba con deliberada fijeza, como si quisiera grabar sus rasgos en la memoria o estuviera haciendo un esfuerzo por contenerse y no partirle la cara de un puñetazo.

Capa lo observaba evasivo, la nuca con un gesto que evidenciaba su desconcierto, como el boxeador que ignora la campana, noqueado, con recursos físicos apenas

suficientes para afrontar la situación con entereza. Sin duda había estado bebiendo. Apenas podía sostenerse en pie Y tenía una mirada extraña que Gerda nunca le había visto antes, entre abatido y hosco, como si hubiera cruzado una frontera sin retorno posible, la camisa desabrochada, por fuera del pantalón, el pelo revuelto. Gerda no lo había visto así ni siquiera cuando murió su padre.

—¿Pero qué es lo que ha ocurrido? —quiso saber.

—Pregúntaselo a él —respondió el capitán.

XVI

Un miliciano baja corriendo la ladera de una loma cubierta de rastrojos. La camisa blanca remangada por encima de los codos, la gorra de soldado echada hacia atrás, un fusil en la mano y tres cartucheras de cuero alcoyano en la bandolera. El sol de las cinco de la tarde proyecta su sombra alargada hacia atrás. Un pie ligeramente levantado del suelo. El pecho al aire. Los brazos en cruz. Cristo crucificado. Clic.

Más tarde en la penumbra roja de un cuarto oscuro en un laboratorio de París, fue emergiendo el rostro de ese hombre desde el fondo de la cubeta. Las cejas muy pobladas, las orejas grandes, la frente alta, el mentón echado hacia adelante. El miliciano desconocido.

La fotografía fue publicada por la revista *Vu* en el número especial de septiembre sobre la guerra civil española y al año siguiente en *Regards*, en *París-Soir* y en un especial de la revista *Life* con un pie de foto en el que se explicaba cómo la cámara de Robert Capa captaba a un soldado español en el momento preciso en que un proyectil le atravesaba la cabeza y caía abatido en el frente de Córdoba. La imagen causó sensación en todo el mundo por su visceral perfección. Cientos de lectores enviaron cartas conmocionadas a los periódicos. En los hogares europeos y norteamericanos de clase media nunca se había visto una imagen semejante.

Muerte de un miliciano tenía dentro todo el dramatismo del cuadro de los fusilamientos de Goya, toda la rabia que luego mostraría el *Guernica*, todo el misterio que ata el alma de los hombres por dentro y les obliga a pelear sabiendo por lo qué pelean. El peligro, la melancolía, la soledad infinita, los sueños rotos, el instante mismo de la muerte en un abandonado páramo español. Su fuerza, como todos los símbolos no radicaba solo en la imagen, sino en lo que esta tenía de representación.

¿Y quién podía ser imparcial ante la barbarie? ¿De qué manera pasar entre los muertos con los ojos cerrados y las botas limpias? ¿Cómo no tomar partido? Hay fotos que no están hechas para recordar, sino para comprender. Imágenes que se convierten en símbolos de una época aunque nadie sepa eso cuando las hace. Un tipo está tirado contra el talud de una trinchera, oye una ráfaga de ametralladora, levanta la cámara sin mirar siquiera. Lo demás es misterio. «La fotografía premiada nace en la imaginación de los editores y cobra relieve en la mirada del público que la ve», reconoció Capa ante los micrófonos de la radio WNBC de Nueva York casi diez años después, cuando ella estaba ya en la orilla negra del éter, y lo escuchaba a millones de años luz, asomada a un balcón de su estrella.

«En una ocasión yo hice también una foto que fue mucho más valorada que las demás. Y cuando la hice, desde luego, no sabía que era especial. Fue en España. Muy al principio de mi carrera como fotógrafo. Muy al principio de la guerra civil...».

La gente siempre quiso creer ciertas cosas sobre la naturaleza de la guerra. Ocurre así desde Troya. El heroísmo y la tragedia, la crueldad y el miedo, el coraje y la derrota. Todos los fotógrafos odian esas imágenes que los persiguen como fantasmas

durante toda su vida por el misterio y la adversidad escénica que encierran. Eddie Adams vivió siempre atormentado por la instantánea que sacó en 1968 a un general de la policía de Saigón en el preciso momento en que le está disparando un tiro a quemarropa en la sien a un prisionero del Viet Cong con las manos atadas a la espalda. La víctima contrae involuntariamente el gesto por el impacto justo un segundo antes de que el cuerpo empiece a caer. El fotógrafo Nick Ut, de Associated Press, nunca pudo olvidar la imagen de una niña vietnamita de nueve años quemada con napalm, corriendo desnuda por una carretera cerca de la aldea de Trang Bang. En 1994 Kevin Carter tomó en África la foto de una cría sudanesa desfallecida de hambre y acechada por dos buitres en un descampado, a menos de un kilómetro del puesto de reparto de comida de la ONU. Ganó el Pulitzer con esa foto y al mes siguiente se suicidó. Robert Capa jamás pudo superar la *Muerte de un miliciano*, la mejor fotografía de guerra de todos los tiempos. La foto que le cuarteó el alma.

Gerda estaba acurrucada de medio lado con la mejilla izquierda sobre la manta de lona, el brazo izquierdo flexionado debajo de la cabeza a modo de almohada, el rostro vuelto hacia Capa. Los ojos abiertos, clavados en él.

—Adivina qué hora es...

Era una manera como otra cualquiera de romper el hielo.

—No sé... ¿todavía es ayer? —Lo vio pasarse una mano por la cabeza, confuso, como si los efluvios del alcohol no se hubieran evaporado del todo de su mente o como si hablase en sueños.

Ella le tocó en el hombro. Mantenía los ojos abiertos para contemplar las chispas de electricidad de su pelo negrísimo en la oscuridad de la tienda.

—André... —dijo muy bajito.

El nombre le cogió por sorpresa. Hacía mucho que no le llamaba así. El tono tan cálido removi6 algo dentro de él. Inesperadamente se volvió frágil, igual que cuando de niño se sentaba en las escaleras de casa y acariciaba el lomo de un gato hasta que los gritos se iban aplacando poco a poco y volvía de puntillas a su cuarto, con el corazón encogido.

—¿Sí...?

—¿Qué fue lo que pasó?

—No quiero hablar de ello.

—Es mejor que lo hagas ahora, André. No es bueno quedárselo dentro ¿Pediste a los hombres que escenificaran un ataque?

—No. Estábamos haciendo el tonto, eso es todo. Tal vez me quejé de que todo estuviera demasiado tranquilo y no hubiera nada interesante que fotografiar. Algunos muchachos entonces empezaron a bajar corriendo la ladera y yo también me eché a correr con ellos. Subimos y bajamos la loma varias veces. Estábamos todos de buen humor. Nos reíamos. Dispararon al aire. Saqué varias fotografías. —Capa se quedó muy quieto, el gesto de la boca se le había crispado—. ... La puta foto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

Calló durante demasiados segundos para que la pausa fuera natural.

—Ocurrió que de repente todo era real. Teníamos una ametralladora franquista en la ladera de enfrente. Tal vez llamamos su atención con nuestras voces. Yo no oí los disparos... Al principio no los oí... —Miraba a Gerda con los ojos muy fijos, con lealtad y franqueza, pero al mismo tiempo a la defensiva.

Aquella mirada ella no la tenía codificada. Le dio un poco de miedo, o más bien, de aprensión. No sabía cómo interpretarla. Apartó los ojos.

—Ya es suficiente. No sigas si no quieres. —De pronto se había acordado de algo que también ella prefería olvidar—. No es necesario que me lo cuentes, de verdad. No me lo cuentes.

—Me has preguntado. Ahora tienes que escucharme. —En la voz de Capa no había recriminación ni ensañamiento, pero tampoco piedad.

—¿Dónde estabas tú?

—Un poco más adelante, a un lado, en el cerro que llaman de la Coja. La segunda ráfaga fue más corta. Uno de los muchachos salió para cubrir la retirada de los de más y la ametralladora abrió fuego. Yo levanté la cámara por encima de mi cabeza y también disparé. —Se quedó callado unos segundos, como si se estuviera esforzando en desmenuzar un pensamiento difícil de concretar—. Fotografiar a las personas es obligarlas de algún modo a afrontar cosas con las que no contaban. Las sacas de su camino, de sus planes, de su trayectoria normal. A veces también es obligarlas a morir.

—No fue culpa de nadie, André. Ocurrió. Eso es todo —dijo Gerda, y nada más decirlo, se quedó paralizada por la coincidencia. Eran exactamente las mismas frases que había empleado Georg en Leipzig, cuando sucedió lo del lago. Las mismas palabras dichas en voz baja. El libro de John Reed sobre el mantel de lino, el búcaro con tulipanes y la pistola. Nunca había hablado de eso con nadie más.

—Lo hice mecánicamente, sin pensar —continuó él—. Cuando lo vi en el suelo, creí que no estaba muerto. Pensé que estaba fingiendo. Era un juego. De repente se hizo un silencio. Todos me miraban a mí. Entre dos milicianos lo arrastraron como pudieron hasta la trinchera, uno de ellos también fue alcanzado cuando volvió a recoger su fusil. Fue entonces cuando comprendí lo que había sucedido. Los fascistas lo acribillaron. Pero yo lo maté.

—No fuiste tú, André —lo consoló ella, aunque en el fondo sabía tan bien como él, que de no haber estado allí con su cámara, aquello no habría ocurrido.

—No sé quién era realmente. Tengo el traqueteo de la ametralladora aquí clavado —dijo, señalándose la frente—. Ni siquiera sé su verdadero nombre, vino voluntario desde Alcoy con un hermano pequeño de la misma edad que Cornell. Apreté mecánicamente el disparador de la cámara y él cayó de espaldas, igual que si hubiera disparado un arma y le hubiera alcanzado en la cabeza. Causa y consecuencia.

—Es la guerra, André.

Capa se dio la vuelta hacia la pared. Gerda no podía verle la cara. Solo la espalda

y los brazos desnudos. Como si con esa posición quisiera poner una barrera entre ellos. Ahora él se hallaba al otro lado de un puente roto donde ella no podía alcanzarle. No estaba inmóvil ni dormido. Su espalda se agitaba en silencio. La sacudida de la noche en el cuerpo. Quienes lloran consumen más energía que con ningún otro acto. También ella tenía cosas en las que mejor no pensar. Aún no había amanecido. El cuerpo de él se recortaba sobre la lona oscura de la manta. Al principio Gerda vaciló ante la idea de poner una mano sobre su hombro, pero finalmente no lo hizo. Hay momentos en los que un hombre necesita valerse solo.

Se quedó en la otra orilla de la tienda, cubriéndole la espalda lo que quedaba de noche, pero sin rozarlo. Apaciguándolo cuando él se despertaba sobresaltado por una pesadilla, hasta que se fue calmando poco a poco mientras ella seguía a su lado, con los ojos abiertos hasta el alba, pensando también en sí misma, en la soledad que se mete en los huesos a veces como una enfermedad incurable, en las cosas que rompen la vida y no tienen remedio. No volvieron hablar sobre esa foto. Tampoco volvió a llamarlo nunca André.

XVII

A la mañana siguiente emprendieron el regreso hacia Madrid. Gerda abrió la ventanilla. Oía los chasquidos de los neumáticos sobre la tierra seca durante todo el camino. Le gustaba la sensación del aire en la cara. Por un momento le hacía olvidar la necesidad de darse una ducha.

Llegaron a Toledo al amanecer con los riñones doloridos por el traqueteo constante debido los baches. 18 de septiembre. Una luz blanquecina cubría los olivares y a lo lejos se veía recortada la silueta del Alcázar como una gran roca de albañilería ciega. Pararon a desayunar café y tostadas con aceite en una venta de carretera situada a menos de un kilómetro de la ciudad. Aprovecharon para estirar las piernas y fumar un cigarrillo. A Capa no le salían las palabras fácilmente. Se frotaba la mandíbula áspera por la barba de varios días, arrugaba la cara, fruncía el ceño para pensar y solo entonces soltaba algo, como si se forzara a sí mismo a desprenderse de sus pensamientos. Tampoco ella tenía buen aspecto. Le había venido la regla y notaba el estómago encogido con una puntada ardiente a la altura de las ingles. La camisa apelmazada por el polvo de varios días, el cabello desgredado, la piel reseca, preparando la cámara, desmontando las lentes para limpiarlas una a una, el gesto concentrado, las ojeras violáceas más acentuadas por la claridad del amanecer.

Por la tarde llegó un nutrido grupo de fotógrafos, periodistas, operadores de noticiarios y funcionarios del gobierno. Todos esperaron la voladura del muro occidental del Alcázar desde un olivar cercano. A las seis y media se oyó una explosión tremenda. Cinco toneladas de dinamita. La humareda negra cubrió el sol como en un eclipse. A los pocos minutos la fortaleza empezó a entrar en erupción como un volcán, pero sus defensores se agruparon en el lado contrario y resistieron el embate. Las mujeres y los niños estaban apiñados bajo una pared de roca viva, entre ellos un bebé recién nacido, Restituto Valero, hijo de un teniente del bando nacional. El niño del Alcázar. Muchos años después, años de luchas, presos y muertos, ese niño convertido ya en joven capitán de estado mayor, de la brigada de paracaidistas, se jugaría la piel y la carrera junto a otros nueve compañeros de armas, por defender la democracia frente a la dictadura de aquel general Franco que un día lo sacó en pañales del Alcázar. Las paradojas tienen muchas aristas y por alguna de ellas a veces asoma la vida con sus nervaduras de carne viva. Pero entonces no, entonces el llanto del crío se oía entre las explosiones haciendo estremecer el corazón de los milicianos dispuestos a tomar de cualquier modo la fortaleza. Cada vez que los milicianos asomaban entre los escombros del muro eran rápidamente rechazados por los insurgentes. Gerda y Capa los veían subir la colina empinada y caer casi inmediatamente alcanzados por las balas. Los heridos eran bajados en andas hasta el olivar, chorreando sangre. Los dejaban allí, boca arriba. Gerda se arrodilló en la cuneta, tomó foco. El muerto era un muchacho rubio, guapo, con un lunar en la frente. Pensó que en alguna parte, sin duda, habría alguien esperándolo, una mujer,

unos hijos quizá, los españoles se casaban pronto, unos chicos rubios y guapos como él que lo llamarían papá, sin saber que ya no era más que un trozo de carne inerte bajo los olivos plateados, a medio camino de ninguna parte, en la carretera vieja entre Toledo y Madrid. Le desató con cuidado el pañuelo que llevaba atado al cuello y espantó las moscas que revoloteaban por su cara.

No le gustaba tomar foco en cosas quietas, le daba aprensión. Pero era mejor mirar a los muertos a través del visor que hacerlo directamente. Resultaba más soportable. Mientras estaba agachada notaba en los tobillos el cosquilleo de la hierba. «No hay nada más solitario que un muerto», pensó mientras calculaba la profundidad de campo para la foto. Y era verdad. Recordó el libro de Job: ... *yacente en el camino, mientras otros en el suelo germinan*. Vaciló ante la idea de tocarlo, de cerrarle los ojos. Pero no lo hizo.

Días más tarde el ejército de Franco entró en Toledo y rescató el Alcázar, dejando para los fascistas el camino libre hacia Madrid. La moral de los combatientes republicanos cayó por los suelos.

Para entonces Gerda Y Capa se habían unido a la Brigada Internacional, integrada por comunistas alemanes y polacos de la centuria Thälmann con los que ya habían coincidido en Leciñena, en el frente de Aragón. El batallón se hallaba bajo el mando del escritor Mate Zalka, un húngaro muy apuesto con cazadora de piel, gran estratega, un tipo tenaz con un sentido del humor rudo y radical, más conocido como el general Lukacz. La brigada tenía que llegar al río Manzanares para unirse a otros regimientos que se dirigían también a Madrid ante el primer gran ataque importante de Franco a la capital.

Lo que no esperaban ninguno de los dos era encontrarse allí a Chim. Los tres habían salido de París al mismo tiempo, pero el polaco iba por libre. Le gustaba cazar solo. Estaba sentado sobre un pedrusco, revisando el equipo con la expresión concentrada de talmudista erudito, cuando los vio aparecer a lo lejos por el extremo de la carretera. Se subió el puente de las gafas con el índice como si necesitase ajustar bien la mirada. Tampoco él contaba con encontrarlos allí.

Hay abrazos que no necesitan palabras. Una palmada honda en la espalda en la que caben todas las cosas que no hace maldita falta decir. Un contacto estrecho, recio, de hombres rudos. El abrazo entre Capa y Chim era de esos. Sin embargo Gerda se colgó del cuello de su amigo, besándolo en la frente, en los ojos, sin dejar de repetir su nombre. Él se dejaba querer un poco avergonzado y bromeaba como si le molestase un poco tanta efusividad.

—Deja, deja, deja, anda... —decía apartándose con aquella timidez de judío ermitaño, pero en el fondo se sentía feliz.

Fue uno de esos momentos de extrema plenitud que hay a veces en medio de una guerra. Dos hombres y una mujer caminando por un sendero con árboles, las cámaras al hombro, la luz del atardecer, un cigarrillo... Entonces cada cual tenía ya el reloj puesto en su hora, que era la de morir y quizá los tres de algún modo lo sabían.

Hay imágenes que se quedan en suspenso en la memoria, esperando que el tiempo las coloque en su lugar, y aunque nadie lo sepa de antemano, siempre queda una punta de presentimiento, un presagio, algo que no se sabe muy bien qué es, pero que está ahí. Aquella sería la última imagen que recordaría David Seymour, Chim para los amigos, mucho tiempo después, ante un pelotón de fusilamiento formado por varios soldados egipcios. Fue el 10 de noviembre de 1956 en un cruce fronterizo al que había llegado en compañía de otro fotógrafo francés para hacer un reportaje sobre un intercambio de presos en el Canal de Suez cuando ya habían empezado a negociarse los acuerdos de paz. Morir siempre es un hecho trágico, más incomprensible aún si se hace en el tiempo de descuento, cuando la guerra ya ha terminado. De pronto todo se derrumbó a su alrededor con una descarga de fusilería y se vio en el suelo, vomitando sangre. Pero antes de cerrar los ojos por completo, volvió durante una décima de segundo a aquel punto blanco del recuerdo: Capa, Gerda y él, los tres muy jóvenes regresando juntos por un sendero de tierra. Sonriendo.

Nadie elige sus recuerdos y Chim tampoco podía saber que aquel encuentro iba a ser lo último que él olvidaría. La 12.^a Brigada iba abriéndose paso con dificultad entre la maleza a través de una tierra de nadie. Las explosiones sacudían los árboles.

Lo único bueno del combate a corta distancia era que cualquier angustia metafísica desaparecía ante el fuego de las armas ligeras. Kierkegaard, y Nietzsche y Schopenhauer se iban directamente a tomar por el saco. La filosofía se situaba al nivel de los genitales y entonces todo el problema residía en salvar el pellejo, llegar a un muro, alcanzar lo más pronto posible una cresta, una iglesia, una casa en ruinas... y si volvían a sonar las ametralladoras, tirarse al suelo hasta incrustarse en él para poder pasar debajo de las balas, aprovechar los desniveles del terreno, un bache, un hueco en el suelo, un embudo de mina, un charco, un lodazal donde chapalearse con el fango hasta las orejas como búfalos, tratando de avanzar. Era una sensación contradictoria, pero extrañamente adictiva por la brutal descarga de adrenalina, como sacarse los músculos fuera del cuerpo y tensarlos bien tensados en una cuerda. Transformar la convicción en acción. Reavivar los instintos dormidos. Afinar la puntería. Un vértigo parecido al que deben de sentir los atletas antes de la carrera. Reflejos. Fuerza. Concentración. Todos los corresponsales de guerra lo han sentido alguna vez, como los guerreros de Troya, aunque la guerra cantada por Homero fue hecha por hombres que jamás soñaron ser protagonistas de *La Ilíada*. No es que le estuvieran cogiendo gusto a aquello, es que nunca se habían sentido más vivos. El síndrome de Aquiles. Gerda, Capa y Chim empezaban a experimentarlo sin saber muy bien qué les estaba pasando. Era su primer conflicto.

El camino lleno de escombros, un burro despanzurrado en la cuneta, Chim se adelantó unos pasos y preparó mentalmente la fotografía. Lukacz hablando y gesticulando mucho con las manos, Bob a su lado con la cámara al hombro, discutiendo, con cara de pocos amigos. Gerda dos pasos más atrás fumando y riendo

bajito. Clic.

Compartían la misma actitud ante el peligro, una especie de reto. Algo difícil de explicar que quizá tenía que ver con el coraje y la pasión de los veinte años, con la manera de devorar una botella de vino y un plato de arroz antes de subir al frente, con las ganas de amarse en cualquier esquina, con la rabia y la lealtad, y las ideas. Y con la vida. O una cierta manera de vivirla.

Estaban convencidos de que en España se jugaba el futuro de Europa y se habían comprometido por entero, tomando partido, abandonando la distancia profesional, peleando cada cual como podía, con las armas que tenía más a mano, cada vez más implicados. Mitad reporteros, mitad combatientes. La cámara en una mano y la pistola en la otra.

Capa se sentía a sus anchas con Lukacz conversando todo el día en húngaro, salvo las palabrotas que prefería decir en español. Ella sin embargo no hablaba mucho. Le gustaba escuchar. Lo hacía siempre con mucha atención, la cabeza un poco inclinada, el aire cómplice, sin perder detalle, la mirada atenta, marcando la distancia obligada para convivir con hombres. Chim ponía el sentido común, un criterio fundado de juicio culto y serio, demasiado flaco tal vez para aquella clase de vida, pero tan poco adulator, tan cauto, tan fiable como un marinero viejo.

Los tres aprendieron mucho con el general. Conocer el calibre de los proyectiles, distinguir un tiro de entrada de otro de salida, prepararse la retirada antes de entrar en una zona de riesgo, avanzar a ciegas en la neblina, con el agua a la cintura como fantasmas, mirando las ondas que se diluyen conforme avanzan, las manos en alto, sosteniendo las cámaras o los fusiles, adiestrando al máximo el oído para orientarse y no ir a dar por error a las líneas enemigas. Pero cuando por fin llegaron a la divisoria del río se encontraron las trincheras desiertas. No había nadie de los suyos esperándolos allí. Estaban solos.

Madrid a lo lejos era una liebre blanca a merced de las jaurías de perros de caza.

XVIII

LA CAPITAL CRUCIFICADA. *Regards* anunciaba en portada el reportaje fotográfico de Capa. Gerda se echó una chaqueta gruesa de lana por los hombros y se sentó al lado de Ruth en el sofá del apartamento, como en los viejos tiempos, las dos solas. Al otro lado de la ventana el día era gris con esa punta de niebla que a veces cubre de tristeza los tejados de París. Su amiga era la roca madre a la que todos regresaban tarde o temprano después de la batalla. Capa, Chim, ella... Ruth Cerf escuchaba a unos y a otros con esa actitud entregada que solo poseen las personas muy maternales, los ojos atentos, la frente comprensiva, con la insistencia protectora que tenían antes las mujeres, cuando abrochaban bien el abrigo y enrollaban las bufandas de sus hijos en las mañanas glaciales. La revista estaba abierta encima de una mesita moruna con la imagen de un bombardeo aéreo al lado de una bandeja con dos tazas de té y un platito de galletas bretonas. Gerda miró aquellos rostros de mujeres del barrio obrero de Vallecas, captados apenas unos minutos después de que hubieran regresado a sus casas y se encontraran sus hogares ardiendo y a los vecinos sepultados bajo los escombros. Una calle empinada con árboles esqueléticos y dos milicianos compartiendo el mismo fusil, esperando el momento oportuno para disparar al enemigo. Una madre joven refugiada con tres chiquillos en un andén de la estación del metro. Campos grises y establos ardiendo al otro lado de la carretera. Varios brigadistas caminando en fila, un paso tras otro con el macuto a la espalda y la cabeza baja, mirando las huellas que iban dejando en la tierra mojada, concentrados, como guerreros antes el combate. El primer plano de una miliciana casi adolescente, agachada, apuntando con un Mauser desde una barricada en la Facultad de Medicina. Gerda pasaba de un plano a otro y regresaba mentalmente a Madrid, al pozo de recuerdos en el que no había cesado de sumergirse desde su regreso. La vida parisina le parecía insoportablemente rutinaria después de la intensidad que había conocido en España.

Bebió un sorbo corto de té y la añoranza le abrasó los labios. Lo echaba de menos. Recordaba la Gran Vía los últimos días de septiembre, antes de su viaje de vuelta, con los obuses lloviendo día y noche y el cielo traspasado por los reflectores entrecruzándose en ángulos giratorios, sobre las fachadas de los edificios: los tejados del Madrid de los Austrias; la Telefónica, donde estaba la oficina de prensa del gobierno y desde donde muchas veces había tenido que enviar alguna crónica por conferencia, agachada mientras los proyectiles pasaban por encima de su cabeza; la calle Alcalá; los altos ventanales del Círculo de Bellas Artes. Intersecciones azules, juegos geométricos en el techo de la habitación del hotel donde ahora la llevaban los recuerdos.

—Tenemos que bajar al refugio —había dicho ella al oír crecer el zumbido de los motores, seguido del traqueteo seco y apretado del fuego de la defensa antiaérea, el día en que los fascistas lanzaron el segundo ataque mortífero sobre la ciudad.

Estaban en el hotel Florida. Acababan de regresar de la Casa de Campo, al oeste de la ciudad, donde los republicanos se habían atrincherado y construido barricadas con colchones, puertas y hasta maletas sacadas de las consignas de la estación del Norte. Tenían buenas imágenes. Capa comprobaba el material, al trasluz de la lámpara, marcando las mejores imágenes de sus negativos con una cruz, el ojo pegado a la lupa del cuentahílos. Gerda sintió una ternura incontrolable mientras lo observaba desde el quicio de la puerta. Parecía al mismo tiempo un crío entretenido con su juguete favorito y un hombre hecho y derecho comprometido por entero en una tarea extremadamente dura, misteriosa y precisa en la que acaso le iba la vida.

Lo besó de improviso cuando se dio la vuelta y él mantuvo los brazos abiertos unos segundos, mas sorprendido que indeciso antes de empujarla suavemente hacia la cama al mismo tiempo que se desabrochaba el cinturón y ella notaba la presión de su miembro endurecido en el vientre. Abrió las piernas, aprisionándolo dentro, mientras besaba su cuello y su barbilla áspera sin afeitar, con un sabor a sudor acre y masculino.

—Deberíamos bajar —volvió a decir balbuceante, sin convicción, mientras las sirenas aullaban afuera y él se adentraba, firme, serio, sin dejar de mirarla como si quisiera fijarla para siempre en la cámara oscura de su memoria tal como era en aquel momento, el ceño un poco fruncido, la boca ávida, entreabierta, moviendo un poco la cabeza hacia los lados, como siempre que estaba a punto de correrse y entonces la sujetó fuerte por las caderas y entró hasta el fondo, despacio, clavándola bien adentro, para vaciarse lenta y largamente, hasta que también a él le llegó el gemido y dejó caer la cabeza de golpe contra el hombro de ella. Las luces de los reflectores girando azules en el techo. Ella le había enseñado a manifestarse así, ruidosamente. Le gustaba oírlo expresar su placer con ese sonido casi animal, pero él era reacio a hacerlo, por intimidad o por pudor, por timidez de hombre. Nunca había gritado en el orgasmo de ese modo como aquel día con el vuelo ensordecedor de los aviones pasando cerca y los estampidos en serie de la defensa antiaérea retumbando al otro lado de la calle. Se quedaron un rato tendidos en silencio en medio de aquella penumbra azulada que giraba en círculos sobre el techo, mientras Gerda le acariciaba la espalda y Madrid respiraba por sus heridas y él la miraba en silencio como desde otra orilla con aquellos ojos de gitano guapo.

Dejó la taza sobre la bandeja con la mirada todavía ensoñada.

—Voy a volver a España —le dijo a Ruth.

Capa llevaba en Madrid desde noviembre. Había conseguido un nuevo encargo gracias al éxito de sus reportajes, especialmente por *Muerte de un miliciano*. Todos los editores franceses habían descubierto hacía tiempo que el famoso Robert Capa no era otro que el húngaro André Friedmann, pero sus imágenes habían mejorado mucho y se arriesgaba tanto para conseguirlas, que aceptaron su juego. Se sentían obligados a pagar sus tarifas. El nombre de guerra había devorado por completo al muchacho desarrapado y un poco ingenuo, criado en un barrio obrero de Pest. Ahora era Capa,

Robert, Bobby, Bob... Ya no necesitaba ningún disfraz, el mundo periodístico lo había aceptado así y él por su parte había asumido el papel, creyéndose el personaje a pies juntillas y siéndole fiel hasta las últimas consecuencias. Creía en sí mismo y en su trabajo más que nunca. Pensaba que sus fotografías podían conseguir la intervención de las potencias occidentales en apoyo del gobierno republicano, había renunciado a la pretendida imparcialidad periodística, metido hasta las cejas en aquella guerra que acabaría por romperle la vida.

En sus cartas le contaba a Gerda cómo los madrileños se jugaban la piel delante de los tanques, atacándolos con cargas de dinamita y botellas de gasolina que encendían con la punta de sus cigarrillos porque escaseaban las cerillas. Respondían al fuego de las modernas ametralladoras alemanas con viejos fusiles Mauser. David contra Goliat. La caída de la ciudad parecía inevitable, sin embargo Madrid resistía los embates con un coraje que adquiría tintes míticos en los reportajes de *Regards*, *Vu*, *Zürcher Illustrierte*, *Life*, el semanario británico *Weekly Illustrated* y los principales periódicos del mundo con tiradas de cientos de miles de ejemplares. La guerra española estaba siendo el primer conflicto retransmitido y fotografiado día a día. «Una causa sin imágenes, no es solo una causa olvidada. Es también una causa perdida», le escribiría a Gerda en una carta fechada el 18 de noviembre, el mismo día en que Hitler y Mussolini habían reconocido a Franco como jefe de Estado.

Estaba orgullosa de él, claro que lo estaba. Al fin y al cabo la invención de Robert Capa había sido idea suya. Pero le creaba cierta desazón el hecho de que muchas de las mejores fotos que ella había realizado en España, aparecieran publicadas sin su firma, atribuidas a él. Tal vez se había equivocado o quizá había llegado el momento de replantearse su relación profesional bajo otros presupuestos más equitativos. El sello «Capa & Taro» no sonaba mal.

Pero la guerra era territorio de hombres. Las mujeres no contaban.

«No soy nada, no soy nadie», recordaba que le había dicho él una vez a la orilla del Sena, cuando su primer reportaje sobre el Sarre apareció publicado sin su firma. Le parecía que habían pasado mil años desde entonces y ahora era ella la que se sentía ninguneada. No existía. A veces se miraba en el espejo del baño, observando con detenimiento y extrañeza cada arruga nueva, como si temiera que el tiempo, la vida o ella misma acabaran por destruir lo que quedaba de sus ilusiones. Una mujer en el ángulo ciego.

—¿Estás bien? —le había preguntado él horas después de aquella alarma antiaérea en la habitación del hotel Florida, en medio de la penumbra rayada del alba. Ella se incorporó violentamente. Se había despertado sudando, con el pelo húmedo, desmadejado sobre la frente y el corazón galopándole en el pecho como un caballo desbocado.

—Ha sido una pesadilla —consiguió decir, cuando al fin recuperó el ritmo de la respiración.

—Joder, Gerda, parece que hayas salido de la cueva del moro. —De golpe parecía

que tuviera diez años más, la cara afilada, las ojeras violáceas, la mirada envejecida —. ¿Te traigo un vaso de agua?

—Sí.

No sabía de qué cueva del sueño había salido, pero desde luego era muy oscura y profunda. Le costaba recuperarse. Capa le trajo el vaso, pero ni siquiera fue capaz de sostenerlo. Tenía las manos temblorosas, como si de pronto hubiera perdido el escudo protector del amor. Él se lo acercó solícito hacia la boca para que pudiera tragar el agua del grifo, pero parte del contenido le goteó por la barbilla, mojándole la camiseta y el embozo de la sábana. Si todo lo que había aprendido no quedaba inscrito en ninguna parte ¿de qué habría valido su vida? Volvió a tumbarse, pero fue incapaz de recobrar el sueño, mirando cómo la luz del alba iba filtrándose poco a poco en el techo del dormitorio, pensando que la muerte debía de ser muy parecida a la negrura de aquella pesadilla. Una frontera cercana a la no existencia.

Las cartas de él desde el frente la sumían en un estado de ánimo contradictorio cuando le contaba pormenorizadamente los combates cuerpo a cuerpo en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria. Por un lado temía por su vida y por otro, envidiaba profundamente las sensaciones que él describía y ella conocía de sobra: estar tumbado contra el talud de una trinchera jurando en arameo contra los hijos de puta de los fascistas y la madre que los parió, el escalofriante silencio de después de los obuses, un silencio que no se parecía a ningún otro, el cercano olor de la tierra, esa certidumbre física de que solo importa el presente y luego, a menos de doscientos metros de la línea de frente, en los bares de la Gran Vía aquellos deliciosos cafés con nata, servidos en vaso largo, de tubo. Repostería para después de la batalla. Ya estaba envenenada por el virus de la guerra y no lo sabía.

No cesaba de tararear las canciones que había aprendido en España. *Madrid qué bien resistes / Madrid qué bien resistes / Madrid qué bien resistes...* / *Mamita mía, los bombardeos / los bombardeos...* Las cantaba en la ducha, mientras cocinaba, cuando se asomaba a la ventana y París se le quedaba pequeño, porque el único mundo que le importaba, empezaba al otro lado de los Pirineos. Al fin había encontrado una tierra firme que no le huía bajo sus pies. Por mucho menos que eso, otros se llamaban a sí mismos españoles.

Ruth la conocía bien, sabía que Gerda no estaba hecha para esperar tranquilamente como Penélope el regreso de su hombre, haciendo y deshaciendo el tapiz de los recuerdos. La escuchaba resignada, como una madre o una hermana mayor, enarcando las cejas, la melena recogida en una onda con una horquilla, a un lado de la frente, la bata cruzada sobre el pecho, interrumpiéndola solo lo necesario para intercalar algún consejo destinado a caer en saco roto de antemano. La veía fumar con aquella sonrisa aparentemente desprovista de intenciones y sabía que su decisión ya estaba tomada. La contratase Alliance Photo o no, con credenciales o sin ellas, se iba a España.

Siempre había sido así. Tomar el primer tren, decidir deprisa. O aquí o allá. O

blanco o negro. Elegir.

—No, Ruth —respondió ella saliendo al paso del comentario que su amiga acababa de expresar en voz alta—. En realidad nunca pude elegir. No elegí lo que ocurrió en Leipzig, no elegí venir a París, no elegí abandonar a mi familia, a mis hermanos, no elegí enamorarme. Ni siquiera elegí hacer fotos. No elegí nada. Vino lo que vino y le hice frente como pude. —Se había puesto de pie y jugaba con una cuenta de ámbar pasándola de una mano a otra—. El guión me lo escribieron otros. Tengo la sensación de haber vivido siempre a la sombra de alguien, primero Georg, después Bob... Ya va siendo hora de que tome las riendas de mi vida. No quiero ser propiedad de nadie. Puede que no sea tan buena fotógrafa como él, pero tengo mi propia manera de hacer las cosas y cuando tomo foco y calculo la distancia y aprieto el disparador sé que es mi mirada la que estoy defendiendo, y nadie en el mundo, ni él, ni Chim, ni Fred Stein, ni Henri, ni nadie, podrá nunca fotografiar lo que yo veo como a mí me nace hacerlo.

—Hablas como si estuvieras un poco resentida con él. Gerda hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros, incómoda. Era verdad que se sentía traicionada cuando no aparecía su nombre en las fotos. El éxito de Capa la había relegado a un segundo plano. Pero no le resultaba fácil expresar la sensación que se había apoderado de ella durante las últimas semanas. Cuanto más enamorada estaba, más aumentaba el trecho que lo separaba de él. Empezaba a necesitar cierta distancia, que él le dejara el espacio que a su juicio le correspondía. La independencia profesional era la puerta de su amor propio. ¿Cómo amar y pelear al mismo tiempo contra lo que se ama?

—No estoy resentida —dijo—. Solo un poco cansada.

A pesar de que renegaba de sus creencias, no podía evitar ser judía. En su manera de concebir el mundo había una línea tangible que se remontaba a sus antepasados. Se había criado con las viejas historias del Antiguo Testamento. Abraham, Isaac, Sara, Jacob... Del mismo modo que amaba las tradiciones familiares, habría detestado morir sin un nombre.

XIX

Nunca había visto los cafés tan llenos. Ni siquiera en París. Había que aguardar un buen rato de pie hasta encontrar asiento. Los tranvías pasaban abarrotados hasta los topes. Desde que el gobierno de la República se había trasladado a Valencia, muchos corresponsales habían sido evacuados a la ciudad con la población civil que huía de los bombardeos de Madrid. La carretera hasta el puerto de Contreras estaba guardada por los hombres de la columna del Rosal. Ojos negros, andar campesino, patillas de hacha, pañolones de colores vivos y pistola al cinto. Anarquistas de los de verdad. Españoles de una casta muy brava. Ayudaban a las mujeres con los críos, los cargaban a pares sobre sus espaldas, pero para los hombres que habían abandonado las barricadas no tenían piedad. Los miraban coléricos, con el desprecio del toro hacia la oveja mansa. Fulgor puro. No les perdonaban que huyeran dejando la capital abandonada a su suerte. A muchos les obligaban a volver atrás. Sin embargo a los niños que venían hambrientos y enfermos, con sus saquitos al hombro, les mostraban sonrientes, ya de noche, desde lo alto, las luces de la ciudad.

—Alegra esa cara, chavalote —decían—. Ahí sí que vas a hartarte de comer arroz.

Valencia, cuajada de luces, brillante, tendida frente al mar. Un sueño.

Gerda acababa de llegar. Miró hacia un lado y hacia otro sin encontrar una sola mesa libre. El café Ideal Room, con sus grandes ventanales abiertos a la calle de la Paz, era el preferido por los corresponsales de guerra. Estaba siempre lleno de periodistas, diplomáticos, escritores, espías y brigadistas de todos los puntos cardinales que se arremolinaban bajo sus ventiladores de aspas, con sus cazadoras de cuero, los cigarrillos rubios y las canciones del mundo.

Hubo un revuelo entre las mesas al ver entrar a una mujer sola. La boina calada y un revólver a la cintura.

—Gerda, ¿pero que haces tú aquí? —Oyó que le decía en alemán un tipo alto que se acababa de poner en pie al fondo del local.

Era Alfred Kantorowicz, un viejo amigo de París. Habían compartido muchas horas en las tertulias del Capoulade, un tipo alto y bien parecido, con gafas redondas de intelectual. Fue él quien había conseguido poner en marcha la Asociación de Escritores Alemanes en el Exilio, junto a Walter Benjamin y Gustav Regler. Gerda había asistido con Chim, Ruth y Capa a muchas de aquellas reuniones en las que leían poemas y representaban pequeñas piezas teatrales. Ahora Kantorowicz era comisario político de la 13.^a Brigada.

Se sentó a su lado en la mesa y se presentó ante los demás brigadistas, como enviada especial de *Ce Soir*.

—Una publicación nueva —explicó con humildad.

La revista todavía no había sacado su primer número a los quioscos, pero todos habían oído hablar de ella porque estaba en la órbita del Partido Comunista y la

dirigía Louis Aragon.

La atmósfera cosmopolita se notaba en el humo: Gauloises Bleues, Gitanes, Ideales, caliqueños, Pall-Mall y hasta cigarrillos Camel y Lucky Strike. Aquella tribu formaba un mapa como los afluentes de un río venido de muy lejos. Franceses, alemanes, húngaros, ingleses, americanos... Entonces no importaban las fronteras. En España se quitaron la ropa de sus países para cambiarlas por el mono azul o la camisa verde olivo. Borrar las naciones. Esa fue la enseñanza de la guerra. Para ellos España era el símbolo de todos los países porque representaba la idea misma de un universo escarnecido. Había obreros metalúrgicos, médicos, estudiantes, linotipistas, poetas, científicos como el biólogo Haldane, flemático y sentencioso con una cazadora de aviador comprada en una tienda de Picadilly Circus. Gerda se sintió como en casa. Eligió un Gauloises Bleues entre todos los cigarrillos que le ofrecían y dejó que el humo le entrara en los pulmones como cada una de las palabras y de las sensaciones que recorrían su cuerpo.

—¿Y Capa? —preguntó extrañado al cabo de un rato el alemán. Estaba acostumbrado a verlos siempre juntos.

Gerda se encogió de hombros. Un silencio largo. Kantorowicz no le quitaba la vista del triángulo tibio del escote.

—No soy su niñera —respondió muy digna.

Valencia era cortés, generosa y aromática. La cara más amable de la guerra por aquellos días. Todos estaban de paso hacia alguna parte y apuraban la espera lo mejor que podían. A primera hora cruzaban la plaza de Castelar con sus grandes agujeros redondos que daban aire y luz al mercado subterráneo de las flores para dirigirse al hotel Victoria, donde se alojaba el gobierno de la República, por si había alguna noticia de última hora. Los corresponsales acostumbraban a comer en el hotel Londres, sobre todo los jueves que había paella. El *maître* de frac, se acercaba compungido a las mesas del comedor y decía:

—Dispensen el servicio y la cocina... Desde que lo dirige el Comité esto ya no es lo que era.

Los valencianos eran gente amable, pegada a la vida, un poco gritona siempre con algún chiste subido de tono en la recámara. A Gerda, que ya se manejaba más o menos bien con el idioma, le costaba entender lo que decían, pero enseguida aprendió a intercalar el *che* en su vocabulario y la gente la adoptaba instintivamente. Hay personas que se hacen querer sin pretenderlo. Se trata de algo innato igual que el modo de reírse como quien comparte una broma en voz baja. Gerda era de esas. Tenía una facilidad extrema para los idiomas. Interpretaba cada acento con la soltura de un músico que improvisa nuevas melodías. Decía palabrotas con una gracia elegante que seducía a cualquiera. Escuchaba con la cabeza un poco inclinada, el aire cómplice, como un chico travieso. No era una mujer especialmente bonita para el canon femenino, pero la guerra le había aportado una belleza distinta, de superviviente. Demasiado flaca y angulosa, con unas cejas altas e irónicas, vestida siempre con un

mono azul o camisa militar, con un encanto que tentaba a todo el mundo. La ausencia de Capa abrió la veda para sus pretendientes y ella empezó a descubrir el placer de ser cortejada. Los camareros le reservaban la mejor mesa. Los hombres establecían en su presencia una rivalidad sorda, competían por invitarla a una copa, por ofrecerle una primicia, por hacerla reír o llevarla a bailar a algunos de los salones de la calle Trinquete de Caballeros.

EL BAILE ES LA ANTESALA DEL PROSTÍBULO: CERRÉMOSLO, rezaba en la puerta un cartel rojinegro, avalado por las siglas de la FAI.

—El dueño de esto no será anarquista —comentó Gerda cuando alguien le tradujo la consigna.

Vaya que si lo es. Anarquista y de los duros, uno de los fundadores de la Federación Anarquista Ibérica.

—¿Y cómo tiene abierto el local entonces?

—Bueno... como la prohibición emana del gobierno, es su manera de demostrar que a él nadie le da órdenes. Ya sabes: ni Dios, ni amo.

¡Los anarquistas! Tan suyos, tan leales, tan humanos. Españoles hasta el hueso del calcañal. Gerda sonrió para sus adentros.

Otras veces bajaban en grupo a la playa de la Malvarrosa a comer camarones y a mirar los barcos. Lo que más le gustaba a ella era eso. Sentarse en la arena y ver cómo los pescadores del Grao sacaban los veleros del agua con bueyes. Obligaban a avanzar a los bueyes mar adentro hasta las corvas, entonces le uncían los cables de los barcos al yugo de la testuz y los remolcaban hasta la arena. Varias parejas de bueyes arrastrando un barquito de vela fuera del mar, con una hilera de olas luminosas que iban a romperse en la arena. Se quedaba mucho rato sola, fumando y mirando lejos mientras el salitre le refrescaba la piel y los recuerdos.

No todo era tiempo libre. Tenía que sacar adelante sus reportajes. Ahora era periodista gráfica por cuenta propia. Todas sus imágenes llevaban el sello «Photo Taro». Nunca se había sentido tan dueña de sus actos. Se acuclilló bajo un arco del claustro, en el Instituto Luis Vives, las rodillas juntas, las pupilas contraídas como puntas de alfiler. Ante ella se alineaba una columna en formación del ejército popular. Tomó foco en primer plano, perspectiva en fuga. Clic. Como contrapunto a las fotografías de guerra, le gustaba retratar imágenes de la vida cotidiana, una pareja merendando horchata en Santa Catalina, el concurso de bandas de los pueblos bajo un díptico con los retratos de Machado y García Lorca, muchachas haciendo cursillos de instrucción en la plaza de toros. Valencia le llegó muy adentro. La ciudad era abierta, sensual y hospitalaria. Para todos los refugiados que venían hambrientos del frente representaba el paraíso de la abundancia, la tierra prometida, con el escaparate de Barrachina siempre repleto de víveres. Pero el frente se aproximaba cada día más y desde los balcones de la plaza de Castelar empezaban a verse otras cosas: la llegada de los malagueños que huían de los fusilamientos masivos. Gente con las alpargatas en carne viva y el rostro roto por el espanto.

No se lo pensó. La acreditación que tenía solo era válida para Valencia, así que se presentó con su cámara y sus bártulos al hombro en la oficina de propaganda de la Junta de Defensa para obtener un permiso y poder cubrir el éxodo de los miles de refugiados que iban llegando desde la costa oriental de Andalucía. No era fácil conseguir un pase. Las autoridades estudiaban cada petición con lupa para evitar que algunos se aprovecharan de la situación. En ciertos círculos bohemios europeos se había puesto de moda una especie de turismo de guerra. Gente que buscaba sensaciones fuertes y que pretendía sacarse de encima el tedio de su vida anodina, instalándose a costa de la oficina de prensa en los mejores hoteles de Valencia o Barcelona, igual que si estuvieran en los toros, para ver desde la barrera cómo se mataban los españoles. Eso las autoridades republicanas no lo podían consentir. Así que la mayoría de los corresponsales tenían que esperar para obtener su autorización y plaza en un coche mientras mascullaban sus puros, escribían a máquina compulsivamente y reclamaban en idiomas extranjeros conferencias que nunca llegaban.

Gerda sin embargo consiguió el salvoconducto en menos de diez minutos, ratificado además, con un sello de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Sabía buscarse la vida. Tenía don de gentes, facilidad para entenderse en cinco idiomas, una sonrisa imbatible y una tozudez a prueba de burocracia.

Durante días estuvo viendo pasar refugiados por la carretera de la costa. Primero carros tirados por mulos, luego mujeres y ancianos cargados con hatillos, seguidos de niños sucios y asustados, después gente desesperada, descalza, exhausta, con la mirada ida de a los que ya les da igual ir para adelante que para atrás. Una auténtica riada humana. Ciento cincuenta mil personas que habían dejado su casa y toda su vida, huyendo aterrorizados primero hacia Almería y después hacia Valencia, en busca del refugio republicano más próximo, sin saber que lo peor les esperaba en el camino. El infierno. Tanques franquistas persiguiéndolos por tierra con saña de tiro al blanco. Aviones italianos y alemanes bombardeándolos desde el aire y en los tramos próximos a la costa, las cañoneras arreciando desde el mar. Aquello era una ratonera. A un lado, los acantilados, al otro, una pared de roca viva. No había escapatoria. Las madres les vendaban los ojos a los niños para que no vieran los cadáveres que iban quedando en las cunetas. Doscientos kilómetros a pie sin nada que comer. De vez en cuando se oía un ronroneo de motores y pasaban camiones de milicianos con la lona verde desteñida, sobrecargados hasta los topes, desvencijados, cubiertos de polvo, tristísimos. Los padres les suplicaban de rodillas que les dejaran subir a los críos, aún sabiendo que si los subían, tenían muy pocas probabilidades de volver a encontrarlos. La peor epopeya de la guerra. Muchos refugiados estaban en estado de *shock*. Otros sufrían colapsos de agotamiento mientras los aviones volvían a la carga, tejiendo desde el aire una intrincada tela de araña. Nadie intentaba protegerse. Ya les daba igual.

Gerda no sabía hacia dónde mirar. Aquello era el fin del mundo. Vio a una mujer

muy alta, transportando un saco de harina a lomo de un caballo blanco y apretó el disparador como una autómatas. Creyó que estaba delirando. Nadie enterraba a los muertos y tampoco había fuerzas para recoger a los heridos.

Al anocheecer oyó un rumor confuso. Vibraciones, crujidos, topetazos, unos faros enderezándose en la oscuridad, a la salida de una curva. Se dirigió hacia la luz como si no quedara más mundo alrededor. Era la unidad móvil de un hospital de campaña. Un hombre con la bata blanca llena de sangre, como el mandil de un matarife, enrollaba una venda alrededor de la cabeza de un anciano. El doctor canadiense, Norman Bethune, parecía un resucitado. Flaco, sin afeitar, con las pupilas enrojecidas. Llevaba tres días enteros sin dormir haciendo transfusiones de sangre y recogiendo a niños del camino.

Gerda nunca había pensado que la tristeza estuviera tan próxima al odio. Subió la mecha del candil con lo que aumentó el diámetro de luz a su alrededor, se echó la manta por los hombros y empezó a caminar hacia la ambulancia. Oyó los quejidos de los enfermos, la voz de una madre hablándole muy bajito a su hijo. La tabla trasera del camión era usada como mesa de operaciones. Si se corta una vena en la oscuridad, en cualquier momento después del anocheecer, la sangre se vuelve negra como el petróleo. Lo peor era el olor. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por estar con Capa. Él sabría qué decirle exactamente para serenarla. Tenía el don de hacer sonreír a los demás en los peores momentos.

Estuvo un rato absorta, hasta consumir el cigarrillo, recordando el tacto de sus manos ásperas y seguras, los ojos leales, de spaniel, el gesto de soplarle en el cuello después del amor, su humor autodespreciativo, capaz también de soltar una impertinencia que la pusiera furiosa y de arreglarlo luego otra vez con aquella mirada que lo borraba todo. Tierno, ocurrente, egoísta. «El jodido húngaro de los cojones», pensó de nuevo y casi lo dijo en voz alta para sofocar el sollozo que le subía a la boca. Caminaba sola por la cuneta entre muertos apilados unos sobre otros, pálida, con la mirada perdida.

Creyó que se moriría si no veía pronto un rostro conocido y entonces oyó un chasquido como la opalina de una vela al apagarse, alguien acababa de romper con la uña una ampolla de morfina. Antes de que se diera la vuelta lo reconoció por la espalda. Las piernas largas, los brazos remangados, metidos en la caja de un botiquín, el aire de Gary Cooper.

—Ted —dijo.

El muchacho se volvió. No habían vuelto a verse desde Cerro Muriano. Su ángel de la guarda de diecinueve años había envejecido. Caminó hacia él despacio, apoyó la frente en su pecho y por primera vez desde que estaba en España, se echó a llorar sin importarle que la vieran. En silencio, sin soltar palabra, incapaz de contener las lágrimas, mientras Ted Allan le acariciaba la cabeza despacio, también callado y confuso. La mano derecha entre su pelo rubio y la tela de la camisa. Ese contacto físico era el único consuelo posible en medio de aquel río humano. Parecía que las

lágrimas no le salieran del pecho, sino de la garganta, impidiéndole respirar. Estuvo así mucho rato, llorando a lágrima viva después de siete meses de guerra de aguantar aquello sin venirse abajo.

El infierno.

XX

«Tengo veinticinco años y sé que esta guerra es el fin de una parte de mi vida, el fin tal vez de mi juventud. A veces me parece que con ella terminará también la juventud del mundo. La guerra de España nos ha hecho algo a todos. Ya no somos los mismos. El tiempo en el que vivimos está tan lleno de cambios que es difícil reconocerse en cómo éramos todos nosotros hace apenas dos años. No puedo ni imaginar lo que queda por venir...». Estaba arrebujada en una manta, con el cuaderno rojo apoyado en las rodillas y la última luz desvaneciéndose en el horizonte. Esa era la hora del día que más le gustaba. Si hubiera sido escritora habría elegido ese momento para empezar sus novelas, entre el día y la noche, un territorio exclusivamente suyo para dejar errar sus pensamientos. Ningún amante podría traspasar jamás esa frontera. Desde aquel altozano veía las partes bombardeadas a lo largo del declive formado por los tejados, las hectáreas de huerta destruida junto a la granja. Contemplaba el lugar martirizado en que se encontraba, en España. Apoyó de nuevo el plumín sobre la superficie blanca del papel y continuó escribiendo. «Durante los últimos meses he recorrido esta tierra de un lado a otro, empapándome de sus enseñanzas. He visto gentes inmoladas y quebrantadas, mujeres enteras, hombres con visiones extrañas y trágicas y hombres con sentido del humor. Es tan misterioso este país, tan suyo, tan nuestro. Lo he visto endulzarse y desmoronarse bajo cada bombardeo, y levantarse de nuevo cada mañana con las cicatrices frescas. Aún no estoy del todo harta de mirar, pero llegaré a estarlo. Eso lo sé».

El hospital de campaña ocupaba parte de la explanada, tendido en la oscuridad, para no llamar la atención de la aviación enemiga. Muchos refugiados dormían envueltos en mantas bajo las lonas de los camiones. Los niños se apiñaban sobre montones de sacos con los pies vendados. El gobierno intentaba evacuar desde Almería a todos aquellos que pudieran aguantar el viaje en autobús, tren o barco, pero la situación se había desbordado.

Capa llegó el 14 de febrero cuando lo peor ya había pasado. Había volado en avioneta desde Toulouse a Valencia. Muchos de sus colegas continuaban en la ciudad a la espera de un pase. La Oficina de Prensa no daba abasto para atender todas las peticiones, con las mesas repletas de máquinas de escribir y pilas desordenadas de papel carbón y cuartillas sucias. Así que ante la dificultad de conseguir otro medio de transporte, decidió contratar un taxi por su cuenta, tomar la carretera de Sollana pegada a los arrozales y seguir después por la ribera baja del Júcar hacia Andalucía. No sabía hasta qué punto la guerra espoleaba sus sentimientos. Aparte del chofer, estaba a solas con su propio personaje dispuesto a serle fiel hasta las últimas consecuencias, en esa especie de limbo en que la vida es la leyenda que uno se forja. La Leica al hombro, la vista clavada en la aguja del cuentakilómetros. Al llegar vio a Gerda a contraluz extendiendo una sábana a clareo en la hierba mientras Ted Allan preparaba tiras de calamina para vendas en una cubeta.

—No sabía que te habías hecho enfermera —dijo con un puntito de acritud en el tono. La sonrisa de medio lado, entre suave y cauta. Estaba dolido con ella aunque no tenía ninguna razón demasiado concreta para estarlo y eso todavía lo indisponía más.

—Llegas demasiado tarde —respondió ella con un sutil cruce de espadas, sin especificar si se refería a cubrir el éxodo de los refugiados andaluces o al resto de su vida.

Capa no podía aguantar ese doble lenguaje cuando ella se atrincheraba tras la muralla de su orgullo. Con el uniforme de miliciana, la cara pálida y aquella altivez de guerrera medieval, su belleza resplandecía hasta un punto que le resultaba del todo insoportable. La miró, esperando que dijera algo más. Pero no había más que decir. De momento.

El hielo fue templándose en los dos días siguientes a pesar del frío con la franca camaradería canadiense de Ted y Norman. Desde que los proyectiles incendiarios habían empezado a caer en la ciudad, decidieron trasladarse con los camiones y las tiendas a una antigua alquería de las afueras. El edificio estaba algo ruinoso. Faltaban peldaños en las escaleras y la barandilla estaba descolgada. Algunas habitaciones del ala este se hallaban destechadas, como pajareras. Se abría una puerta, y aparecía el paisaje, pero la cocina había sobrevivido intacta. Allí es donde el doctor Bethune preparaba sus mezclas de citrato de sodio para conservar la sangre con la que realizaba las transfusiones. A Capa le gustaba bromear con los niños, les hacía teatrillo de sombras en las paredes, moviendo los dedos con un pañuelo blanco. Gerda lo veía hacer el payaso y sonreía.

La segunda noche se quitó las botas y entró en su tienda, agachada, a cuatro patas, sin más preámbulos y apenas sintió su mano rozándole la piel, supo que iba a ocurrir exactamente lo que deseaba que ocurriera. El sabor masculino de los labios, su boca susurrándole palabras dulces y obscenas, muy abajo, entre sus piernas, moviéndose despacio, seguro, prolongando hasta el límite cada caricia, volviéndola loca hasta hacerla claudicar de todos sus principios. Miró hacia arriba en el último momento, hacia el techo de la tienda, buscando algún lugar donde agarrarse, pero no encontró ningún asidero. Se sintió más vulnerable que nunca. Ser libre, defender la propia independencia, no pertenecer a nadie, enamorarse hasta no poder soportarlo. Qué complicado era todo.

Ya se lo había dicho la Camila, una gitana adivina y dinamitera, medio sorda, con espaldas recias que había llegado desde Cádiz.

—Niña, cuesta más trabajo querer a un hombre que volar un tren.

Sabía lo que decía. Había volado unos cuantos. Tendría unos cincuenta años, falda negra y cabello oscuro muy tirante, peinado con la raya al medio y recogido atrás en un moño con una peineta dorada. Una mujer dura como una mula, con manos de granito. Ataba a los chiquillos con cuerdas a la cintura y cuando estos se quejaban, exhaustos, y decían que no podían seguir caminando, los golpeaba con un extremo de la cuerda, como a las cabras, para obligarlos a continuar. Pero luego, cuando se daba

cuenta de que de veras no podían andar más, se los cargaba a la espalda por pares y subía así las montañas con ellos a cuestras, haciendo todos los viajes arriba y abajo que fueran necesarios. Capa la provocaba constantemente con alguna broma cuando la veía beber vino de la bota sin respirar, como un peón caminero. Se entendía bien con ella a pesar de la sordera y de que hablaba un andaluz cerradísimo. El alma gitana.

Gerda había extendido la mano ante ella como si fuera un juego. La mujer se la abrió y le pasó el pulgar por la palma con mucho cuidado. La retuvo así un rato entre las suyas y se la volvió a cerrar, sin decir nada. Tomaban café alrededor de una fogata. Ella y Capa se iban a la mañana siguiente muy temprano y querían despedirse. Habían decidido continuar hacia el puente de Arganda, donde se estaban librando violentos combates.

—¿Qué es lo que has visto, Camila? —preguntó Capa con el cigarrillo colgado en la comisura del labio.

—Muy templada, tu chica, húngaro, pero cuídate de sus mordiscos. —Capa todavía lucía en el cuello las señales recientes de la última batalla amorosa, un moratón oscuro de color berenjena justo debajo de la oreja izquierda.

—Ha debido de ser un vampiro —bromeó él, imitando con los brazos el vuelo de un murciélago—; una vampiresa probablemente, y de las más peligrosas. *Tadarida Teniotis*.

—Será una buena esposa si consigues meterla en vereda.

—¡Por los cojones! —soltó Gerda en perfecto español. Todos rieron su salida. Resultaba divertido oírla escupir palabrotas de arriero con aquella gracia extranjera tan elegante. Despojaba cualquier interjección canallesca de su sentido original para convertirla en puro desafío. Era como ver a una gata de angora cazando ratones con artes de animal callejero.

—¿Y que hay del futuro? —Quiso saber Ted, que ya había tenido ocasión de conocer la precisión de la gitana con sus buenaventuras. Estaba sentado junto a Gerda, entre curioso y tímido con las rodillas flexionadas y la cabeza baja. Siempre se ruborizaba en presencia de ella, pero adoraba a Capa como a un hermano mayor. Un día de nieblas tristes no muy lejano en París, los dos muy borrachos, se ampararían mutuamente, dándose alcohol y conversación, mientras aguardaban el amanecer más crudo de sus vidas. El canadiense era franco y leal. Se hubiera dejado matar antes de traicionar a ninguno de los dos. La guerra le estaba desgarrando por dentro el delicado tapiz de sus afectos. Su pregunta era valorativa, una pregunta de ángel de la guarda que tal vez había previsto o intuido muchas de las cosas que estaban a punto de suceder—. ¿No vas a aventurarnos nada?

—Nada.

—Puede decir lo que sea —la animó Gerda respetuosa, siempre la trataba de usted—. No creo en esas cosas.

—¿Y en qué cosas crees entonces, niña?

—En mis ideas.

—Las ideas, las ideas... —repitió la Camila para sí como si rezara.

—Nos has dejado intrigados —protestó Capa guiñándole un ojo a la gitana. Pensaba que lo que se estaba callando era sin duda algún lance del corazón.

—Sí —insistió Gerda—, dígame lo que leyó en mi mano. Me gustaría saberlo.

—Nada —repitió ella agriamente, con expresión severa, moviendo la cabeza hacia los lados mientras se levantaba para irse—. No he visto nada, chiquilla.

Salieron con el alba naciente de un día nublado, entre lechadas de cal sobre los charcos, bajo un cielo de tonalidades indecisas que despedía la misma tristeza que esos cuartos de hotel difuminados por el humo del tabaco de ayer, a los que uno sabe que nunca va a regresar.

El paisaje habría sido apacible de no ser por los baches y los constantes topetazos. Durante todo el camino hacia el oeste se fueron encontrando largas hileras de camiones militares cargando bultos bajo sus lonas desgastadas, viejos Packards y carros de combate. A medida que se iban acercando al frente del Jarama, aumentaba el trasiego. A un lado y a otro de la carretera de grava se veían negras columnas de humo suspendidas entre el cielo y la tierra. Los sublevados estaban intentando cortar la carretera Madrid-Valencia para dejar a la capital sin su principal vía de abastecimiento. Pero los republicanos habían conseguido salvar la ruta defendiendo con uñas y dientes el puente de Arganda. Gerda y Capa llegaron al anochecer al cuartel general que habían establecido las Brigadas Internacionales en Morata de Tajuña, un llano rodeado de trigales que no tardarían en ser segados por la metralla. Pero a aquella hora el campamento se hallaba tranquilo.

Hay voces que sacuden los árboles igual que una descarga de fusilería. La voz que oyeron Gerda y Capa la noche de su llegada era de esas. *Ol'Man river / That ol'Man River...* Más de doscientos hombres estaban sentados a lo sioux, formando un círculo cerrado, casi ceremonial.

—Carajo, con el negro... —exclamó Capa francamente conmovido—. Era Paul Robeson, un gigante de New Jersey de casi dos metros con un pecho ancho y combado de jugador de rugby que le daba a su vozarrón una resonancia de tubo de órgano. Se hallaba erguido de pie en medio del llano, rodeado de un público de sombras que estalló en una ovación cerrada cuando aquel nieto de esclavos remató la faena con un re bemol grave que se elevó por encima de todas las fronteras.

Cientos de rostros tensos, quietos, traspasados por la emoción escuchaban con el aliento contenido aquel espiritual negro venido de los campos de algodón a orillas del Mississippi. Gerda sintió que aquella música le llegaba a las entrañas sin quebrarle los huesos igual que los salmos. Había algo profundamente bíblico en ese canto solitario. La oscuridad, el olor de los campos, la reunión de gente venida de todas partes. Todos muy jóvenes, casi niños, como Pati Edney, inglesa de dieciocho años,

enamorándose subida al estribo de una ambulancia en el frente de Aragón o John Cornford un muchacho de veintiún años, con cazadora de aviador y sonrisa de crío que fumaba sin parar cigarrillos sin filtro y que hubiera sido un excelente poeta si una bala no le hubiera reventado los pulmones en la sierra de Córdoba. Gerda y Capa habían coincidido con algunos en Leciñena y con otros en Madrid, cuando los fascistas llegaron a la orilla del Manzanares y se integraron en la brigada del general Lucakz. Gerda recordaba perfectamente el rostro del escritor Gustav Regler izado en camilla por dos milicianos, entre los escombros de un bombardeo; un muchacho albanés muy alto emborrachándose con Capa después de los combates de la Casa de Campo porque se había enamorado hasta los huesos de una mujer casada, mucho mayor que él; el americano Ben Leider con gafas de aviador, posando con toda su escuadrilla delante de un Policarpov I-15, con el que defendió Madrid hasta que su aparato fue derribado. Cada vez que algún caza biplano salía de misión saludaba desde el aire su tumba en el cementerio civil de Colmenar de Oreja; Frida Knight, que echaba miguitas de pan a las palomas en la Plaza de Santa Ana y se ponía furiosa cuando las espantaban los obuses de los fascistas; Ludwig Ren con el hombro izquierdo punteado de cicatrices rosas de fusil ametrallador; Simone Weil, mirando desconcertada a través de sus lentes de intelectual la crueldad de la contienda; Charles Donnelly escribiendo poemas en el llano de Morata a la luz de un candil, con un lápiz de carpintero en la oreja; Alec McDade ingenioso y flemático, haciendo reír a todos con su típico humor *british*, comiéndose una lata de atún sentado en la acera mientras las bombas de la aviación franquista peinaban las cornisas de la Gran Vía. Americanos de la Brigada Lincoln, búlgaros y yugoslavos de la Dimitrov, polacos de la Dombrowski, alemanes de la Brigada Thälmann y de la Edgar André, franceses de la Marseillaise, cubanos, rusos... Gerda esperaba ver por allí a Georg. Sabía por su última carta que llevaba tres meses luchando en España, pero el azar no quiso tender sus puentes para que se encontraran.

—Me gusta la música negra —dijo Gerda.

El canto les había enardecido con su carga de emoción colectiva, de puños alzados a la altura de la sien, «¡Salud!». «¡Salud!»...

Iban caminando hacia la tienda. La llanura se aclaraba alrededor de los dos conforme los ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, las tiendas de lona levemente onduladas por la brisa de los trigales, la noche apisonada y fría, purificando los sonidos, los olores, mientras el murmullo del campamento se iba apagando como cubierto por una campana de cristal. Los dos caminando de la mano, una clase especial de compenetración, casi geológica, nocturna. Capa pensó que aquella tierra era tan hermosa que uno podría morir en ella.

—Si te ofreciera mi vida, la rechazarías ¿verdad? —dijo. No era una queja ni un reproche.

Ella no contestó.

Capa jamás había querido tanto a nadie y eso le hacía ser consciente de su propia

mortalidad. Cuanto más aumentaba la independencia de ella, cuanto más inalcanzable se mostraba ante él, más aumentaba su necesidad de tenerla. Por primera vez en su vida se volvió posesivo. Detestaba su autosuficiencia, cuando ella elegía dormir sola. Entonces no conseguía apartarla de su cabeza, pensaba obsesivamente en cada milímetro de su piel, en su voz, en las cosas que decía hasta cuando discutía por cualquier tontería, la forma cómo entraba a gatas en su tienda y se apretaba contra su cuerpo, con el ceño un poco fruncido como una santa o una virgen andaluza.

Se giró hacia ella y le tocó la muñeca con suavidad.

—Cásate conmigo.

Gerda se volvió a mirarlo cuando escuchó sus palabras. No era desconcierto. Estaba solo un poco conmovida. Meses antes hubiera aceptado feliz.

Lo miró con fijeza y ternura, uno frente al otro, reprimiendo el consuelo de una caricia, como si estuviera en deuda con él o le debiera una explicación. Sentía la impotencia de todo cuanto no le era posible decir, buscando alguna palabra que pudiera salvarla. Recordó un viejo proverbio polaco. «Si a una alondra le cortas las alas, será tuya. Pero entonces no podrá volar. Y lo que tú amas es su vuelo». Prefirió no decir nada. Bajó los ojos, para que al menos su piedad no lo humillase, se soltó de él y siguió caminando sola hacia la tienda, notando bajo sus pisadas la poderosa densidad de la tierra, con una pena honda que le rompía el alma por dentro, pensando que iba a serle muy difícil querer a nadie como quería a aquel húngaro que la miraba resignado, como si leyera sus pensamientos, con aquella sonrisa medio triste, medio irónica, sabiendo que ese había sido siempre el pacto entre ellos. Aquí, allá, en ninguna parte...

XXI

El viejo caserón aún resistía en pie después de varios meses de asedio. Estaba situado en el número 7 de la calle Marqués del Duero y había sido expropiado a los herederos del marqués Heredia Spínola para convertirse en sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. El edificio crujía por todas sus costuras, era feo, demasiado solemne, decorado con muebles fúnebres y gruesos cortinones de terciopelo, pero albergaba dentro toda la vida de una ciudad oculta. Los salones de la Alianza eran un jubileo continuo de actores, periodistas, artistas, escritores tanto españoles como extranjeros, sobre todo poetas como Rafael Alberti, que era su secretario. Entre el invierno y la primavera fueron pasando por allí Pablo Neruda, que seguía siendo cónsul de Chile en Madrid, César Vallejo, peruano de verso libre, Cernuda, elegante con el pelo siempre recién peinado y el bigote recortado, León Felipe, que llevaba cada día el recuento del número de muertos que causaban los bombardeos aéreos, Miguel Hernández, el poeta pastor de Orihuela, con la cara renegrida por los soles de la guerra cuando regresaba del frente, el cráneo rapado y los andares campesinos, sin levantar apenas los pies del suelo.

Gerda pasó en silencio ante los murales del siglo XVIII que decoraban los pasillos medio en penumbra. Cuando llegó a su alcoba en el segundo piso, abrió la puerta del armario de nogal y descubrió colgados de la varilla una colección de trajes de época que habían pertenecido a varias generaciones de grandes de España: levitas austeras, encajes de baile, uniformes de almirante de paño azul y botones dorados, rasos desteñidos, muselinas con olor a alcanfor.

—¡Es fantástico! —le dijo a Capa con los ojos agrandados, como una niña.

Entre cuatro o cinco, concertados repentinamente en la misma idea, empezaron a sacar aquellas reliquias polvorientas, haciéndolas resbalar sobre el pasamanos de caoba encerada con un revuelo de polillas. Poco después, el gran salón de los espejos se había convertido en un teatro improvisado, todo el mundo disfrazado, interpretando el papel que le había tocado representar. Capa vestido de académico con levita y camisa de encaje, Gerda contoneando las caderas bajo un vestido rojo de volantes y una mantilla española, Alberti enrollado en una sábana blanca, con una escarola en la cabeza transformada en corona de laurel, el fotógrafo Walter Reuter fumando en pipa con una casaca de teniente de coraceros, el cartelista José Renau vestido de obispo con las velludas piernas asomando debajo del amaranto, Rafael Dieste actuando de maestro de ceremonias, dirigiendo todo aquel cotarro. La alarma antiaérea de cada noche los sorprendió jugando como críos, armados de cascanueces tirándose bolas de papel, entregados a un alboroto de batalla infantil. Estaban rodeados de muerte por todas partes. Era su manera de defenderse de la guerra.

Toda la ciudad era una gran trinchera, llena de calles cortadas por las barricadas y de cráteres provocados por las bombas. Por Alcalá, Goya, la calle Mayor o la Gran

Vía no se podía transitar; en las de orientación norte-sur, como Recoletos o Serrano, había que circular por la acera correspondiente a las fachadas que miraban al este y nunca se debían cruzar las plazas diametralmente, sino bordeándolas, pegándose siempre a los portales para refugiarse en ellos si fuera necesario. Eran las normas dictadas por el general Miaja cuando se hallaba al frente de la Junta Delegada para la Defensa de Madrid. Estaban pegadas en un tablón, a la puerta de la Alianza, bien visibles. A pesar de que hacía varias semanas que había empezado la evacuación de la población civil hacia Valencia, seguía habiendo problemas de abastecimiento y los madrileños tenían que aguantar largas colas de pie ante las oficinas de racionamiento y las tiendas de comestibles. Pero los teatros y los cines continuaban abiertos como si nada. El Rialto, el Bilbao, el Capitol, el Avenida... Una ciudad asediada no podía perder la esperanza. La gente iba a ver *Mares de China*, en el Bilbao, y no sabía que lo peor les estaba esperando a la salida, en la calle Fuencarral. Pero después de los tifones, los piratas malayos, los *coolies* y el tiroteo lejano de aquella China de celuloide, la guerra de verdad no impresionaba tanto. Jean Harlow estaba en algún lugar cerca de un río sucio fangoso y amarillo y la última esperanza era el sonido de fondo de una misteriosa sirena de barco. Los sueños.

La Alianza era el corazón cultural del frente. Por la tarde las habitaciones del primer piso se convertían en la redacción improvisada de la revista *El Mono Azul*, destinada a subir la moral de los combatientes y en el salón de los espejos, la compañía teatral, Nueva Escena, dirigida por Rafael Dieste, preparaba sus adaptaciones con montajes aclimatados a la guerra. La cena se servía a las nueve en una gran mesa corrida a la luz de los candelabros. El menú casi nunca pasaba de la mísera ración de alubias que permitía el racionamiento, pero la vajilla era exquisita, de cristal de bohemia y porcelana de Sévres.

A última hora se celebraban veladas musicales y jóvenes poetas con los ojos afiebrados recitaban sus versos hasta que el alba iba tintando de rosa las noches cañoneadas de aquel Madrid heroico. Gerda y Capa pronto se convirtieron en la pareja más querida. Ellos que en París nunca habían dejado de ser refugiados, extranjeros que vivían de prestado, en el ambiente de la Alianza empezaron a sentirse como en casa. Con su español vacilante se incorporaban al coro para cantar con más ímpetu que nadie las canciones de la resistencia: *de las bombas se ríen / de las bombas se ríen / de las bombas se ríen / mamita mía / los madrileños / los madrileños...* la voz honda, el corazón en su sitio. Se empaparon del humor español, tan crudo a veces. Eran capaces de reírse cuando el plato de la cena estaba vacío o cuando Santiago Ontañón decía que las alubias tenían gusanos que los miraban fijamente o cuando al poeta Emilio Prados le daba por cantar la Marsellesa con acento andaluz o cuando Gerda decía que fumaba «yerbos» o cuando Capa muy serio se ponía hablar con las marquesas de los cuadros.

—¿Y por qué es usted revolucionario, señor Capa, si puede saberse? —Le preguntaba María Teresa León, la mujer de Alberti, imitando la voz polvorienta de

una de aquellas damas del Antiguo Régimen que adornaban las paredes.

—Por decoro, señora marquesa. Por decoro —respondía él.

La Alianza fue su hogar español, su única familia.

A veces también se dejaba caer por allí el escritor americano Ernest Hemingway, con su boina y sus gafas de intelectual con montura metálica. Estaba preparando una novela sobre la guerra civil e iba a todas partes con una vieja máquina de escribir. Solía acompañarlo el corresponsal de *The New York Times*, Herbert Matthews, uno de los reporteros más perspicaces que había en España y Sefton Delmer, del londinense *Daily Express*, un tipo de metro ochenta, fornido y colorado, con pinta de obispo inglés. Los tres formaban una especie de curioso trío de mosqueteros, al que pronto se unió Capa, desde el día en que encargó una paella para todos en las cuevas de Luis Candelas, bajo el arco de Cuchilleros.

Gerda por su parte era la estrella de la Alianza. Su magnetismo seducía a todo el mundo con aquella sonrisa de dientes luminosos y su facilidad para imitar cualquier acento y entenderse en cinco idiomas además del *capanés*, como llamaba Hemingway a la jerga extraña que hablaba Capa. Salía de la Alianza temprano, a pie, dejando a su espalda el edificio martirizado de la Biblioteca Nacional, pasaba por Cibeles y luego continuaba en coche, desde Alcalá o Gran Vía en dirección al frente. Trabajaba durante todo el día, asomada con su cámara a los precipicios de la muerte que llegaban hasta las trincheras del Hospital Clínico, a apenas unos cientos de metros de los primeros bares de Madrid. Manejaba la cámara como un fusil de asalto. Capa la veía cambiar la película, recostada contra un talud mientras le estaban disparando, las aletas de la nariz dilatadas, la piel sudorosa, segregando adrenalina por todos los poros, sin abrir la boca, lanzando intensas miradas en torno entre foto y foto.

Se arriesgaban cada vez más. Pero eran demasiado guapos, demasiado jóvenes, con una especie de desenfado deportivo. A nadie se le ocurría temer por ellos. Tenían el aura de los dioses. Los soldados se alegraban al ver llegar a Gerda como si su presencia les sirviera de talismán. Si la pequeña rubia —como la llamaban— estaba cerca, las cosas no podían ir tan mal. Algunos meses después, Alfred Kantorowicz le confesaría, cuando volvieron a coincidir al sur de Madrid, en La Granjuela, que nunca había visto a sus brigadistas tan limpios y bien afeitados como cuando ella rondaba con su cámara por allí cerca. La barahúnda de los hombres alrededor de los espejos y las fuentes de agua era constante. Los corresponsales extranjeros se peleaban por poder cederle el lugar o poder llevarla en sus vehículos. André Chamson la invitó a viajar a bordo de la limusina requisada que le habían adjudicado. Ella correspondía a todos con aquella peculiar sonrisa suya irónica y afectuosa al mismo tiempo, amable con todos, pero sin abdicar de nada. El general Miaja le regaló la primera rosa de abril, durante una entrevista, mientras recorrían juntos los jardines de la Alianza. También charlaba a menudo con Rafael Alberti en la biblioteca de la casona. Ella le enseñó al poeta a revelar sus primeros negativos en el sótano del

edificio, donde habían instalado un pequeño laboratorio. Hasta María Teresa León la adoraba con una mezcla de instinto maternal y rivalidad femenina.

En público tenía un encanto que tentaba a todos. Eso era algo que Capa había admirado en ella desde el principio, pero ahora no estaba tan seguro. Empezaba a dudar de todo. La relación entre ellos había vuelto a la intermitencia de los primeros tiempos. Eran amigos del alma, compañeros inseparables, colegas, socios. Y a veces —solo a veces— dormían juntos. Como pareja se habían replegado a la aparente inocencia de un territorio neutral. Pero él era demasiado orgulloso para ser un amante secreto. No podía soportarlo. Cuando ella estaba atrincherada en la muralla de su independencia o mantenía una conversación en privado con alguien y él estaba a su lado, en un grupo más amplio, se ponía a contar en voz alta chistes que a él mismo no le hacían ninguna gracia, presa de una extraña locuacidad. Siempre hacía lo mismo cuando se sentía desplazado. Interpretaba todos y cada uno de los gestos de ella como si se tratara de un código en clave. Sospechaba que lo había sustituido por otro. En una ocasión la había visto en el vestíbulo, agarrando por las solapas a Claud Cockburn, el corresponsal del *London Worker*, al tiempo que se reía mucho de algo que él le había susurrado al oído. Durante días se dedicó a seguir al periodista y a hacerle la vida imposible. Pero a qué demonios estaba jugando ella. Ya no confiaba en las muestras de cariño que Gerda le profesaba cuando le acariciaba el pelo al pasar por su lado o al apoyarse en su hombro cuando les coincidía sentarse juntos. O está conmigo o contra mí, pensaba.

Pero cuanto más luchaba contra la presencia de ella, más se obsesionaba con su cuerpo, la planicie de su estómago, la curva leve del tobillo, el hueso saliente de la clavícula. Esa era su única geografía. Necesitaba acostarse con ella no una noche, sino todas las noches, tumbarla boca arriba en una de aquellas camas con dosel, abrirla los muslos y adentrarse en ella, domándola a su ritmo, hasta hacerle perder el dominio, hasta suavizar aquellas aristas de dureza que se le ponían a veces en el rostro y que tan distante la hacían parecer. Igual que el viento va puliendo las rocas desnudas. La última vez fue así. Fuerte, violento. Cayeron los dos de rodillas, él con la cabeza metida debajo de la camisa de ella y el sabor salado de sus dedos en la boca antes de empezar a dar rienda suelta a su deseo. La sujetó del pelo y tiró de él fuerte hacia atrás, las facciones trastornadas, furioso, voraz, con besos convertidos en mordiscos y caricias detenidas en el límite mismo del arañazo. Le hizo el amor salvajemente, como si la odiara. Pero lo que odiaba era el futuro.

—Me largo —le dijo con la cabeza baja, sin mirarla, antes de salir descalzo de su habitación.

Era lo único que podía hacer. Estaba volviéndose loco. Además ella sabía apañárselas muy bien sola.

Estaba centrada en su trabajo más que nunca. Tenía la costumbre de levantarse temprano y regresar con la última luz del día. Al amanecer recorría el parque del Oeste y todo el intrincado sistema de trincheras excavado alrededor de la Ciudad

Universitaria. De regreso del frente caminaba por la avenida del quince y medio, cruzándose con los viandantes, sorteando con indiferencia el cadáver de algún ciudadano desafortunado, curtida ya de espantos ante la muerte, con una coraza que se le había ido formando sin darse cuenta a lo largo de casi un año de guerra. Se paró de pronto ante la cartelera de un cine. Allí estaba Jean Harlow, una muchacha, medio mala, medio buena, mitad ángel, mitad vampiresa, como cualquier personaje susceptible de redención y a su lado Clark Gable, su salvador, sonriente, brutal, tierno, el hombre que debía ponerla a prueba, apartarla, rebajarla un poco, despreciarla y al mismo tiempo responder a su amor con un amor encarnizado, de la misma naturaleza. La historia de siempre. Todo ese interior violento y complicado para defenderse de la propia ternura. El cine con su tributo de sueños y sombras.

A mediados de marzo los sublevados intentaron un nuevo asalto sobre Madrid desde el nordeste. Pero el ataque de las tropas italianas enviadas por Mussolini fue contestado con una gran contraofensiva que terminó con la victoria republicana en Guadalajara. Gerda recorrió las zonas conquistadas, circulando por carreteras estrechas, llenas de barro, con un gran trasiego de camiones y carros de combate. Ese día llegó a la Alianza cansada y pálida, con el trípode de la cámara agujereado de balas fascistas.

Cuando Rafael Alberti se inquietó por el peligro que había corrido, ella le respondió señalando un palo del trípode.

—Mejor aquí que en mi corazón. —Pero no estaba muy segura de ello.

Cenó con todos como siempre y al terminar escucharon en la radio al locutor Augusto Fernández dando el parte de guerra. Eran buenas noticias sin duda. La batalla de Brihuega había sido la victoria republicana más clara hasta el momento. Decidieron celebrar una fiesta en el salón de los espejos, pero Gerda no quiso ir. Todos le insistieron, Rafael Dieste, Cockburn, que no desaprovechaba ocasión para cortejarla, Alberti, María Teresa León, todos... pero ella rehusó con una sonrisa tibia. Se retiró a su cuarto. Estuvo despierta hasta tarde marcando cuidadosamente sus negativos. No lo hacía como Capa con un corte en forma de cuña, sino con un hilo de coser, igual que los directores de cine. Ese trabajo manual la relajaba. Sentía en el alma cierta turbiedad de río fangoso y amarillo achicándose en la noche. Desde que Capa se había ido, ya no le interesaba la vida social.

Jean Harlow en *Mares de China*.

XXII

El día era claro con pocas nubes. 26 de abril. No hacía demasiado calor. Un buen día de mercado con gallinas, pan de maíz, niños jugando a las canicas y volteo de campanas. El primer avión apareció a las cuatro de la tarde, un Junkers 52.

Después de la derrota de los fascistas en Guadalajara, Franco había dirigido su estrategia al cinturón industrial de las provincias vascas con el fin de controlar sus minas de hierro y carbón. El general Mola se hallaba en Vizcaya con cuarenta mil hombres para la campaña del Norte. Pero el ataque aéreo corrió a cargo de la Legión Cóndor bajo el mando del teniente hitleriano Gunther Lützow.

Cuatro escuadrillas de Junkers en formación triangular, volando muy bajo, escoltados por diez cazas Heinkel 51 y varios aviones italianos de reserva surcaron fantasmagóricamente el cielo de Guernica. Primero arrojaron las bombas ordinarias, tres mil proyectiles de aluminio de dos libras de peso cada uno, luego pequeños racimos de bombas incendiarias 550 lb mientras los cazas remataban la faena con pasadas en vuelo rasante sobre el centro de la ciudad, ametrallando todo lo que se movía.

Imposible ver nada con aquel humo negro. Al final ya disparaban las bombas a ciegas. Tres horas intensas lloviendo hierro, casas ardiendo. Un pueblo entero abrasado. «La primera destrucción total de un objetivo civil indefenso mediante bombardeo aéreo», rezaba el titular de *L'Humanité*. Jamás se había visto nada igual. Capa leyó la noticia en un quiosco de la plaza de la Concorde.

Había quedado a desayunar con Ruth. No la había visto desde que había regresado de España y necesitaba hablar con ella respecto a Gerda. En su cabeza todavía ardían los rescoldos de la última noche en la Alianza, la manera que tenía ella de esquivar cualquier compromiso, su desapego, las preguntas sin respuesta que lo sumían en la más insoportable de las incertidumbres. Todo frágil, todo a punto siempre de caer hacia el otro lado. La noche anterior había sido dura para el hígado. Al principio había estado vagando por los *quais* del Sena, con las manos en los bolsillos, dándole patadas a las piedras, sumido en sus pensamientos, sin entender nada. Después entró en una taberna de los muelles y al cabo de una hora estaba completamente borracho. *Whisky*. Sin hielo, ni soda, ni preámbulos de ninguna clase. Cada uno se recupera de las pérdidas secretas a su manera. Solo cuando la botella alcanzó la línea de flotación, consiguió tomar cierta distancia. Sus movimientos fueron haciéndose más lentos, el corazón y las ingles dejaron de dolerle y Gerda Taro volvió a ser una judía polaca más, como tantas que uno podía cruzarse por los bulevares de aquella esquina del mundo que era París. Ni más lista, ni más guapa, ni mejor. Poco a poco los contornos del bar empezaron a escorarse igual que sus recuerdos, todo ligeramente desenfocado, *Slightly Out of Focus*, como en sus mejores fotografías. La sensación de soledad, la melancolía, el miedo a perderla... Se juró a sí mismo que jamás volvería a enamorarse de aquella manera. Y lo cumplió. Hubo otras

mujeres, claro. Algunas de ellas muy hermosas, y con todas se mostró atento y animoso, haciendo honor a su fama de seductor, pero sin ataduras ni compromisos de ninguna clase. Se atrincheró en el recuerdo a mucha distancia del resto del mundo, como si la mayor traición a sí mismo hubiera sido dejar entrar a alguien en aquella gruta secreta que ambos habían compartido. Una noche futura, mucho tiempo después, cuando Europa empezaba a salir del agujero de la segunda guerra mundial, llegaría incluso a cortejar a Ingrid Bergman. Se hallaba con su amigo Irwin Shaw en el vestíbulo del Ritz y entre los dos habían tramado enviarle a la actriz una invitación para cenar que ninguna mujer inteligente hubiera osado rechazar. La escribieron de prisa, riéndose mucho, en un papel de color crema, con el membrete del hotel:

Att. *Miss* Ingrid Bergman

1. Este es un esfuerzo colectivo. El colectivo está formado por Bob Capa e Irwin Shaw.

2. Habíamos pensado enviarle flores con esta nota invitándola a cenar esta noche, pero tras las pertinentes consultas, nos hemos dado cuenta de que, o pagábamos las flores, o pagábamos la cena, pero no podíamos pagar las dos cosas. Tras someterlo a votación ha ganado la cena por un estrecho margen.

3. Se ha sugerido que, en caso de que la cena le trajera sin cuidado, podríamos enviarle las flores. Por el momento no se ha tomado una decisión al respecto.

4. Flores aparte, tenemos un montón de dudosas cualidades.

5. Si seguimos escribiendo, no tendremos nada de que hablar ya que nuestra provisión de encanto es limitada.

6. La llamaremos a las 6.15.

7. Nosotros no dormimos.

Firmado:

Expectantes

Era su manera de seguir vivo, de tomarse todo un poco a broma cuando ya nada le importaba demasiado. Pero lo cierto es que jamás volvería a querer a nadie como a aquella jodida polaca, cuya sonrisa burlona ni siquiera una batería de whiskys dobles podían borrar. Se los había tomado de un trago, uno detrás de otro, sin respirar, mientras el camarero colocaba las sillas encima de las mesas y pasaba la escoba.

Pero ahora el alcohol se había diluido por completo. De madrugada se levantó a orinar y le sorprendió el sonido de su propio manantial de caballo. Lo único que le que daba era una taladradora dentro de la cabeza, machacándole las sienes, por eso había llamado a Ruth. Mejor una mujer para intentar encontrar una luz al final del túnel, las mujeres siempre ven más allá, se conocen entre ellas, saben lo que hay que hacer, maldita sea.

—Gerda es así. Desde niña ha construido a su alrededor una coraza defensiva. Dale tiempo —le había aconsejado Ruth, sin saber que eso era lo único que ella no tenía.

Capa la escuchaba mirando hacia abajo, sin decir nada, imaginando a una Gerda adolescente tal como la había contemplado una vez en una foto que ella guardaba con otros recuerdos en una cajita de dulce de membrillo. Estaba sentada en un muelle con pantalón corto, sosteniendo una caña de pescar, los pies descalzos colgando del pantalón, las trenzas rubias, y la misma obstinación ceñuda y altiva y voluntariosa entre ceja y ceja. «La madre que la parió», pensó para sí, y tuvo que retener el aliento para que no lo venciera la ternura. Pero al fin expulsó todo el aire de golpe a modo de queja o fastidio.

Fue en ese momento cuando se levantó ofuscado y atravesó la plaza hacia el quiosco de prensa. El gesto se le quedó congelado. Cuando uno está muy metido dentro su propio dolor, tiende a pensar que lo que ocurra en el resto del mundo le trae sin cuidado. Solo que aquello no era el resto del mundo, sino España, carne de su carne. El perfil completamente arrasado de una ciudad cubierta de escombros. Guernica. Cada proyectil le retumbó en las entrañas.

—¡Me cago en Dios!

Ese mismo día negoció con *Ce Soir* su viaje hacia Biarritz y desde allí cogió una avioneta francesa con dirección a Bilbao.

Otra vez el cielo bajo el balanceo del motor, aquella claridad azulada, limitada al sur por la silueta negra de la costa. Los aviones alemanes continuaban bombardeando las trincheras vascas en las laderas del monte Sollube, y los tanques franquistas avanzaban implacables por carretera. Pero en el interior de la ciudad asediada la situación todavía era peor. Capa veía cómo se alzaban entre las ruinas mujeres y niños como fantasmas sucios con el sol caldeando los muñones desventrados de los edificios y aquel olor a ciudad reventada con cadáveres pudriéndose bajo los escombros, un olor que se pega a la piel durante días aunque uno se restriegue bien con jabón en el baño. Imposible de olvidar. Como los rostros de las madres en el puerto de Bilbao. Estaban allí de pie, en un puerto bombardeado y hambriento, despidiéndose de sus niños con sus maletitas pequeñas mientras los embarcaban a bordo de barcos franceses y británicos que habían tenido que romper el bloqueo para poder evacuarlos. Se mordían los labios para que los críos no las vieran llorar mientras los repeinaban bien guapos y les abrochaban hasta arriba el cuello de los abrigos. Sabían que no iban a volver a verlos. Algunos eran tan pequeños que iban en mantillas en brazos de sus hermanos mayores, de cinco o seis años.

Capa miraba a un lado y a otro, como si ya no pudiera hacer más fotos. Tenía las manos crispadas. Se sentó entre unos sacos al lado del reportero Mathieu Corman. Prefería mil veces el campo de batalla. Estuvieron allí un buen rato, los dos solos, contemplando el agua negra, mientras se alejaban los barcos, fumando, sin decir palabra.

Pensaba en la imposibilidad de transmitir lo que uno siente cuando presencia algo así. La muerte no era lo peor, sino esa extraña distancia que se mete para siempre en el alma como un frío irreparable. Se vio a él mismo saliendo en tren de Budapest con diecisiete años, un par de camisas, unas botas de doble suela, unos pantalones bombachos y ningún lugar adonde ir. La Leica se le había quedado pequeña para retratar aquello. Necesitaba una cámara que pudiese captar el movimiento, una cámara de cine. No bastaba la fotografía fija para transmitir las voces de los niños, los barcos yéndose, las mujeres de pie en los muelles hasta el anochecer, sin que hubiera forma humana de arrancarlas de allí, creyendo ver todavía en el horizonte el puntito diminuto de los barcos. La humedad que volvía resbaladizas las pasarelas. La extensión sombría e inmensa del mar.

Fue Richard de Rochemont, director de la serie documental *March of Time*, quien a su regreso a París le dio la oportunidad de probar con una cámara de cine. Era un tipo afable y moderado, educado en Harvard. Le enseñó a Capa las nociones mínimas de uso de la cámara y le ofreció un pequeño adelanto a cuenta con el encargo de filmar algunas secuencias de la guerra de España para incluir en la serie. La cámara era una Eyemo pequeña y fácil de manejar. En aquellos días eran frecuentes los proyectos de películas y documentales sobre la realidad española. Geza Korvin, el amigo de Capa de la infancia, estaba filmando la unidad de transfusiones de sangre del doctor Norman Bethune con el fin de recaudar fondos en Canadá. Y Joris Ivens, casado con otra de sus amigas de Budapest, había empezado a rodar *The Spanish Earth*.

El cine era la gran tentación en aquellos días de barro y estrellas.

Así fue como Gerda lo vio aparecer en el puerto de Navacerrada, con un jersey negro de punto grueso y la Eyemo al hombro. También ella tenía algo que estrenar: una Leica nueva y reluciente, comprada en su último viaje a París. Su tesoro máspreciado.

Caminó despacio hacia él.

—¿Cómo estás? —le preguntó. La voz insegura, el corazón latiéndole fuerte en la vena del cuello.

—¿Cómo quieres que esté? —Sonrió él algo confuso, pasándose la mano por el pelo—. Hecho mierda.

Se acercó un poco más a ella. Lo que le hizo pensar que iba a abrazarla, pero se limitó a pasarle con mucha delicadeza el dedo índice por la frente, apartándole el flequillo, y retirarlo al instante. Un gesto mínimo. Los dos se quedaron allí parados, a un palmo uno de otro, sonriendo un poco, con un punto de complicidad, serios de pronto, mirándose tensamente a los ojos con asombro y pavor, como testigos de un prodigio simultáneo que los traspasaba cada vez que volvían a encontrarse.

El ejército republicano acababa de iniciar una ofensiva al mando del general Walter cerca de Segovia y lo que Gerda y Capa deseaban por encima de todo era tener imágenes de una gran victoria. Trabajaron codo con codo, acompañando a las

tropas en primera línea, intercambiándose la Leica y la Eyemo. El cielo gris, los soldados moviéndose entre los pinares, la densidad grumosa de la tierra cuando la golpeaban con las botas para quitarse el frío de madrugada. Filmaron las maniobras de los carros de combate, los blindados moviendo el cañón a derecha e izquierda mientras avanzaban, los oficiales hablando por teléfono y estudiando los mapas topográficos dentro de una carpa sobre una mesa de caballete, los zapadores junto a una pila de proyectiles marcados en la parte lateral con garabatos escritos con tiza amarilla. Pero ninguno de los dos tenía experiencia con el cine. Utilizaban la Eyemo como si fuera una cámara de fotos. Tomaban una buena imagen fija y después hacían un barrido de metro y medio, a modo de fotogramas ampliados. Muy pocas tomas pudieron ser utilizadas en la serie *March of Time*, sin embargo algunos de los fragmentos rodados le sirvieron de gran ayuda a su amigo Hemingway para la novela que estaba escribiendo y que se iba a titular: *Por quién doblan las campanas*.

Tampoco las tropas republicanas tuvieron éxito. El ataque fracasó y una vez más Gerda y Capa regresaron a Madrid sin las imágenes deseadas. Pero el ambiente ya se había apoderado de ellos, la luz de los campos bajo el último sol, los pañuelos de las mujeres reparando un camino donde había estallado una mina, el azul oscuro de las últimas estribaciones de la sierra, el olor del café a primera hora en el campamento con el círculo de montañas enemigas al fondo. Capa lo miraba todo con la nostalgia anticipada de cuando tuviera que abandonar aquel país para siempre. Muchas veces pensaba que España era un estado de ánimo, una parte un poco fantasmal de la memoria en la que ella se quedaría fijada para siempre y de la que él jamás lograría salir del todo.

Fueron días de trabajo duro y desesperanza: la derrota, la muerte de los amigos, el general Lukacz acababa de ser abatido en el frente de Aragón, la lucha casa a casa en los suburbios de Carabanchel. Llegaban por la noche reventados al número 7 de la calle Marqués del Duero, sin ganas de nada ni tiempo para pensar en ellos mismos. Solo una victoria republicana podía sacarlos de aquel callejón en el que se encontraban.

A finales de junio se dirigieron al sur de Madrid, donde estaba el cuartel general del Batallón Chapaiev, cerca de Peñarroya. Cuando Alfred Kantorowicz vio aparecer a Gerda, con su cámara colgada al cuello y un rifle al hombro, sonrió y se metió en la tienda a cambiarse de camisa. No la había olvidado desde el día en que ella había hecho su entrada triunfal en el café Ideal Room de Valencia.

Su presencia tenía ese efecto inmediato sobre los hombres. Despertaba sus instintos más básicos. Ese mismo día los soldados reprodujeron ante su cámara una pequeña batalla que había tenido lugar días antes en La Granjuela. Necesitaban grabar imágenes para el documental y con la Eyemo en sus manos no les resultaba fácil decantarse entre ser reporteros o directores de cine. No le vieron ningún problema a reconstruir en la ficción un acontecimiento histórico. Sin embargo la pulsión del directo seguía siendo mucho más fuerte. Al día siguiente siguieron a la

compañía hasta la línea de frente. La posición era extremadamente peligrosa. Gerda se echó la cámara al hombro, y ante la admiración de los brigadistas y las maldiciones en arameo de Kantorowicz, recorrió los ciento ochenta metros que la separaban de la trinchera a plena luz, sin que nadie la cubriera.

«No me satisface observar los acontecimientos desde un lugar seguro», escribió esa noche en su cuaderno rojo. «Prefiero vivir las batallas como las vive un soldado. Es la única forma de comprender la situación».

La situación. Trabajaba sin descanso, volvió a Valencia para cubrir el Congreso de Intelectuales Antifascistas. Era la primera vez que escritores y artistas se reunían en un país en guerra para expresar su solidaridad. Más de doscientos asistentes de veintiocho países. Durante toda la noche estuvieron retumbando las sirenas de alerta antiaérea. André Malraux, Julien Benda, Tristan Tzara, Stephen Spender, Malcolm Cowley, Octavio Paz... Pero cuando acabó el reportaje, regresó enseguida a Madrid, al viejo caserón de la calle Marqués del Duero. Estaba obsesionada con fotografiar a toda costa una victoria republicana. Cada vez se arriesgaba más, rozando la inconsciencia. Capa la vio acucillada junto a un miliciano tras el parapeto de una roca, el cuerpo pequeño y flexible, la cabeza un poco echada hacia atrás, los ojos muy brillantes, con la adrenalina de la guerra galopándole en las venas. Clic. En otra ocasión la fotografió junto a uno de esos mojones de carretera que marcaban un partido comunal. Les había hecho gracia la coincidencia de las siglas P. C. con las del Partido Comunista. Estaba sentada con las rodillas flexionadas sobre la guerrera de él, descansando, la cabeza apoyada en el brazo, recostada sobre el mojón, la boina negra, el pelo rubio brillando al sol. Clic. La guerra la había ensanchado por dentro con una hondura nueva, trágica, parecida a la de algunas diosas griegas, tan bella que no parecía real.

Había un plano detallado de Madrid clavado con chinchetas en la pared de la habitación. Capa estaba recogiendo su equipaje, con la radio encendida. Debía regresar a París para entregar sus filmaciones a De Rochemont según lo acordado. Un coche estaba esperándole a la puerta de la sede de la Alianza. No tenía muchas cosas, así que empezó a guardarlas con calma, una camisa limpia y varias sucias que metió junto a alguna ropa interior en un compartimento lateral con cremallera, el jersey negro de lana, un pantalón caqui, la espuma y las cuchillas de afeitar dentro de un estuche de cuero. Tomó el libro de John Dos Passos sobre John Reed para ponerlo también en la bolsa, pero en el último momento lo pensó mejor.

—Te lo dejo —le dijo a Gerda. Sabía que Reed era el héroe de su vida.

Cuando hubo acabado, se acercó a ella y se quedó callado, un poco incómodo, balanceándose ligeramente con las manos en los bolsillos, sin saber qué hacer, mirándola con aquellos ojos de gitano, con una desarmada seriedad parecida al abandono.

—Te quiero —le dijo en bajito.

Y entonces ella lo observó callada y reflexiva, como si estuviera dándole vueltas a

una idea difícil de concretar. «Ojalá pase algo que nos salve de pronto», pensó. «Ojalá nunca tengamos tiempo para traicionarnos. Ojalá no nos alcance el tedio, ni la mentira, ni la decepción. Ojalá aprenda a quererte sin hacerte daño. Ojalá la costumbre no nos vaya degradando, poco a poco, confortablemente, como a las parejas felices. Ojalá nunca nos falte el coraje para empezar de nuevo...» pero como no sabía cómo demonios expresar todas aquellas sensaciones auténticas y confusas y leales y contradictorias que le pasaban como ráfagas por la cabeza, se limitó a abrazarlo muy fuerte y lo besó despacio, entreabriéndole los labios, buscando su lengua muy adentro, con los ojos entornados y las aletas de la nariz trémulas, acariciándole el desorden del pelo, mientras él se dejaba hacer delicado y hosco y el sol se filtraba por el ventanal del viejo caserón de los marqueses de Heredia y en la radio alguien tarareaba una copla: *ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio, contigo porque me matas, sin ti porque me muero*.

Se despidió de todo el mundo abajo en el vestíbulo, con la bolsa de viaje al hombro, prometiendo volver pronto, estrechando manos y soltando bromas a su estilo, masculino y algo bronco. Cada cual se protege de las emociones como puede. Pero cuando llegó junto a Ted Allan le dio una palmada franca en el hombro. El muchacho acababa de llegar del frente hacía apenas dos días, más flaco que nunca, con aquella expresión tímida de retraimiento y los andares un poco torpes de potro joven.

—Prométeme que cuidarás bien de ella, Teddie —le dijo.

Al oeste de Madrid, más de cien mil españoles estaban a punto de matarse unos a otros en la batalla más cruenta de la guerra.

XXIII

Parecía distinta, más joven. Estaba tumbada en la cama boca abajo, con una camisa militar masculina de grandes bolsillos. La barbilla apoyada en una mano y un libro en la otra, iba pasando despacio las páginas. Hay hombres que no han nacido para aceptar las cosas tal como son, pensó, tipos perdidos en un mundo que nunca estuvo a su altura, individuos que no actúan siempre según las reglas de la moral, sino según ciertas leyes de una ética caballerescas, hombres que le plantan cara a la vida peleando a su manera, lo mejor que saben contra el hambre, el miedo o la guerra.

El peligro jamás había detenido a John Reed, al contrario, era su elemento natural. Siempre se las arreglaba para llegar a las zonas más intrincadas al cubrir sus crónicas. Una vez en el frente de Riga le sorprendió un bombardeo de la artillería alemana. Un proyectil estalló a pocos metros de su posición y todos lo dieron por muerto, pero a los pocos minutos apareció caminando en medio de una densa columna de humo y polvo, medio sordo, con las manos en los bolsillos. Gerda se dio cuenta de que llevaba más de cinco minutos, absorta, mirando la porosidad del papel, acariciando la piel de la encuadernación, como si estuviera navegando por un mar muy lejano. Fue entonces, al darle la vuelta a la hoja, cuando se encontró con la fotografía que Capa había dejado como marca de lectura en la página 57. La tomó en sus manos y la puso bajo la luz del quinqué para observarla mejor:

Un bebé desnudo y robusto tumbado sobre un diván. Las cejas muy perfiladas y oscuras, la tez morena, los ojos grandes, de carbón, negrísimo, y tanto pelo en la cabeza que parecía que ya hubiese estudiado el bachillerato. Guapo para comérselo a bocados. Hay fotos que ya contienen dentro todas las posibilidades del futuro, como si la vida no tuviera otro sentido que confirmar esos trazos apenas apuntados: la sonrisa gitana, la frente escéptica, los seis dedos de la suerte. En el reverso ponía una fecha: 22 de octubre de 1913. Gerda sonrió para sí. Otro que tampoco se conformaba con las cosas tal como eran. Otro que tal.

Durmió toda la noche inquieta. Soñó que los dos caminaban muy temprano por un mercado de París con aquella luz transparente de cuando acababan de conocerse y la guerra todavía no había empezado y ella soñaba con ser Greta Garbo y él llevaba sobre el hombro al *Capitán Flint*... Durmió como si en ello le fuera la vida o quizá como si deseara cambiar la vida, empujarla más allá de sus escasas posibilidades. Dio vueltas y vueltas en la cama, de una ciudad a otra, cruzando otoños desesperantes y lloró en sueños con los ojos cerrados atravesada en diagonal sobre la cama, con la rodilla izquierda encogida debajo del estómago hasta que se despertó con el primer trazo oblicuo de luz en la almohada y el reloj puesto en su hora.

La de la verdad.

25 de julio de 1937. Domingo.

«Cuando pienso en el número de personas extraordinarias que han muerto en el transcurso de esta guerra, me parece que de una manera o de otra, no es justo seguir viva todavía», escribió esa mañana en su cuaderno.

Hacía varios días que el ejército republicano al mando de Líster había emprendido una fuerte ofensiva en Brunete, donde se cruzaban las dos rutas vitales en el abastecimiento de las tropas franquistas destacadas en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria. El ataque cogió desprevenidos a los fascistas y los milicianos consiguieron avanzar deprisa hasta Quijorna y Villanueva de la Cañada, pero los sublevados recibieron pronto refuerzos masivos y en medio de una meseta quemada con temperaturas de 40° a la sombra, comenzó la batalla.

Nadie sabía con exactitud el territorio que controlaba, ni de quién era cada pueblo o cada parte del pueblo. Se combatía casa a casa. La confusión era tal que a veces los dos bandos bombardeaban por error sus propias posiciones. Casas ardiendo al sol, tanques maniobrando por las calles, francotiradores fascistas apostados en las ventanas, callejuelas estrechas cortadas, campanarios blancos, voluntarios franceses y belgas avanzando por un trigal...

Las noticias publicadas por la prensa eran demasiado confusas. Franco había dado la batalla por ganada, pero los republicanos no la daban por perdida. Gerda también albergaba esperanzas en la victoria. Quería esas fotos. Como fuera.

—No puedo cargar sola con la Eyemo y la Leica, Ted, necesito que me ayudes —le dijo por teléfono a su ángel de la guarda. Serían las ocho de la mañana—. He conseguido un coche. Anda, Teddy, di que sí, por favor... Solo por esta vez. Mañana regreso a París.

¿Quién hubiera podido negarse?, y menos que nadie Ted Allan que le habría bajado la luna en una bandeja de oro si se la hubiera pedido.

Apenas encontraron movimiento de vehículos en la carretera. A partir de Villanueva de la Cañada, no se veía ni siquiera una nube de polvo en la lejanía. Rocas carcomidas como piedra pómez, rastros secos, un silencio de canícula que se extendía entre los barbechos. Mala señal. El conductor francés se negó a seguir ni un metro más y desde allí tuvieron que continuar a pie a través de los trigales. No era el tipo de terreno que uno asocia con emboscadas, pero entre aquellas espigas de oro varios hombres podían esconderse sin que nadie los viera. Sobre la una de la tarde llegaron al campamento del general Walter, un polaco bolchevique de hombros cuadrados, curtido en la estrategia del ejército rojo durante la revolución rusa. Cuando los vio aparecer entre los trigales con sus cámaras al hombro y las camisas empapadas de sudor, ondulándose vaporosos como un espejismo del desierto, casi los echa a patadas.

—Pero estáis locos ¿o qué? —les increpó con expresión severa antes de despotricar contra los periodistas y la madre que los parió a todos—. En cinco minutos esto va a ser el infierno.

Solo se equivocó en treinta segundos. El tiempo justo para entregarles un Mauser

a cada uno y que fuera lo que tuviera que ser. En menos de nada la artillería franquista abrió fuego y diez bombarderos Heinkel cubrieron el cielo de la estepa castellana. Quedaba por delante el día sin término, de pronto empezaron a estallar bombas por todas partes, cada cual se parapetó donde pudo mientras los aviones insurgentes descendían en picado, cosiendo de metralla aquella tierra carcomida por el tiempo. Gerda y Allan se metieron en el primer hoyo que encontraron, un socavón poco profundo. El tufo a cordita era insoportable. Los cazas alemanes ametrallaban el campo sin piedad en vuelo rasante.

—Tenemos que salir de aquí —le gritó Ted inclinándose por encima de su hombro. Con aquel estruendo era imposible oír nada—. Nos van a abrasar.

Ráfagas cortas seguidas de otras más largas, repiqueteando en la tierra por todas partes, fogonazos, chasquidos contra las piedras, estampidos rebotando en los tímpanos.

Gerda abrió la boca para que el ruido no le rompiera los oídos. Veía la guerra en blanco y negro a través del objetivo de la cámara, sin parar de hacer fotos. Eso le ayudaba a aguzar la concentración y a mantener el miedo a raya. En un momento el reflejo del sol rebotó en la arista metálica de su cámara y debió de alertar a uno de los cazas biplanos que descendió en picado hacia su posición. Estaba fascinada con la vertical trazada por aquel pájaro siniestro que parecía que iba a estrellarse contra el suelo. Ted se cubrió instintivamente la cabeza con las manos, pero ella sacó medio cuerpo fuera y grabó el reguero de polvo que provocaba el impacto de balas a escasos metros sobre la tierra ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta...

—Si salimos de esta, tendré algo que mostrar al Comité de No-Intervención —dijo mientras cambiaba deprisa el carrete tumbada de espaldas contra la tierra. El rostro contraído por el sol, los dientes apretados, los dedos ágiles. Eran las mejores fotos de su vida.

Pero Ted le arrebató la cámara de las manos. Le dolían los pulmones de respirar humo y ahogaba la tos como podía.

—Déjalo ya, hay que salir antes de que nos frían a tiros. —Intentaba usar la Eyemo como escudo para protegerla de las esquirlas y de los trozos de roca que saltaban por todas partes. Miraba a un lado y a otro, buscando algún lugar más seguro. Pero no había a donde ir.

Las detonaciones sueltas eran enlazadas entre sí por un continuo tableteo de ametralladora y nuevamente los morteros. El día del fin del mundo. Y entonces cundió la desbandada. Ante el aluvión de fuego artillero, los soldados se dejaron llevar por el pánico. Rompieron filas y emprendieron la huida campo a través en dirección a la carretera. El espectáculo era desolador, con las ametralladoras fascistas jugando con ellos al tiro al blanco. En cuanto salían, eran acribillados como conejos. No tenían escapatoria. El general Walter al frente de la 35.ª División luchaba como podía por remontar la situación de combate, pero en el sector oeste la desbandada continuaba. Gerda vio a tres milicianos saltar en pedazos por los aires a causa de una

explosión. Fue entonces cuando salió del refugio, sola, resoplando furia y humillación, jurando en *yiddish* por el dios de los ejércitos, con el Mauser dirigido contra quienes salían corriendo. Ted intentó detenerla, sujetándola de la camisa sin poder frenarla. «Hay que pararlos, no ves que los están machacando vivos», dijo. «Espérame», gritó entonces él, cargando su rifle para cubrirla. Jamás la había visto con tal fuerza y entereza. La camisa desgarrada, el fusil en ristre y un hombro en claro. Impetuosa, enardecida, implacable, arrancándose aullidos de las entrañas a puros gritos en la última batalla que había que perder con rabia y desencanto y una indiscutible osadía de corazón, hasta que a fuerza de redaños, entre los dos consiguieron que las tropas volvieran a reagruparse en sus posiciones.

Hacia las cinco y media de la tarde los aviones empezaron a retirarse, dejando en la tierra batida un silencio hueco, la extrema soledad de los campos.

Era un milagro haber salido vivos de aquello. Gerda miró a Ted fijamente, con una mezcla de ternura y orgullo. Le cogió la cara entre sus dos manos y lo besó suavemente en los labios. Solo eso. Apenas unos segundos. Por ser su ángel de la guarda.

—Gracias —le dijo bajito.

Y él sintió una llamarada de fuego subiéndole a la cara, pero se limitó a sonreír un poco, de aquel modo suyo que era a un tiempo ausente y tímido.

La meseta estaba sembrada de cadáveres y heridos gimientes demasiado destrozados para levantarse. Algunos eran evacuados en tanques, otros, en mantas de lona arrastradas por mulos. Gerda y Ted empezaron a caminar por la carretera cubiertos de polvo, con las caras tiznadas de negro-humo, en dirección a Villanueva de la Cañada, oyendo el ruido de sus propios pasos sobre la gravilla, con ganas de seguir callados en el respeto a tantas vidas truncadas en la meseta un día de mierda. Vieron granjas ardiendo en la distancia, explosiones lejanas, un paisaje desolador.

Una hora después caminaban extenuados en el atardecer. Oyeron a lo lejos el ronroneo de un motor y detrás de una curva divisaron el coche del general Walter, un vehículo negro con el capó abollado. Le hicieron señales con la mano para que parase. Estaban muertos de sed y ya no podían con su alma. El general no iba dentro, pero el coche estaba repleto de heridos amontonados en el asiento trasero, así que se subieron de pie a cada uno de los estribos laterales.

En el trayecto se cruzaron con varios blindados en retirada y carros de combate ligeros. Se encontraban en una zona de terreno quebrado con cerros como castillos medievales. Gerda respiraba hondo, mirando al frente agradeciendo la fruición de la brisa en la cara, sin salir de su asombro por no tener ni un rasguño, pensando en darse una ducha nada más llegar a Madrid, con esa euforia extraña de la supervivencia, la Leica al hombro, el pelo hacia atrás, agradeciéndole la vida a su estrella. Había comprado una botella de champán para despedirse de todos en la Alianza. Se iba a la mañana siguiente. Y entonces, en cuestión de una décima de segundo, el coche dio un volantazo y ella vio de refilón el morro de uno de los tanques viniéndosele encima.

Era un T-2613, el blindado más potente del mundo. Quiso apartarse para esquivarlo, pero algo se lo impidió. Las cadenas de hierro le pasaron por encima. Diez toneladas de metal. El peso la tenía aprisionada por el abdomen y no la dejaba moverse, tirando de ella hacia abajo, como si estuviera en el fondo del lago en Leipzig y el lodo se le enrollara en las piernas, sin permitirle salir a la superficie. Sabía que debía relajarse, respirar despacio e impulsar el cuerpo hacia arriba. Casi podía ver la casita del lago con la luz encendida, muy cerca, la mesa con el mantel de lino, un búcaro con tulipanes y el libro de John Reed. Oyó gritos, voces venidas de muy lejos, un ronroneo lejano de aviones, oyó a Ted que la llamaba como desde otra orilla, Gerda, Gerda... con un tono trémulo atravesado por una aguda inflexión de alarma. Le pareció que estaba anocheciendo demasiado pronto y tenía mucho frío. Hacía todos los esfuerzos que podía por no hundirse, por sacar la cabeza fuera del agua, pero cada vez le costaba más seguir nadando...

XXIV

—Ánimo truchita Ya queda poco... —Era la voz de Karl la que la Jaleaba desde la orilla, mientras Oskar cronometraba el tiempo en un reloj de leontina, de pie en el muelle con diez años, la nariz llena de pecas y una camiseta de listas marineras.

Debajo del agua a mucha profundidad hay ciudades fantásticas, con cúpulas de arena y brillos extraños que refulgen como el fósforo de los huesos. Gerda sintió un reflejo intenso de dolor y entonces, sacó la cabeza de debajo del agua y sintió el sol pulverizando miles de gotitas minúsculas sobre su piel.

—Venga, que ya llegas...

El cielo limpio, el chasquido del agua en cada brazada, el olor de la dársena de cedro tostándose al sol, la espalda fresca, la presión del elástico del traje de baño rojo en los hombros el gesto de sacudirse el pelo hacia los lados, salpicando agua.

La enfermera volvió a mojar la esponja en la pila y se la pasó de nuevo por la frente y el cuello para refrescarla. Estaba en El Escorial en el Hospital de campaña norteamericano.

—¿Y Ted? —preguntó—. ¿Está bien?

La enfermera sonrió asintiendo. Era una muchacha rubia con cara de hogaza de pan Y los ojos muy azules.

—Tú también te pondrás bien enseguida —le contestó—. El doctor Douglas Jolly te va a operar. Es nuestro mejor cirujano.

Gerda vio un rectángulo de luz al fondo, en uno de los ventanales de aquel antiguo convento de jesuitas adonde los habían trasladado, pero el dolor se le hizo de nuevo insoportable, el tanque le había destrozado el estómago y tenía todos los intestinos abiertos.

—Me gustaría tener mi cámara —dijo.

Entre dos camilleros la llevaron a la mesa de operaciones, pero antes de llegar volvió a perder el conocimiento. Era de noche y la oscuridad de allá arriba tenía el color de las ciruelas. Sintió el brazo de sus hermanos sujetándola por los hombros en el camino de Reudingen Podía oler la lana de las mangas de los jerséis. Tres niños enlazados por los hombros mirando el cielo. Desde allí iban cayendo de dos en dos, de tres en tres, como puñados de sal, las estrellas.

Una estrella es como un recuerdo, nunca sabes si es algo que tienes o que has perdido.

Volvió a despertarse con el lento parpadeo de la sombra de un ventilador, creyó que era Capa que le estaba soplando en el cuello como solía hacer después del amor. La habían trasladado a la cama. Ahora llevaba puesta solo una camiseta gris y tenía desnudo el brazo extendido sobre la sábana. Estaba muy pálida y parecía mucho más joven.

Pidió que le abrieran la ventana para poder oír los sonidos de la noche. Su pulso era muy débil. Había visto morir a demasiada gente como para sentir miedo, pero le

hubiera gustado tenerlo a él cerca. Capa siempre sabía cómo serenarla. Una vez él había expresado en alto ese mismo pensamiento. Estaban tumbados en la hierba, abrazados, al principio de la guerra.

—Si me muriera en este momento, aquí, tal como estamos ahora, no echaría nada de menos —había dicho. Estaba inclinado sobre su cuerpo y ella podía ver el hueso que tenía en el centro del cuello, subiendo y bajando al tragar saliva, como una nuez. Quería tocarlo con los dedos. Siempre le había gustado esa parte de su cuerpo, sobresaliendo como un farallón. El color de su piel había ido cambiando con la luz de los olivos y su cuerpo había adquirido la textura compacta de la tierra y de las rocas. Le gustaba mucho ese hueso, como la mota central de las margaritas amarillas. Necesitaba dormir. Estaba tan cansada que solo quería pegar su frente a aquella parte del cuello de él, como encontrar un hueco dentro de un árbol.

La enfermera rubia volvió a acercarse con un botiquín. Le ciñó un cordón alrededor del brazo, rompió con la uña la punta de la ampolla de cristal. Clic. Sonó igual que el disparo de una fotografía. Gerda notó el picotazo de la aguja en la vena. Abrió y cerró la mano varias veces para que el efecto subiera más rápidamente, y antes de volver la cabeza sobre la almohada, la arruga del ceño ya había desaparecido. Su expresión se hizo más dulce, más lenta. No tenía un mundo al que poder regresar. Cada absorción de morfina por el cuerpo le abría otra puerta por la que remontarse hacia el futuro. Descubrió que estaba dotada de una visión tridimensional, una percepción nítida del tiempo. Como si todos los momentos de una vida pudieran constreñirse en un punto inmaterial perdido en el infinito. De pronto se dio cuenta de que él iba a estar siempre en ese punto, sin abandonarla nunca. No fue algo que comprendiera con la inteligencia o el pensamiento, sino con otra parte intacta de su mente. Porque tal vez son los sueños los que inventan el futuro o lo que quiera que sea lo que viene después. Fue con esa parte de la clarividencia que lo vio de pie, con la camisa abierta, la cabeza entre las manos, apretándose fuerte las sienes, mientras leía un ejemplar de *L'Humanité*. «La primera mujer fotógrafa fallecida en un conflicto. La periodista Gerda Taro ha muerto durante un combate en Brunete», rezaba el titular. Vio todo eso de pronto, y un par de segundos más tarde supo que él cerraría el puño exactamente como lo hizo, antes de estrellarlo con toda su fuerza contra la pared, rompiéndose los nudillos cuando Louis Aragon le confirmó la noticia en su despacho de la redacción de *Ce Soir*, y lo vio desmoronarse días después en la Gare de Austerlitz, amparado por Ruth, por Chim, por su hermano Cornell y por Henri, cuando llegó el ataúd, y seguirlo junto a decenas de miles de personas, en su mayor parte miembros del Partido Comunista, que acompañaron el cortejo, al compás de la marcha fúnebre de Chopin, una mañana destemplada con el cielo gris plomizo desde la Maison de la Culture hasta el cementerio Père-Lachaise.

También vio allí a su padre arrodillado ante el féretro, iniciando el *kaddisch*, la oración hebrea dedicada a los muertos, con una voz honda, como la sirena de un barco llamándola desde lejos. El hebreo es un idioma antiguo que contiene dentro la

soledad de las ruinas. Capa sintió un calambre en la espalda cuando lo oyó. Una especie de cosquillas ligeras en alguna parte del recuerdo en la que ella llegaba del frente cubierta de polvo con las máquinas al costado y el trípode en bandolera.

Era difícil aguantar el tipo con la música de los salmos. Por eso Capa no había querido defenderse después, cuando al acabar la ceremonia los hermanos de Gerda se enfrentaron a él, y lo culparon de su muerte y lo acusaron a gritos de haberla metido en una guerra y de no haber sabido protegerla. Fue Karl quien le soltó un violento directo a la mandíbula y él se dejó pegar sin mover un dedo, como si los golpes lo redimieran de algo. También él mismo se culpaba de haberla dejado sola, de no haber estado a su lado en ese último día aciago, se torturaba cada minuto con la culpa hasta el punto de llegar a encerrarse en su estudio durante quince días a cal y canto rechazando la comida, sin querer hablar con nadie.

«El hombre que salió de allí al cabo de dos semanas», escribiría más tarde Henri Cartier-Bresson, con su perspicacia normanda, «era alguien completamente distinto, cada vez más nihilista y mordaz. Desesperado».

Nadie pensó que levantaría cabeza, Ruth llegó a temerse lo peor al verlo vagar por los *quartiers* de Sena, bebiendo hasta perder toda noción de realidad. Pero Gerda sabía que se recuperaría, como un boxeador contra las cuerdas, noqueado, que en el último momento saca fuerzas de donde no las tiene y se levanta y coge de nuevo su cámara y se larga de nuevo a la guerra porque ya no sabe vivir de otro modo. Ni quiere hacerlo, tampoco. Y otra vez España, hasta la derrota final; el desembarco aliado en las playas de Normandía, con la compañía E del 116.º, en la primera oleada, en Easy Red; los caminos de muerte hacia Jerusalén en la primavera de 1948, cuando Ben Gurion leyó la Declaración de Independencia israelí; las columnas de prisioneros vietnamitas avanzando con las manos atadas a las espalda en el delta del Mekong, Indochina; cada vez más cansado, menos inocente, pensando en ella cada noche, aunque conozca a otras mujeres e incluso corteje a algunas tan hermosas, como Ingrid Bergman. Era un hombre, al fin y al cabo. Desde la orilla oscura de su recuerdo Gerda esbozó una sonrisa cómplice al reconocerlo junto a su amigo Irwin Shaw en el vestíbulo del hotel Ritz. Fue una sonrisa tan natural que la enfermera creyó que estaba despierta. Robert Capa de los cojones, murmuró en voz muy baja.

Vio todo eso en apenas un segundo y también brindó con él con champán, un día de 1947 en el segundo piso del MOMA de Nueva York, cuando él y Chim y Henri Cartier-Bresson y Maria Eisner fundaron la Agencia de fotografía Magnum. ¡Cómo le hubiera gustado estar allí! Pero cuando más cerca se sintió de él fue en la carretera de Doai Than, a pocos kilómetros de Hanoi. Capa llevaba demasiado tiempo destrozándose el hígado, bebiendo hasta no sentir nada, haciendo lo imposible por dejarse matar, harto ya de vivir sin ella. El calor, la humedad, los hoteles sórdidos llenos de chinches, el oro de los arrozales bajo un sol tardío, las frágiles pértigas de los balancines de los pescadores fluctuando sobre los campos, los sombreros como moluscos de las muchachas que pedaleaban descalzas en sus bicicletas por caminos

de tierra, el verde joven de las montañas, las agujas doradas de una pagoda, el termo de té helado, el zumbido de los aviones, los soldados del Viet Minh por todas partes, moviéndose entre los juncos crecidos. Saltó del *jeep* para hacer las últimas fotos de su reportaje titulado «Arroz amargo», como la película de Giuseppe de Santis. Subió despacio una pendiente suave de hierba nueva, sin pisar, para sacar un contraluz de los hombres que avanzaban por el otro lado del dique cuando, de repente, al apretar el obturador, clic, el mundo estalló en pedazos. En Doai Than. Hanoi.

Gerda sintió multitud de huesos de sus pies esparcidos por el aire como grava. Fósforo puro. El cráneo de él reposando contra sus costillas, los metacarpos de su mano izquierda dentro de la mano derecha de ella. El hueso de la pelvis unido a su tráquea por la máxima intimidad. Fosfato cálcico. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todo lo vivido cabía en el relámpago de una milésima del firmamento, porque el tiempo no existía. Volvió a abrir los ojos. Eran las cinco de la madrugada. Irene Goldin, la enfermera de ojos azules, se acercó solícita a la cabecera de su cama.

—¿Han encontrado ya mi cámara? —preguntó ella con un resto de voz.

La enfermera negó con la cabeza.

—Lástima —dijo—, era nueva.

Nota de la autora

En enero de 2008 aparecieron en México tres cajas con 127 rollos de negativos y fotos de la guerra civil española, pertenecientes a Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour, Chim. Más de 3000 fotografías inéditas. La cineasta Trisha Ziff localizó las cajas a través de los descendientes del general mexicano Francisco Aguilar González, que había prestado sus servicios como diplomático en Marsella a finales de los años treinta ayudando a escapar a refugiados antifascistas. En la actualidad el material se encuentra en el Centro Internacional de Fotografía de Nueva York pendiente de estudio. Casi todos los periódicos se hicieron eco del hallazgo sin duda más importante de la historia del fotoperiodismo.

El origen de esta historia arranca de una de esas fotografías encontradas en México que fue publicada por *The New York Times*. Me refiero a una imagen de Gerda Taro en una cama estrecha de un cuarto de hotel, muy joven y dormida con el pijama de Robert Capa. Podría parecer un niño si no fuera por las cejas tan finas y depiladas. El cuerpo de medio lado, la mano bajo el pecho, el pelo corto y revuelto, la pierna izquierda flexionada con la tela enredada en la rodilla como si hubiera estado dando muchas vueltas antes de dormirse.

La figura de Robert Capa ya había acaparado antes mi atención. Sus álbumes de fotografías ocuparon siempre un lugar de honor en mi biblioteca, junto a Corto Maltés, Ulises, el capitán Scott, los amotinados de la *Bounty*, Heathcliff y Catalina Earnshaw, el Conde Almásy y Katharine Clifton, John Reed y Louise Bryant y todos mis héroes cansados. En más de una ocasión le había dado vueltas a la idea de escribir algo sobre su vida. Me parecía que este país le debía, por lo menos, una novela. A los dos. Y sentía esa certeza como si fuera una deuda pendiente. Pero seguramente no había llegado el momento de saldarla todavía. Una nunca elige esas cosas. Ocurren cuando ocurren.

Además de los archivos fotográficos, algunos libros han sido de gran ayuda en la fase de documentación previa a la escritura. El primero de ellos la biografía de Richard Whelan sobre Robert Capa y el apasionante ensayo de Alex Kershaw titulado *Sangre y champán*. Para recrear el ambiente de Madrid, Valencia y Barcelona con sus intrigas políticas y amorosas me ha servido de referente el libro de Paul Preston *Idealistas bajo las balas* que refleja con gran precisión y calado el proceso de transformación de todos aquellos que acudieron a observar los acontecimientos y acabaron inevitablemente atrapados por la fascinación de la última guerra romántica, por decirlo de algún modo, o al menos, la última en la que todavía era posible elegir un bando. También fue decisivo el magnífico estudio del periodista Fernando Olmeda sobre Gerda Taro, publicado por la editorial Debate, que me ayudó a paliar en parte la dificultad de acceso a las fuentes documentales directas sobre la fotógrafa en alemán, debido a mis limitaciones con ese idioma. El libro de Fernando Olmeda recoge gran cantidad de datos y testimonios de la escritora alemana Irme Schaber, autora de la

única y exhaustiva biografía sobre Gerda Taro que hay publicada hasta la fecha y que lamentablemente no está traducida a otros idiomas. Es a ella a quien sin duda le corresponde el mérito de haber rescatado del olvido a una de las mujeres más interesantes y valientes del siglo xx.

Esta novela también debe mucho a algunos amigos periodistas, corresponsales de guerra que a través de su vida, de sus crónicas y de sus libros me han enseñado que existen viajes sin billete de vuelta, y que una guerra es un lugar del que nadie regresa nunca del todo. Ellos saben quiénes son y hasta qué punto están dentro de esta historia. Con ella deseo también rendir homenaje a todos los mensajeros muertos, hombres y mujeres que se dejaron y se dejan cada día la vida en el ejercicio de su profesión para que los demás podamos saber cómo ha amanecido el mundo mientras desayunamos tranquilamente cada mañana.

En cuanto a mí, traté de reflejar honestamente todos los episodios de unas vidas llevadas hasta el límite, sin pasar por alto los capítulos más oscuros o polémicos como la famosa fotografía, *Muerte de un miliciano*. Todos los episodios relacionados con la guerra civil son reales y están documentados así como los nombres propios de escritores, fotógrafos, brigadistas y militares que aparecen citados. El resto: direcciones, recuerdos familiares, lecturas, etc. ha sido recreado con la libertad que es privilegio del novelista.

Me hubiera gustado reflejar la intensidad y la complejidad de aquellos años convulsos con la maestría y la pasión que Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour transmitieron en sus fotografías. Pero no tengo ese talento para manejar una cámara. Así que no me quedaba otro remedio que intentar recorrer la distancia entre la imagen y la palabra a mi manera y con mis propias armas. Cada uno hace lo que puede.

Por último decir que nadie es el mismo al empezar una novela y al acabarla. En cierto sentido este libro como cualquier experiencia de guerra, representa también en mi vida como novelista un lugar de no-retorno. Hay una parte de mí que se va a quedar para siempre en aquellos años violentos de sueños cañoneados en los que Gerda Taro amanecía tierna y en pijama.



Susana Fortes (Pontevedra, 1959) es una escritora y articulista española. Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Recientemente ha estado en Estados Unidos compaginando la docencia de español en el Estado de Luisiana con conferencias universitarias en la Universidad Interestatal de San Francisco.

Con su primera novela, *Querido Corto Maltés*, ganó en 1994 el Premio Nuevos Narradores. En 2001 fue finalista del Premio Primavera, con la novela *Fronteras de arena*. Además ha publicado *Las cenizas de la Bounty* (1998), *Tiernos y traidores* (1999), y el cuaderno de cine *Adiós, muñeca* (2002), *El amante albanés* (2003), finalista del Premio Planeta. *El azar de Laura Ulloa* (2006), que recibió el Premio de la Crítica en la categoría de narrativa otorgado por la Asociación de escritores y críticos de la Comunidad Valenciana, y *Quattrocento*, que se ha convertido en un fenómeno de ventas internacional.

Su novela, *Esperando a Robert Capa*, ha recibido el Premio Lara de Novela 2009 y el Premio de la Crítica Literaria Valenciana 2010. Colabora habitualmente en el diario *El País*, así como en revistas de cine y literatura.